

Seix Barral Biblioteca Formentor

Ernst Haffner

Hermanos de sangre

Una novela berlinesa



Berlin, 1930. Alemania se encuentra sumida en una terrible depresión económica y social. Después de la Primera Guerra Mundial, miles de jóvenes viven en la calle. Todos son víctimas de las mismas injusticias. Y todos tienen los mismos enemigos: el frío, el hambre y la policía. Pero juntos son más fuertes. Son hermanos de sangre. Como Johnny y su pandilla, unidos por un indisoluble vínculo de amistad y dispuestos a cualquier cosa para sobrevivir en unas calles tan mágicas como crueles. Una lectura que retrata la lucha por la dignidad y los anhelos de libertad de toda una generación. Ernst Haffner nos sumerge en el corazón de la miseria alemana de entreguerras con un realismo desgarrador que nos obliga a reconocer en el pasado una actualidad estremecedora.



Ernst Haffner

Hermanos de sangre

ePUB v1.0
Hiacynt18.03.15

más libros en epubgratis.org

Título original: *Blutsbrüder*
Ernst Haffner.
Traducción: Fernando Aramburu
Diseño/retoque portada: Departamento de Arte y Diseño
Editor digital: Hiacynt
ePub base v2.1

Acerca de este Libro

A principios de los años treinta, vivían en las calles de Berlín y de otras grandes ciudades alemanas miles de jóvenes sin hogar. Algunos eran víctimas de la precaria situación económica. Otros vieron destruidas y deshechas sus familias como consecuencia de la Primera Guerra Mundial. Muchos habían huido de centros de acogida. Llegaron a las grandes ciudades, procedentes de todo el país, ya que en ellas la miseria parecía ser más llevadera que las condiciones que debían soportar en los hogares y establecimientos para jóvenes. En ellos estaban expuestos a las represalias de un sistema educativo que los sometía a la violencia psicológica y física, en lugar de brindarles ayuda y trato humano.

Consumada la huida, se colocaban de jornaleros y recaderos; su camino, no obstante, conducía a menudo a la delincuencia o la prostitución. Encontraban un poco de seguridad y de aceptación social en pandillas organizadas por ellos mismos. Esas bandas no solamente ofrecían protección, sino que eran además expresión de una subcultura juvenil de índole proletaria que hoy día es poco conocida. Se juntaban en los barracones abandonados de las fábricas. Allí bebían, bailaban, olvidaban durante unas horas su penuria y celebraban —como escribió el renombrado crítico de literatura Siegfried Kracauer— «ritos sumamente extraños y obscenos de románticas diversiones sainetescas».

En dicho ambiente se sitúa la presente novela escrita por Ernst Haffner, publicada en 1932 con el título *Juventud en la carretera a Berlín* por la editorial de Bruno Cassirer. La obra fue prohibida por los nazis y destruida en las quemas públicas de libros. El rastro de Haffner, de cuya persona es muy poco lo que se conoce —se sabe que fue periodista y desarrolló actividades de asistente social, y que vivió en Berlín entre 1925 y 1933—, se pierde después de la toma de poder del NSDAP. A finales de los años treinta es citado junto con su editor en la Cámara de Escritores del Reich. Durante las convulsiones de la guerra su nombre ya no vuelve a aparecer.

Resulta comprensible y, sin embargo, sorprendente, que en tales circunstancias su libro cayera en el olvido, ya que precisamente la literatura escrita en la época de la República de Weimar ha sido estudiada a conciencia en Alemania. En tal sentido cabe conceptuar esta novela de redescubrimiento. Ahora bien, ¿eso qué explica acerca de la relevancia y calidad de un libro? Nada. Que este texto llene un vacío por el hecho de que al cabo de ochenta años esté de nuevo disponible puede ser una apreciación acertada y ello ya constituiría por sí solo un motivo de satisfacción; pero dice poco sobre aquello que el libro de Haffner puede sugerir a los lectores en su peculiar manera veraz, empática y sin tapujos de abordar el asunto de la narración. Lo que me sedujo de este texto fueron el realismo profundamente triste y la cercanía compasiva y jamás patética del autor a sus personajes, a los cuales acompaña por los sitios más míseros que a la sazón se conocían en Berlín, teniendo siempre cuidado de no ponerles una falsa palabra en la boca ni de endilgarles una moral que no es la suya.

Hoy día aún acompañamos cautivados, a ratos con el alma en un hilo, a estos jóvenes. Se trata de una lectura intensa que suscita en ocasiones dolor físico, si bien no está exenta de un fondo de esperanza. Lo mismo les sucedía a los contemporáneos de Haffner. Kracauer escribió en la crítica ya mencionada, aparecida el año 1932 en el *Frankfurter Zeitung*: «He de confesar que rara vez he leído descripciones de ese ambiente relatadas de una forma tan fascinante. Reflejan con veracidad situaciones desconocidas, se basan claramente en observaciones del propio autor y por suerte no se limitan a fragmentos inconexos de la realidad, sino que trasladan lo vivido aquí y allá al narrador de una fábula que nos lleva con naturalidad por el laberinto subterráneo de una gran urbe».

Y en la revista *Simplicissimus* podía leerse sobre la novela: «El libro no es un reportaje, ni una investigación, ni una denuncia. Es simplemente un material sugestivo e importante de lectura [...]. Se lee con avidez y atención, como se leían en otros tiempos las historias de bandoleros e indios».

Para los lectores actuales hay que añadir que contiene observaciones sobre cierta parte (tan tenebrosa como esencial) de una época que a buen seguro nunca ha sido observada de igual manera hasta la fecha. Y no por nada, sino que, por regla general, no fueron recogidas por las

historias oficiales relativas a la República de Weimar. Con Haffner, el lector averigua de primera mano (esta impresión es sobre todo la que perdura) cómo les iba a innumerables jóvenes que, entre las dos guerras mundiales, intentaron sobrevivir con dignidad para terminar siendo una y otra vez víctimas de las arbitrariedades de un Estado injusto que causó estragos a partir de 1933, de su propia reincidencia en la mala vida, o inmolados en los campos de batalla de la siguiente guerra. Pudiera ser, sin embargo (no está del todo claro), que muchos de esos jóvenes se acomodaran de buen grado al nuevo sistema. No hay certeza al respecto, y es probable que se diera tanto un caso como el otro.

El mérito de este libro radica en que dirige su atención y simpatía a esas personas y narra sus historias, aunque pasadas por el tamiz de la ficción, de un modo que todavía conmueve. Tal es el verdadero motivo de su reedición. Edito este libro porque su lectura me fascinó de inmediato, luego que uno de mis autores, Helmut Wietz, llamara mi atención sobre dicho libro y me lo diera a leer. A tal punto me cautivó (y ésta es la tarea más hermosa de un editor) que quise igualmente hacerlo accesible a otras personas, por no decir que debía hacerlo.

No en vano la de Haffner es una novela que nos cuenta algo sobre nuestro presente. La crisis, sobre todo en el sur de Europa, hace tiempo que empezó a repercutir sin tregua en la vida cotidiana de los seres humanos, a determinar los proyectos vitales de la gente joven. El elevado índice de desempleo entre los muchachos y los adultos jóvenes no es sino síntoma de una realidad social cada vez más desesperanzada y amenazadora. Por suerte aún estamos lejos de las condiciones de vida descritas por Haffner. No obstante, esta novela, leída hoy, constituye una petición acorde con los tiempos, a la par que cargada de humanidad, para volver la mirada hacia el destino del individuo en lugar de rendirse al miedo general que se percibe en todas partes y que no puede menos de encoger los corazones. Esto es lo que hace para mí tan importante su lectura.

PETERGRAF, editor
Berlín, verano de 2013

La pandilla juvenil
 Hermanos de Sangre
 y el Subsidio Perpetuo.
 Jonny, el jefe de la pandilla.
 Cuarenta y cinco panecillos
 y dos embutidos.
 «Tira, caballo, tira.»

Diminutos integrantes de una sinuosa, fatigada fila de hombres que se extiende por el largo patio de la fábrica y dos pisos más, los ocho chavales de la pandilla Hermanos de Sangre hacen cola y aguardan, al igual que otros cien, a que por fin los dejen pasar del terrible frío húmedo a las cálidas salas de espera. Faltan todavía tres o cuatro minutos. Después, a las ocho en punto, se abre la pesada puerta de hierro en el segundo piso. El centro de beneficencia del distrito Berlín-Mitte, en la Chausseestrasse, da el tirón de arranque para la puesta en marcha de su complicada actividad burocrática. El impulso se propaga en sucesivos serpenteos por la hilera humana. Los integrantes avanzan, arrastran los pies, sostienen en las manos una gran cantidad de papeles exigidos. Previsoramente ha sido publicado con autorización oficial un manual impreso que detalla, en una columna interminable, los papeles necesarios y los veinticuatro puntos de la ciudad donde pueden obtenerse.

La cola ya ha alcanzado el espacioso recinto de espera donde se halla la caja. En un santiamén, la fila se parte en dos filitas organizadas con precisión militar. Una de dichas filitas espera pacientemente hasta que Paule, el afónico funcionario que ejerce de factótum, recoge las tarjetas timbradas a fin de preparar los pagos. La filita número dos serpentea ante la ventanilla de información para recibir, tras haber contestado a las preguntas de dónde y adónde, una ficha con un número. A continuación, los integrantes se reparten de uno en uno en otras dos salas, ante las puertas de los señores empleados, y aquí esperan con paciencia de santo a que pronuncien su número. La paciencia de santo bien puede llevar cinco o seis horas. Los ocho chavales de la pandilla no se suman ni a una fila ni a otra, sino que se llegan a toda mecha a la sección del Subsidio Perpetuo. Quizá logren hacerse con un banco.

Sala de espera del Subsidio Perpetuo. En las oficinas correspondientes se entregan las solicitudes para la obtención del Subsidio del Paro. La insolencia mordaz de la gente ha transformado la abreviatura oficial SP en Subsidio Perpetuo. Una hora después de la apertura, ya está la sala de bote en bote. Los escasos bancos están ocupados hasta el último trozo de superficie. Las personas que no han encontrado asiento se aprietan en el pasillo o se apoyan contra las dos paredes longitudinales, cuajadas de manchas repulsivas, negras de mugre, que dejaron miles de espaldas humanas al apoyarse. La luz, inhóspita por demás, del día gris se mezcla con el resplandor de las débiles bombillas eléctricas e irradia una luz parpadeante que da un aspecto aún más miserable y más famélico a las caras de los que esperan. Detrás de las paredes transversales se encuentran las oficinas, luminosas y limpias. Aunque no olvidaron abrir puertas en las paredes, en cada una de estas últimas se ha practicado un agujero cuadrado del tamaño de la cabeza de un funcionario de escalafón inferior. Justo al lado de las puertas. Para evitar cualquier roce con la chusma que aguarda, los funcionarios no pronuncian los números a través de las puertas. No: se abre el postigo bruscamente y aparece, perfectamente enmarcada, una cabeza varonil que vocifera un número. Después el postigo se vuelve a cerrar deprisa. El número pronunciado —tan sólo dentro de la oficina resultará que se llama Meyer, Gustav o Abrameit, Frieda— entra trotando a través de la puerta, junto al postigo. La cabeza de los que esperan se alza con cada llamada de los números. De vez en cuando ocurre que los postigos de ambas paredes se abren al mismo tiempo. Entonces se mueven —plis— todas las cabezas hacia arriba —plas—, todas las cabezas hacia atrás.

Los ocho jóvenes han conseguido apoderarse de un banco, no les preocupan las llamadas, se amodorrán. Han pasado la larga noche de invierno en la calle. Como tantas otras veces: no tienen casa. Todo el tiempo de aquí para allá, todo el tiempo en movimiento. Debido a las inclemencias,

no han podido descansar. Nieve de varios días, de cuando en cuando unos delgados hilos de lluvia, todo ello mezclado por el viento que, con su frío penetrante, hacía resonar las bocas de los chavales al modo del pico de los patos. Ocho chavales de dieciséis a diecinueve años. Algunos se escaparon del correccional. Dos tienen padres en algún lugar de Alemania. Éste o el otro, bien padre, bien madre. Su nacimiento y adolescencia coincidieron con la guerra y la posguerra. Incluso cuando hicieron sus primeras tentativas por andar con sus piernas arqueadas ya estaban abandonados a su suerte. El padre había ido a la guerra o ya figuraba en la lista de los caídos. Y la madre montaba granadas o se vaciaba a cachos los pulmones sin parar de toser en las fábricas de pólvora y explosivos. Los niños con el vientre lleno de nabos —ni siquiera con el vientre lleno de patatas— merodeaban por los patios y las calles en busca de comida. Al hacerse mayores se lanzaban a cometer robos en manada con el pensamiento de llenar la panza. Malvados animalillos depredadores.

Ludwig, de Dortmund, se ha despertado al oír gritar un número. Ahora está sentado con las piernas estiradas, los puños en los bolsillos, en la comisura de la boca la punta vacía de un cigarrillo. Su cara juvenil, delgada y hambrienta, mira atenta, con ojos rápidos, castaños, la entrada a la sala. Sus camaradas duermen inclinados hacia delante, con el cuerpo hundido, o reclinados blandamente contra el vecino. Jonny, el cabecilla, el jefe de la manada, los ha convocado aquí a las nueve. Quería, como tantas veces, conseguir dinero. Cómo lo hace, eso no lo revela. Ayer por la noche, hacia las diez, se despidió de los camaradas. Ludwig ve llegar a Jonny a la sala y le hace señas excitado: «¡Aquí, Jonny, aquí!». Jonny es un chico de veintiún años. La potente barbilla, los pómulos salientes, le dan un aire de joven algo bruto. Testimonian, cuando menos, fuerza de voluntad. Su manera de hablar es perspicaz y certera, casi libre de dialecto, y demuestra que aventaja a todos los de la pandilla en inteligencia. Queda fuera de duda su superioridad física; de otro modo, no sería el jefe. «¡Buenos días, Ludwig!» Le tiende una cajetilla grande de cigarrillos. Ludwig se sirve anhelante, codicioso, y paladea con delectación el humo que tanto echaba en falta. Los camaradas aún duermen. Ludwig da una profunda calada y lanza el humo a los chavales. Éstos tragan, tosen, se despiertan de golpe. Ningún otro procedimiento los habría sacado más rápidamente de su sueño. ¿Cigarrillos? «¡Jonny, hola!» A toda prisa coge cada cual un cigarrillo. Y ahora ya saben que Jonny tiene dinero y que por fin podrán volver a comer. Conque andando. Como de costumbre, caminan separados en tres grupos. Nueve chavales juntos llaman desagradablemente la atención. Tuercen en la Chausseestrasse hacia la Invalidenstrasse. En esta última compran el desayuno. Cuarenta y cinco panecillos en tres bolsas grandes y dos embutidos enteros de hígado con cebolla. Suficiente para nueve.

La Rosenthaler Platz, la Mulackstrasse, después la Rückerstrasse. Entran en la taberna habitual de todas las pandillas de los alrededores de la Alexanderplatz, la Rückerklause. Tras el escaparate se fríen tortitas de patata. Las nubes grasientas de humo se alargan hasta el rincón más apartado del sombrío, lúgubre, sucio local. A pesar de la hora temprana, la Klause está llena de parroquianos. Es algo más que una simple taberna. Es una especie de hogar para quien no tiene otro. Música ruidosa por los altavoces, clientes ruidosos. A nadie le molesta el bufé repugnante, las mesas mojadas de cerveza, las negruzcas paredes con rayaduras. A la derecha de la entrada, en un rincón, toma asiento la pandilla. El camarero les trae un caldo repulsivo, pero al menos caliente. Después se lanzan a devorar los panecillos y el embutido. Mientras tanto, apenas hablan. Tan sólo sonidos borrosos, casi animalescos; gruñidos con los que el estómago manifiesta su satisfacción. Qué cambiados están los chavales. Cómo hunden los dientes en los trozos de embutido, cómo trabajan sus mandíbulas. Cómo se observan unos a otros y se dicen con la mirada: «Chaval, chaval, qué bien comer así y ver que aún queda más...». Y otras miradas, agradecidas, orgullosas, son para Jonny, quien una vez más ha provisto a las necesidades de todos.

Al fondo, en una de las concavidades de la pared, el chavalillo de una pandilla está sentado sobre el regazo de un putero achispado. Dos camaradas suyos van y vienen por delante de la concavidad y jalean a su compañero diciéndole: «¡Tira, caballo, tira!». Tira de la cartera de tu

cliente y pásanosla...

En medio de dos jefes de pandilla, una muchacha se apoya en una mesa de pie, situada delante del bufé. Una niña de quince o dieciséis años. Con garbo se ha echado por encima la chaqueta de un chico que tenía demasiado calor. Lleva una gorra calada y bebe con los dos cabecillas vestidos de cuero un aguardiente tras otro. Su cara enfermiza, pálida, con venas azules en las sienes, se contrae en un gesto de asco; pero luego la pequeña y sucia mano vuelve a coger el vaso de aguardiente para corresponder al brindis de uno de sus acompañantes con chaqueta de cuero. La boca de la muchacha se abre: casi sin dientes, con tan sólo unos restos de color negro. Y seguramente no llega a los dieciséis años...

El tabernero permanece atento detrás de la barra. Con un traje azul de calidad y un impoluto cuello de camisa blanco: el único en todo el local. La música retumba sin descanso. Hay un ir y venir continuo de gente. Todos jóvenes, muy jóvenes. Muchos llegan con mochilas o con alguna clase de paquete. A continuación se dirigen, dentro del vestíbulo, a los servicios horriblemente sucios. Breve conversación. Desenvuelven algo, lo envuelven. El dinero cambia de dueño. Luego toman un aguardiente junto a la barra. Adiós. No son raras las redadas de la policía.

La muchacha está ahora completamente borracha, deambula tambaleándose de mesa en mesa y ofrece sus servicios sexuales. Ya está Friedel fanfarroneando de nuevo, dicen algunos, y no los conmueve la triste escena de una niña embriagada que enseña sus ajados encantos. La Rückerklaus, una especie de hogar para quien no tiene otro. El hambre incesante de los jóvenes ha hecho desaparecer de la mesa hasta el último resto de panecillos y embutido, además de dos tortitas de patata por cabeza. Se repanchigan complacidos, dan caladas a un cigarrillo, toman un trago de cerveza y tararean la melodía de los altavoces: «... A la larga, tesoro querido, mi corazón no puede ser un fondeadero...». Están saciados. En el local hace calor. Les va entrando cansancio. Sus cabezas reposan sobre el tablero de la mesa. Sólo Jonny permanece despierto y fuma y fuma. Es él quien paga las consumiciones. Después cuenta su dinero. Le quedan ocho marcos justos. ¿Dónde dormirán por la noche? En el albergue colectivo más barato cobran cincuenta centavos por un miserable colchón infestado de chinches. En total, cuatro marcos y cincuenta centavos. Luego apenas alcanzará para mañana. Jonny cavila sobre una opción más barata para pernoctar. Lo mejor es que los chavales sigan durmiendo. El camarero ya les dirá que Jonny los espera a las ocho de la tarde en el Schmidt.

Actividad temprana
 en el mexicano.
 El calor es una inmensa
 obra de caridad.
 ¿Policía?

La Rückerklause es por el día lo que el Schmidt, en la Linienstrasse, por la noche. Ciertamente, ajetreo, música estruendosa de instrumentos de viento, también los hay aquí durante el día. Sin embargo, es al anochecer cuando el llenazo en el pequeño local deriva hacia una caótica aglomeración. En tales ocasiones, el grifo de la cerveza no permanece cerrado ni un minuto y todas las sillas están doblemente ocupadas. Y quien no ha encontrado sitio se sienta sobre el estrado de los músicos o se queda de pie donde está, con el vaso en la mano. Una espesa niebla de tabaco envuelve de continuo las interminables guirnaldas de papel, indispensable adorno ambiental, a pesar de que un ventilador se afana desesperado por poner algo de orden en el estado del aire. La ruidosa banda toca abnegada y sin pausa. Recibe en recompensa rondas de cerveza ofrecidas en generosas cantidades. La recompensan tanto que la embriaguez de los músicos se pone horriblemente de manifiesto en la interpretación de las notas. Entonces es cuando el Schmidt está en su salsa. Entonces el local entero se convierte en un coro vocinglero y pataleante.

Jonny tiene que buscar a sus ocho camaradas en todos los rincones y recodos para decirles que ha encontrado un sitio barato donde pasar la noche. Por dos marcos la pandilla al completo. En un almacén de la Brunnenstrasse. Por dos marcos el vigilante los dejará entrar a las diez en el almacén. Pero a las seis de la mañana deberán marcharse a la calle. Hay suficiente paja y cajas donde poder tumbarse. A las nueve y media, la pandilla se pone en movimiento.

Al dar las diez, todos están cerca de su refugio nocturno. Tres de ellos se paran delante del portón. Los demás aguardan en un zaguán contiguo para deslizarse al interior tan pronto como el vigilante abra la puerta. Antes de escuchar a éste, se oyen jadeos y gruñidos detrás del portón. El perro guardián. No bien les abren, se escurren uno tras otro por el vano oscuro. El vigilante vuelve a cerrar con llave. El dogo gime de rabia y decepción. No comprende a su amo. Por lo común debe lanzarse a las piernas de todo el mundo y ahora, ante semejante montón de individuos sobremanera sospechosos, lo mantienen sujeto por el collar guarnecido de púas. El vigilante va delante arrastrando los pies junto con el perro, que irradia maldad. Los Hermanos de Sangre caminan detrás a prudente distancia. Descorrido el pasador a la puerta del almacén de madera y techo bajo, Jonny debe apoquinar los dos marcos. El viejo cachea a continuación a cada uno de los jóvenes. Busca cerillas y mecheros. Por si a los granujas les viniera la idea de fumar allí dentro... En medio de la paja y la madera seca. Habría unos fuegos artificiales de lo más lindo. El dogo amaga una nueva acometida contra los muchachos. Pero el collar con púas le hace comprender que sólo tiene que despedazar a mordiscos a los que no pueden pagar. El viejo cierra la puerta desde fuera tan pronto como los chavales se hallan dentro del oscuro almacén sin ventanas. El dogo, suelto, olisquea rabioso por la ranura que hay entre la tierra y la puerta. Después se coloca delante de ésta. A ver quién se atreve a salir...

Los chavales tientan desorientados en la oscuridad. Sus dedos se enganchan en los clavos que sobresalen de las tablas de las cajas, y cuando uno cree haber encontrado un sitio adecuado, le caen de pronto en la cabeza las cajas apiladas. Ya son las once cuando por fin cada cual ha encontrado lecho dentro de una caja o sobre un montón de paja. Pocos minutos después, todos duermen. Sólo los ratones se lamentan de la invasión.

Si pudieran verse los cuerpos encogidos de los chavales en las cajas y sobre la paja, en sus yacijas, seguro que se levantaría una voz unánime de pena. Walter, de dieciséis años, con el extraño tórax en punta que abomba llamativamente su camisa, con los ojos saltones, afectados por el mal de Basedow... Y Erwin, de la misma edad, espigado, en cuyos brazos como palos no se aprecia la menor musculatura. O el tranquilo Heinz, soñador incesante: usa su chaqueta como apoyo para la cabeza; su camisa es un harapo desgarrado y sucio. Ludwig, de dieciocho años,

natural de Dortmund, huido hace un año del correccional, se ha hundido tanto en la paja que no se ve nada de él y los ratones corretean sin dificultad por encima. Todos muestran un aspecto lastimoso. Jonny es el único que, mientras duerme, conserva una expresión de voluntad férrea, de impavidez.

Poco después de las seis de la mañana están todos de nuevo en la oscura Brunnenstrasse. El frío, que no los ha abandonado durante la noche, lo sienten ahora casi como un dolor corporal. Al delgado Walter lo acometen tales escalofríos que han de colocarlo hecho un fardo tembloroso en medio, para transmitirle un poco de calor mientras echan una carrera. Divididos en grupos se dirigen a la Alexanderplatz. Al México. Temprana actividad a partir de las seis de la mañana. Una sopa caliente, aunque exigua, puede suponer una inmensa obra de caridad. Con las manos apretadas a los tazones, los Hermanos de Sangre toman asiento en un rincón y sorben ruidosamente calor, calor...

Música por el altavoz en un volumen que habría igualado al de una orquesta sinfónica, desde las seis de la mañana hasta la siguiente madrugada a las tres. Proxenas, chicas de la calle, jefes de pandilla y maricones, delincuentes ocasionales y gentes sin hogar, ciudadanos atraídos a los bajos fondos por su lascivia y agentes de la policía haciendo pesquisas. Eso es el México. Años atrás un pequeño bar, cerrado por falta de concurrencia. Ahora anunciado con orgullo como el restaurante más conocido de Europa. El nuevo propietario tomó de un libro ilustrado de Moritz diversas imágenes de indios y las reprodujo, abigarradas y al estilo naíf, en las cuatro paredes desnudas. Instaló palmeras artificiales, pintó de colores chillones y opacos los escaparates y dio a su obra el nombre de Cabaña mexicana.

Los Hermanos de Sangre están sentados en silencio a una mesa. Ante ellos, un nuevo día al que se enfrentarán sin tener un plan. Un hombre entra en el local, un extraño, no un cliente habitual. Busca con la mirada y enristra hacia la mesa de los Hermanos de Sangre. Fred, de dieciocho años, amigo íntimo de Jonny, se pone de pie de un salto, empuja hacia un lado a un camarada, echa a correr y sale precipitadamente a la calle. El extraño corre detrás. Agitación en el local. ¿Quién era el extraño? ¿Policía? Pero ninguno de los parroquianos lo ha visto nunca. Y aquí se conoce a todos los agentes de la comisaría. La pandilla se ha quedado atónita. No considera aconsejable seguir más tiempo en el local. Jonny distribuye el resto del dinero a partes iguales, divide la pandilla en cuatro parejas con la misión de buscar a Fred en los bares de costumbre, entre los jefes conocidos de pandilla, en todos los escondites. Aun en el caso de que el extraño no haya echado el guante a Fred, éste no se atreverá a volver al México. Tendrá, pues, que averiguar por dónde anda la pandilla. El punto de encuentro para todos será esta tarde a las ocho en el local de homosexuales Alte Post, en la Lothringer Strasse. Las cuatro parejas se dispersan en distintas direcciones.

Una rebelión silenciosa.

La bofetada de cumpleaños.

Fuga entre la viruta.

Desde hace varios días reina mal ambiente en el correccional. Un pequeño grupo de internos, con el veinteañero Willi Kludas a la cabeza, acordó poner en práctica una especie de resistencia pasiva. Se habló del asunto por la noche en el dormitorio, y los traidores y esquiroles fueron amenazados por un tribunal implacable: los desertores recibirían golpes, golpes y más golpes. El director y los educadores no podían hacer nada contra los efectos de la resistencia pasiva, y no digamos ya contra los actos de sabotaje. La mitad de la patrulla de trabajos externos pidió dispensa por enfermedad. De buenas a primeras padecía los males más peregrinos. Y la otra mitad, fingiendo trabajar, causaba más daño que provecho. Los vigilantes despotricaban, amenazaban con dar parte y repartir bofetadas; pero no pudieron encontrar pruebas fehacientes que demostrasen la mala fe. Los internos sonreían con disimulo, el torso inclinado hacia delante, y continuaban trabajando. La cosa empezaba a resultarles divertida.

En los diversos módulos que integran el centro se rompieron de forma misteriosa docenas de vidrios de ventana. Los cerrojos de las puertas dejaron de funcionar. Los operarios encargados de arreglarlos tuvieron que quitar del mecanismo arena y piedrecillas. En los retretes se atascaron los inodoros. Ardieron numerosas bombillas eléctricas y fusibles. Desaparecieron documentos guardados sin vigilancia y legajos enteros, o se había vertido tinta azul sobre los papeles. A los chavales no se les borraba de la cara la sonrisa maliciosa. Aquello era algo nuevo, una bonita idea que se le había ocurrido a Willi. Los educadores iban de un lado para otro con los semblantes pálidos, sañudos. Hacía tiempo que ya no se atrevían a acudir al despacho del director. Ay del chaval que fuera pillado en flagrante. Pero la red de espías y centinelas funcionó a la perfección, al tiempo que fallaron y quedaron reducidas a ceniza todas las medidas adoptadas por la autoridad.

El cuarto día, por la tarde, el director convocó a los educadores. ¿Qué pasa? Sí, ¿qué está pasando? Estaban ante un enigma. Con el pretexto de que regara las macetas en el despacho del director, un educador hizo venir durante la reunión a un muchacho, su muchacho, Georg Blaustein. «Georg, tú eres un buen chico. Dinos qué pasa. Siempre nos lo has contado todo.» Georg Blaustein recordaba la noche de hacía cuatro días. Estaba despierto en la cama como el resto de los chavales. De pronto, en la oscuridad, una cara se acercó a la suya. Y oyó decir en voz baja, pero muy enérgica: «Si te vas de la lengua, te retorceré el pescuezo...». La cara se deslizó después por debajo de la cama de Georg y por debajo de muchas otras hasta la suya propia. «Yo... Yo no sé... De verdad que no sé, señor director, por qué...» Pero el director y cada uno de los educadores se percataron de que Georg lo sabía todo y que el miedo le cerraba la boca. «Riega las flores, Georg.» Resultado de la reunión: no sabemos desde luego nada, pero ¡sí sabemos! Prohibición terminante de fumar para todos los internos, permisos de salida cancelados, imposición de severas medidas punitivas a la menor falta. Hasta que vuelva el orden. Informe a la autoridad superior en solicitud de medidas de estrategia.

¿Y qué pasaba? ¿Cuál era el motivo de la rebelión silenciosa? Un asunto casi cotidiano. Willi Kludas, el interno veinteañero, había recibido una bofetada del señor Friedrich, el aborrecido educador, a causa de una impertinencia. La recibió justamente el día de su cumpleaños. La aguantó con aparente tranquilidad. Pero por la noche hizo un llamamiento a la rebelión silenciosa. Como venganza, para empezar. Después pensaba devolverle con sus buenos intereses la bofetada al señor Friedrich y fugarse del centro. Para la devolución de la bofetada junto con los intereses urdió Willi un plan del cual sólo dio cuenta a los seis amigos íntimos que necesitaba para llevarlo a cabo.

Dos días más tarde. Entre las diez y las once de la noche. El dormitorio al completo sabe que algo se está cocinando. Pero únicamente siete chavales, Willi y sus seis amigos, están al corriente de lo que va a ocurrir. Media hora antes volvió a aparecer la cara junto a la cama de Georg Blaustein y profirió terribles amenazas en el caso de que... Willi sabe que si ahora se arma jaleo

entrará su amigo Friedrich. Y eso está bien. Muy bien. Los siete amigos entablan sin contención alguna, de acuerdo con el plan, una conversación en un tono de voz cada vez más elevado. Como exige la norma, pronto suenan desde fuera golpes en la puerta: «¡Silencio ahí dentro!». La voz del señor Friedrich. Bien. De momento, calma. Pero no por mucho tiempo. De pronto, los conjurados hacen un ruido infernal. Los ocupantes de la sala se sientan en sus camas. Dos amigos de Willi cogen una sábana cada uno y corren descalzos hacia la puerta. Ya se oyen los pasos del señor Friedrich. La puerta se abre. Un interruptor hace clac. Persiste la oscuridad. Dos figuras con sábanas extendidas se arrojan contra el educador Friedrich no bien ha entrado en la sala oscura. Le echan las sábanas sobre el cuerpo. Otros cuatro amigos lo sujetan de las manos y los pies. Un estertor apenas audible sale de debajo de la tela. Acto seguido, Willi se tira encima del bulto blanco. Lo único que se oye son los chasquidos de los golpes. Nadie en la sala dice ni mu. Los chavales recuperan las sábanas tirando de ellas y el señor Friedrich emprende una huida no precisamente suave por el corredor. La puerta encaja en el cierre. Los vengadores se meten a toda mecha en la cama.

Transcurre media hora —las sábanas han sido de nuevo colocadas en su sitio—, entonces llegan al dormitorio el director y varios educadores a medio vestir, pero armados. Tampoco ahora se enciende la luz. Se ven obligados a sacar a dos internos de su sueño profundo. Les ordenan traer escaleras de mano y reponer las bombillas. Por fin hay luz, y ahora ya no tiene nada de especial que todos estén despiertos y miren fijamente al directorio en calzoncillos. El hecho es que el señor Friedrich ha recibido una paliza, aunque sin graves consecuencias, por parte de varias figuras en camisón. Pero ¿por parte de qué camiones? La sala entera dice al unísono: «Yo me he despertado con el ruido». Georg Blaustein, sin embargo, va más lejos que todos los demás. No sólo no ha sido despertado por el ruido, no, sino que de puro miedo sigue dormido. Las pesquisas acaban sin resultado. Los chavales saben que les va a caer un castigo colectivo. Qué más da. El Friedrich ha recibido, sin embargo, su merecido. Eso compensa cualquier represalia.

Por la mañana, ningún pelotón de trabajo se pone en marcha. Todo el mundo se queda en el centro para ser interrogado. Los chavales especialmente sospechosos y los especialmente formales prestan declaración por separado. El resto, en grupos pequeños. El resultado de las indagaciones se mantendrá en riguroso secreto. Tampoco está claro cuál será el castigo. El asunto es demasiado grave. Se dirigirá una solicitud a la autoridad superior para que envíe una comisión investigadora. El señor Friedrich se ha puesto de baja por enfermedad.

Willi Kludas tiene claro que esta noche emprenderá la fuga. Piensa explicar, mediante una carta que algún chaval encontrará al día siguiente, que él es el único culpable de lo ocurrido. Que los que participaron en la paliza lo hicieron forzados por sus amenazas. Que, sin embargo, él fue el único que golpeó al señor Friedrich. ¿Por qué, señor director? ¡Pues por la bofetada el día de mi veinte cumpleaños! Willi come a mediodía y al atardecer todo lo que arrambla y es capaz de tragar. Quién sabe cuándo le surgirá otra oportunidad. Deberá caminar toda la noche si quiere alcanzar la estación de ferrocarril más cercana. Luego intentará llegar a Berlín valiéndose de un billete de acceso al andén. Diez horas de viaje. Aún no sabe cómo se las apañará para escapar al control dentro del tren. Sólo se despide, secretamente, de sus seis amigos. Éstos le dan una parte de su cena para el camino y el uno o el otro se desprende de una moneda. Todo el dinero de Willi asciende a noventa y cinco céntimos. Una hora antes del tiempo fijado para el reposo nocturno se atreve a dar el paso crucial. Transcurrida otra hora, se enterarán de que se ha escapado. Para entonces deberá estar lejos, muy lejos. Ahora sus amigos tienen que hacerle un último favor de camaradas. Escenifican con muchos gritos y alboroto una disputa. De todas partes corren al salón de recreo los nerviosos educadores e incluso el director. Al tiempo que sus amigos se hacen los sorprendidos, Willi escala el muro.

No hay más remedio que ir corriendo hasta el primer pueblo, a diez minutos. Luego avanza, no a través del pueblo, sino dando un rodeo. Pero, ojo, no demasiado deprisa, no vaya a ser que pronto se desfonde. ¡Caramba, qué divertido es esto de correr! ¡Correr todo el rato en línea recta! No tener que cambiar de dirección a cada instante como en el patio del centro. Gracias a Dios,

debido al tiempo desapacible, no hay un alma en la carretera. Willi corre con los brazos recogidos y los puños hacia delante: «Uno, dos, tres, cuatro..., uno, dos, tres, cuatro... Tío, qué gozada. ¿Habrán notado algo ya? A ver si han mandado a un educador a perseguirme en bicicleta... Uno, dos, tres, cuatro..., vamos, vamos. Ahora tuerzo a la izquierda y entro en la pista de tierra. El pueblo queda a mano derecha. Uyuyuy, pues sí que está blando el suelo. Le cuelgan terrones de las suelas de los zapatos. ¡Qué más da! ¡Por mí! ¡Deprisa, deprisa!».

El pueblo ha quedado bastante atrás. Él está ahora de nuevo en la carretera, que es por donde mejor se puede mover. ¿Tomarse un descanso? No, es preferible seguir corriendo durante un cuarto de hora más. Joder, tío, menudo calor. Mientras corre se saca un bocadillo del bolsillo... Zas, se tumba en la cuneta. Un coche se acerca a toda velocidad. Por suerte viene de frente. Sigue, sigue. ¡Deprisa, Willi, deprisa! Pero poco a poco se va quedando sin aliento. Cinco minutos de descanso, al otro lado, detrás de un seto. Quién tuviera ahora un cigarrillo... ¿No debería llegar enseguida otro pueblo? ¿Se atreverá a entrar en el bar y comprarse cinco cigarrillos? ¡Pues claro que se atreve! Conque arrea, Willi, para que consigas cuanto antes un cigarrillo. Uno, dos, tres, cuatro...

Una muchachita sirve en el bar. Willi recibe los cigarrillos. Para fumarse el primero consiente en caminar a paso lento. Pero no bien la colilla ha volado hasta la cuneta, arranca de nuevo a correr. Un cigarrillo es desde luego una maravilla. Da energía como un ganso asado. Una pena que corriendo no se pueda fumar. Pero es que entonces el viento lo jode todo. En un santiamén se consumiría el pitillo. ¡Deprisa, deprisa! Seguro que ya se han olido la tostada en casa. ¿En casa? ¡Bonita casa! Siempre ha sido una cárcel. Se aparta otra vez de la carretera y aminora la marcha. Permanece todo el tiempo a tal distancia de la carretera que no la pierde de vista. Pasito a paso, leves caladas, cavilaciones, en qué parará todo esto. ¿Cómo llegaré a Berlín? ¿Y si te echan el guante en el tren? En tal caso mañana estará otra vez en el centro y lo llevarán a juicio por la tunda que le ha arreado al señor Friedrich.

A las cinco de la mañana, molido y agotado, llega a la ciudad. Quizá te están esperando por aquí, piensa. Conforme se acerca a la estación, ve largas hileras de vagones de mercancías parados. No, con el expreso no es posible viajar. ¿Dónde iba a esconderse durante diez horas? ¿En los servicios? Los revisores tienen por descontado llave y miran en todas partes. Tendrá que viajar en un tren de mercancías. Se sale del camino. Accede a la zona de las vías, desierta. Se adentra entre las hileras de vagones. Examina las hojas adheridas para comprobar adónde irá el tren. Pero no pone nada al respecto. Sin pensárselo dos veces, sube de un salto a una vagoneta sin techo, cubierta con una lona. Virutas empacadas. Él se aprieta entre dos pacas, arranca cachos con el fin de confeccionarse un apoyo para la cabeza y se tumba. Que lleven el tren a donde les dé la gana. Lo único importante: ¡pirarse de aquí y dormir, dormir!

Fred, el prófugo.
 La destilería
 de los pordioseros.
 Después del alcohol
 vienen las mujeres.
 A un comerciante
 de mantequilla
 le piden trescientos
 marcos.

A Fred le sobraban razones para marcharse a toda pastilla del México. No se trataba de huir de un desconocido, tampoco de la policía. Fred había huido de su padre. Un humilde cartero de Schöneberg. La madre de Fred hace tiempo que murió. Una y otra vez el viejo había amenazado al hijo con cortar toda ayuda y abandonarlo a su suerte si no ponía fin a los pequeños hurtos en casa de parientes y conocidos. En incontables ocasiones se había largado Fred de casa; en incontables ocasiones lo había despachado su padre: cuando la reparación de los daños causados por Fred volvía a llevarse la mitad del sueldo mensual. No obstante, apenas llevaba Fred un tiempo por ahí, el viejo se daba a buscarlo por espacio de varios días. Del México ya lo había sacado una vez. Más tarde, la encargada de entregárselo era la policía. Tan pronto como Fred, feliz, estaba de nuevo en casa, recibía una paliza de alivio. No tardaba, sin embargo, en reincidir en sus viejos pecados. Vendía la ropa de su padre, incluso un día estuvo a dos dedos de hacer que un comerciante viniera a llevarse el piano.

Y hoy al viejo le han entrado de nuevo las ganas. Fue a buscar a su hijo. Tuvo la suerte de encontrarlo. No lo perdió de vista cuando Fred atravesó corriendo la Alexanderplatz. Varios tranvías seguidos le cortaron el paso sin piedad. El viejo le dio alcance. En la calle no le dijo nada. Su mano temblorosa se aferraba al brazo de Fred. Después cogieron el ómnibus, cambiaron en la estación de Stettin al número 5, en dirección a Schöneberg. A Fred lo esperaba en casa la paliza de costumbre. Pero ésta no se produjo. Antes al contrario, el viejo le preparó un desayuno de cuatro huevos y se lo sirvió en silencio. Se quitó su indumentaria de cartero y encerró a Fred en la habitación del fondo. En ningún momento se dirigieron la palabra.

Fred está sentado en un dormitorio del cuarto piso. La puerta de la habitación y la de la casa están cerradas con llave. Escapar, correr a toda prisa, reunirse con la pandilla, por supuesto. Pero ¿cómo salir de aquí? No tiene ni un trozo de alambre con el que confeccionar una ganzúa. Maldita sea. Y la somanta del viejo esta tarde. Transcurren dos, tres horas. No puede dormir, ni permanecer sentado, ni leer. Ni siquiera ha hecho aprecio de los huevos fritos. Lo único que le preocupa: ¿cómo salgo de aquí? No bien se ha tumbado de nuevo en la cama, ¡huy, el silbido de la pandilla! Abre la ventana. Walter y Erwin están en el patio y estiran el cuello. Hacen muecas interrogativas y gesticulan. Fred corre confuso de un lado a otro de la habitación; después, rápidamente, escribe una nota: «El viejo me ha encerrado. ¿Podrías conseguirme un trozo de alambre para una ganzúa? Quizá así consiga abrir la puerta». Descuelga la nota atada a un torzal. Tras leerla, Walter y Erwin se alejan a toda velocidad. Fred espera junto a la ventana. Los chavales vuelven victoriosos con un metro de alambre comprado en una ferretería cercana. Fred tira del hilo atado al alambre. Lo dobla y lo dobla sin más ayuda que las manos. No hay manera, el alambre es demasiado duro. Fred sujeta el extremo del alambre en la ranura de un cajón. Surge una muesca profunda en la madera, pero el alambre se tuerce hasta alcanzar la forma deseada. La rudimentaria ganzúa está hecha. El cerrojo sencillo de la puerta de la habitación cede al poco tiempo. El primer paso está dado. Walter y Erwin, abajo, silban impacientes. Ahora, la puerta de casa. Cerrojo de seguridad, muchacho, no tan fácil. Transcurre un cuarto de hora, media hora. El cerrojo no se mueve. Fred llora de rabia. Ocurre de repente. Crujidos, rechinamiento, luego dos veces clac: la puerta de casa también se abre. Él se cala la gorra, se pone el abrigo. Reflexiona unos instantes, luego va corriendo a la habitación abierta y enseguida encuentra lo que busca: su reloj de oro de la confirmación. Cierra la puerta de casa de forma que el pestillo encaje en el

cajetín del marco. Después echa a correr escaleras abajo.

«Cuánto bueno por aquí, señores», saluda a sus camaradas. Fred está contento, colmado de alegría maliciosa al pensar en la cara del viejo cuando encuentre el piso vacío y se percate, además, de que tampoco en esta ocasión Fred se ha largado con las manos vacías. No da la menor muestra de sensibilidad o de vergüenza en el momento de mostrar el reloj robado. A fin de cuentas es de su propiedad. Claro está que el viejo lo adquirió con la calderilla ahorrada durante largos años, pero un regalo es un regalo... ¿Qué hará, empeñarlo o venderlo? El prestamista exige documentos de identidad. Habrá, pues, que venderlo. Seguro que el maricón de Christoph lo aceptará.

El maricón de Christoph, un perista de Schöneberg, muestra interés. Ofrece treinta marcos. Sabe que cualquier prestamista pagaría cien marcos por el reloj de oro. Accede a subir hasta cuarenta marcos. De ahí no pasa. Hay que respetar los precios. Fred se embolsa los cuarenta marcos. También se habría desprendido del reloj por veinte. Lo primero de todo, invita a sus camaradas a una comida caliente en el Aschinger. Más tarde, un taxi lleva a los tres al Alte Post, en la Lothringer Strasse.

Todos los Hermanos de Sangre se hallan reunidos. Fred, el héroe y prófugo, es recibido con un gran hola. El camarero tiene mucho que hacer. Fred pide vino caliente, cigarrillos y chocolate para todos. Pero antes de nada tiene que informar. Hasta sus camaradas guardan silencio cuando cuenta que el viejo «me estuvo mirando todo el rato como si fuera a echarse a llorar de un momento a otro...». A la larga, el vino caliente resulta demasiado costoso. Fred tiene ganas de emborracharse hasta caer al suelo. Pero, si puede ser, por cuatro perras. Se dirigen a la Elsasser Strasse, a una de las grandes destilerías de Raband con peor reputación. Aquí se puede uno embriagar por poco dinero. Por diez céntimos se consigue un aguardiente que quema en la garganta como pimienta. Así que Fred manda traer sin demora unos cuantos aguardientes dobles. Da la orden: «¡Hermanos de Sangre!...—todos cogen el vaso—, ¡trincad!». Todos apuran el bebestiajo. Otra ronda. Y otra ronda. «Hermanos de Sangre... ¡trincad!»

Al tranquilo Heinz el alcohol lo ha vuelto rebelde. Es el más ruidoso de todos. «¿Diez aguardientes seguidos? ¡Eso no es nada!», se jacta. Fred pide diez aguardientes. Los colocan delante de Heinz. «Hermano de Sangre... ¡trinca!» «Trinca..., trinca..., trinca...», ordena Fred malicioso. Con el quinto vaso, Heinz se derrumba del asiento como un guante vacío. Su cara juvenil está pálida y desencajada. Sale de su boca el contenido del último vaso. Los demás continúan pimplando sin medida. Poco antes de la hora del cierre se juntan a los Hermanos de Sangre dos prostitutas maduras y fofas, y Fred las obsequia con tanto aguardiente como les apetezca a sus curtidos gáznates. Después, anunciado el cierre, las mujeres sacan a colación su negocio. Las dos pelanduscas se llevan a rastras a Jonny, Fred, Heinz, que se ha despertado, y a Konrad con el pensamiento de socaliñarles los últimos centavos. Ludwig se llega tambaleante con los demás camaradas a una fonda de la Linienstrasse. Mañana ya se reunirán todos en algún sitio.

El brillo de los cuarenta marcos se ha disipado con rapidez. A la sagacidad de las dos mujeres les ha pasado inadvertido un mísero tálero. A última hora de la tarde, la pandilla se reúne en el Münzhof. El tálero es cambiado por cerveza y cigarrillos. Ahora es cuando Ludwig se da cuenta de que falta Heinz. «Heinz ha tenido que ir a la casa de socorro», replica Jonny con sequedad. En la vivienda de las dos prostitutas, Heinz sucumbió de nuevo a la fanfarronería. Quiso desquitarse del experimento fallido de los diez aguardientes mediante una demostración con las dos mujeres. ¿Cinco veces...? Las fieras borrachas se apoderaron, profiriendo alaridos de júbilo, de la potencia varonil del chaval de dieciocho años y no libraron al joven de la prisión de sus muslos rechonchos hasta que su maltratado cuerpo derramó sangre. Horas después, Heinz era incapaz de caminar. Tuvieron que colocarlo en medio del grupo y llevarlo a una casa de socorro, de la cual, pasadas cinco horas, aún no había vuelto.

Decidido a conseguir dinero, a Fred se le ocurre una idea con la que podrían ganar trescientos marcos por lo menos. Pero necesita tres o cuatro ayudantes para llevar a cabo el plan. Conserva de sus tiempos de chapero un viejo y fiel amor. Un comerciante de mantequilla acaudalado a

quien bien se le podrían sacar, sobre todo si hacen acto de presencia cuatro o más hombres, algunos billetes de cien. Fred elige como cómplices a Jonny, Konrad, Hans y Erwin. Después se acerca al teléfono. Vuelve y relata que ha quedado con su Fritzen a las ocho en el Tiergarten. La misión de los cómplices consiste en sorprenderlo con su putero en una situación comprometida. Los cuatro desconocidos se harían los enojados y amenazarían con llamar a la policía. Acto seguido, Fred, muerto de miedo, suplicaría al comerciante que comprara el silencio de aquella gente con dinero. Y ese silencio costaría trescientos marcos. «Un asunto sin riesgo. Se cuidará mucho de armar bronca estando casado y con hijos», dice Fred para terminar su precisa disertación.

Muy despacio, andando pasito a paso, Heinz entra en el local. Sus ojos traslucen dolor físico y miedo a las burlas de sus camaradas. Fred se apresura a darle matraca: «¡Hombre, tú, eunuco!». Pero, seco y categórico, Jonny se lo prohíbe. Heinz cuenta que el médico de la casa de socorro pretendía que lo ingresaran en un hospital. No lo había dejado libre sino después que Heinz adujera que en su casa recibiría buenos cuidados. Fred insta a emprender la marcha y, para correr menos riesgos, decide que también lo acompañen Georg y Walter. Ludwig y Heinz deberán estar en el Schmidt a las once.

Heinz apenas se tiene de cansancio y dolor, y acepta agradecido la propuesta de Ludwig de ir ahora mismo a una fonda. Juntan sus centavos. Alcanzan justo para que Heinz pueda pasar allí la noche.

Ludwig es detenido.
 «¿Cuántos nombres
 tiene usted en realidad?»

Ludwig está parado ante el escaparate de una filial del Aschinger, junto a la estación de Stettin, y sueña que es dueño de por lo menos una de las hermosas salchichas allí expuestas. «Seguro que si faltara una no lo notarían...» Un tipo se para a su lado. Probablemente un par de años mayor, vestido con más arreglo que él. Observa a Ludwig, mira las muestras del escaparate, vuelve a dirigir la vista a Ludwig. Después: «Hambre, ¿verdad? ¿Quieres ganarte uno de cincuenta?». «¿Uno de cincuenta? —pregunta Ludwig—, ¿cómo?» El tipo le enseña un resguardo de la consigna de la estación de Stettin. Si estaría dispuesto a ir en busca de una maleta. Él, propietario del resguardo, no puede alejarse de la parada. En cualquier momento llegará un amigo suyo en el ómnibus. Bueno. Ludwig coge el resguardo y un marco con el que deberá pagar el importe. Las vueltas serán para él. Lo cual supone una ración de sopa de guisantes con tocino y como mínimo media docena de panecillos gratuitos, piensa Ludwig, por el breve trayecto a la estación. O un par de salchichas vienesas a veinticinco céntimos y cigarrillos con lo que sobre del dinero. Tanto mejor, dice entre sí, y entrega el resguardo al empleado: «Una maleta». El empleado vuelve sin maleta. «Un momento», y desaparece nuevamente.

Uno, dos minutos. El empleado regresa y señala a Ludwig. Alguien toca por detrás el brazo del muchacho. «Venga conmigo.» Un guardia de la estación. El empleado de la facturación le deja el sitio a un compañero y también se encamina al puesto de guardia. El agente de servicio escucha primeramente al empleado de la consigna. Éste explica: «El resguardo que este joven quería hacer efectivo consta como extraviado desde esta mañana. Quien lo extravió declara que la cartera donde se encontraba el resguardo le fue sustraída por un carterista en el tranvía».

Ludwig pierde la contención: «Yo, no... Un desconocido, delante del Aschinger...». «Por partes», interrumpe el agente que se encarga del atestado. «¿Lleva usted documentos personales? ¿El pasaporte o un certificado de registro?», pregunta el policía de guardia. «No llevo nada conmigo», replica Ludwig. «Así pues, ¿cómo se llama?» Ludwig guarda silencio. ¿Debe decir su nombre verdadero? En tal caso lo devolverán al correccional. No, quizá lo dejen irse si dice un nombre que no esté en la lista de los buscados por la policía, piensa Ludwig ingenuamente. «Erich Müller», dice de prisa. El funcionario escribe. Acto seguido, Ludwig da una fecha de nacimiento cualquiera, además de datos personales inventados. «¿Vivienda?», pregunta el funcionario. «Ninguna. Llegué ayer a Berlín en busca de trabajo.» «¿Dónde tiene sus papeles?» «Este, yo... Los perdí durante el viaje.» El funcionario levanta acta tranquilamente. «Bien, cuéntenos cómo ha ocurrido.» Por fin puede Ludwig soltarse a hablar. Da explicaciones con tal ardor que el funcionario no puede menos de consentir en la petición de Ludwig de llegarse en compañía de un agente a la parada que está delante del Aschinger para localizar a quien le dio el encargo. A fin de cuentas, no es nueva la treta de hacer efectivo, por mediación de un iluso, un resguardo robado.

Dando un amplio rodeo para no espantar al pillo que quizá esté todavía esperando, Ludwig y un agente de paisano se acercan al lugar donde ha tenido lugar el diálogo con el desconocido. Él tiende la mirada a todas partes. Allí no hay nadie que se parezca ni de lejos a quien le dio el encargo. El agente sonríe irónico. Ya lo sabía, una vez más el gran desconocido. ¡Que no se les ocurra a los jóvenes otro pretexto! Concluye el atestado en el puesto de guardia. «¿Mantiene usted la declaración de haber tratado de hacer efectivo el resguardo en nombre de un extraño?» «Sí.» «Permanecerá usted toda la noche aquí. Mañana temprano será trasladado a la Jefatura Superior de Policía», dice el funcionario, y mete a Ludwig en el calabozo.

A Ludwig le dan vueltas y se le enmarañan los pensamientos. ¿Debería confesar que no se llama Müller y que se ha escapado del correccional? Pero entonces dejarán de creerle. Seguro que entonces lo toman por el ladrón. De todos modos, la policía averiguará que ha dado un nombre falso. Una noche interminable sobre un duro banco de madera, en compañía de

borrachos roncadores, muchachas recogidas de la calle y delincuentes detenidos. Continuo vaivén entre la duermevela y los sobresaltos cada vez que llega alguien. Por fin, en las primeras horas del amanecer, los reclusos son conducidos fuera de allí, escoltados por los guardias. Venga, todos a la comisaría en el recoge-pordioseros, en el furgón verde. El vehículo ya está repleto cuando Ludwig es empujado hacia el interior. Está de pie entre dos mujeres borrachas que lo cachean sin miramientos en busca de cigarrillos. El vehículo sale dando tumbos en dirección a la Jefatura Superior de Policía. Da un giro elegante dentro de un ancho patio interior y se detiene justo delante de una escalera que conduce a un sótano. Vigilado en todo instante por los guardias, el cargamento, separado por sexos, es conducido a una enorme celda colectiva.

Transcurren las horas. Los pícaros ya se han resignado a su mala suerte e intercambian experiencias adquiridas en los distintos centros penitenciarios. Conjeturan condenas por adelantado. «¿Tú qué has hecho?» «Le he mangado la cartera a un putero», responde el interpelado, un chapero joven. «¿Con antecedentes?» «No.» «Bueno, dos, tres meses de libertad condicional», reza la sentencia adelantada. Llega un policía y llama a algunos detenidos, entre ellos a Erich Müller, a fin de que se presenten ante el juez instructor.

Despacho de la autoridad, frío, sin adornos. Junto al escritorio, con prisas y ojos chispeantes, vidriosos, el juez instructor. En un costado, la estenotipista responsable de redactar el acta, joven y agradable, despide hacia Ludwig una leve fragancia de polvos de tocador y jabón de calidad. «¿Usted es el joven sin papeles que se hace llamar Erich Müller? —comienza el juez—. Nacido en..., ha residido últimamente..., ¿es exacto?» «Así es», responde Ludwig, y fija la mirada en los blancos y agudos dedos de la estenotipista, que colocan, ágiles, metiendo apenas el borde, una hoja nueva en la máquina de escribir. «¿Y cómo ocurrió la historia con el resguardo del equipaje? Cuéntemela por extenso.» «Erich Müller» cuenta; el juez permanece de pie, las piernas separadas, junto a la mesa, y escucha con aparente atención.

Ludwig ha terminado la exposición veraz de los hechos. Reina el silencio en el despacho. Desde la calle asciende el ruido de la Alexanderplatz. La estenotipista ha descubierto una pequeña imperfección en la uña de su índice derecho y está dispuesta a pagar lo que haga falta a una manicura que trabaje con esmero. El juez sigue callado y dobla una regla de metal hasta formar con ella medio círculo. A todo esto, brusco y severo, le lanza a Ludwig la pregunta: «Conque usted afirma llamarse Erich Meyer, ¿no es cierto?». Ludwig responde con un susurrante «así es». Una pausa breve. «¡Pues bien, ya ha sido usted pillado!» El juez toma asiento con aire de triunfo. Ludwig, también la estenotipista, le dirigen una mirada interrogativa. «Usted ha declarado que se llama Erich Müller. Acabo de preguntarle si afirma llamarse Erich Meyer. También ha respondido que sí. ¿Cuántos nombres tiene usted en realidad?» El juez se retrepa. A Ludwig la sangre le sube a la cabeza a tal velocidad que está a punto de perder el conocimiento. La estenotipista suelta una risa tonta. Ha captado el truco del jefe. «Le hago saber que la declaración de datos personales falsos está rigurosamente castigada. ¿Le importaría decir la verdad?» Ludwig hunde las uñas en la madera de la silla. La voz del juez suena distante. «¿Puedo... beber un vaso de agua?» La estenotipista se lo trae. El juez espera paciente. Sabe que su semilla va a germinar. «Me llamo Ludwig N... y me he escapado... del correccional de H.» El juez coge la hoja de buscados por la ley y la estudia. «Podiera ser cierto. ¿Cuándo se escapó usted de H...?» Ludwig da la fecha, la cual concuerda con los datos de la hoja de buscados. El juez está ahora convencido de que Ludwig dice la verdad. En vista de que Ludwig sostiene su versión relativa al resguardo del equipaje, se acaba el interrogatorio. Se solicitarán a H. las actas del interno Ludwig N. Lo demás es asunto de la fiscalía. Proceden a rellenar un impreso de color rojo. El impreso del destino. ¡Orden de detención! Timbrado: que se lo lleven.

Un agente lleva a Ludwig a la secretaría de la cárcel. Deberá esperar en el «redil de los carneros», un recinto separado de la secretaría por un muro de la altura de un hombre. «¿Lleva usted consigo dinero u objetos de valor?», pregunta el funcionario. Ludwig le entrega el marco que le dio el bribón. Después es conducido a la cárcel. Ante él, un largo corredor; a izquierda y derecha, todas iguales, una celda al lado de la otra. Puertas marrones guarnecidas de hierro junto a puertas marrones guarnecidas de hierro. Sólo cambian los números de las puertas, que son

también los números de los prisioneros. En la celda de recepción se le ordena a Ludwig que vacíe los bolsillos. Le quitan todo. Después ocupa una celda individual y queda abandonado a su suerte. Un catre duro, descoyuntado, con ropa blanqui azul y dos mantas de lana. Una banquetta, una balda donde colocar la escudilla, un vaso y un jarro. Un inodoro maloliente en un rincón. No hay sitio en la celda para una mesa.

Fuera, en las baldosas del pasillo, resuenan las botas claveteadas de los vigilantes. Un ojo se asoma a la mirilla, observa a los reclusos tanto mientras hacen sus necesidades como cuando sueñan con la libertad y las chicas... Estrépito en la puerta de la celda de Ludwig. La introducción de la gruesa llave en la cerradura lo sacude como una descarga eléctrica. «Salga.» Lo entregan al funcionario de paisano que ha de conducirlo a la oficina de identificación.

Escaleras arriba y abajo, por recodos y corredores interminables del gigantesco y mal construido edificio. Una habitación amplia, luminosa, en la planta baja. Pueden verse los trenes urbanos que pasan a toda velocidad. «Entre ahí.» Le indican que se coloque en una jaula de malla de alambre. Ludwig toma asiento junto a una muchacha quejumbrosa. Casi una niña todavía. ¿Qué delito puede haber cometido esta lloriqueante criatura? Sea como fuere, le miden la estatura, le toman las huellas digitales, la fotografían de frente y de perfil, con y sin sombrero, con y sin abrigo, como si fuera una peligrosa criminal. Ahora le toca a Ludwig. Se tiene que lavar las manos. «Si no, la huella saldrá borrosa por causa del sudor en el dedo», explica el funcionario. Éste agarra la mano derecha de Ludwig y aprieta suavemente la yema del dedo sobre una placa previamente embadurnada con tinta negra. Después le va cogiendo de uno en uno los dedos y los oprime por las yemas en el espacio de la hoja correspondiente a los datos personales. Lleva a cabo el mismo procedimiento con la mano izquierda. Quedan para siempre registradas las huellas de los diez dedos. Ahora, a fotografiarse. Un cuarto con cortinas blancas. Ludwig debe situarse sobre un podio cuadrado. A su espalda se alzan los listones que ayudan a centrar la imagen. También a los costados determinan unos listones la postura recta de los delincuentes fotografiados. Estalla un resplandor. Ya está hecha la toma de perfil. El funcionario mueve la manivela. Ludwig permanece sentado mirando a la cámara. Se repite la operación con la gorra puesta. Y al fin Ludwig es devuelto a su celda.

Franz, vagabundo
 por pasión.
 Debajo del expreso
 Colonia-Berlín.
 B. A. T. G. 2
 [Andén A, Sector 2]
 no ha puesto
 la calefacción.

Willi Kludas se despierta por causa de una tremenda opresión. Tiene encima un objeto pesado que le impide respirar. Despierto del todo, abre los ojos. No ve nada, absolutamente nada. Debajo de él suena un constante chacachaca..., chacachaca. Poco a poco se le aclaran los pensamientos y se da cuenta de dónde está. Sí, se ha escapado. Trepó a una vagoneta y se tumbó entre la viruta. Y tiene encima una paca que se ha corrido de sitio. No la puede levantar. A duras penas se restriega y se revuelve hasta quedar tendido sobre el vientre. Después se desliza despacio por debajo de la paca. Tras soltar, en la parte trasera de la vagoneta, la pesada cubierta empapada de agua de la lluvia, ve por fin que es de noche. El tren avanza flemático.

De pronto, Willi ve en la cabina del freno del vagón posterior a su vagoneta un puntito luminoso que se mueve y arde. ¿Un ferroviario que fuma? ¿O un polizón como Willi? Se apresura a cerrar la cubierta y se aprieta de nuevo entre las pacas. Allí es donde se está más caliente. Aún le quedan un cigarrillo y dos bocadillos aplastados. Pero nada de beber. De momento lo que hace es fumar con precaución el cigarrillo. Ojo con acercarlo demasiado a las virutas. ¿Adónde irá el tren? El paisaje que se desliza ante sus ojos no le dice nada. ¿Y cuánto tiempo hace que está viajando? La locomotora pita allá delante una y otra vez. Luego rechinan los frenos. Pero no viene a continuación una parada. Willi vuelve a arrastrarse hasta el borde por si le es dado descubrir el nombre de alguna estación. El tren se detiene en pleno campo.

Willi mira cauteloso a través de una estrecha ranura hacia la cabina del freno, cuya puerta se abre. Queda a la vista una cabeza descubierta que tiende la mirada a todas partes. Un hombre se descuelga de la cabina, echa un vistazo minucioso abajo y se golpea las costillas con los brazos para calentarse. Los ojos de Willi perforan la oscuridad tratando de identificar a la figura. Poco a poco va distinguiendo una cara barbuda, una chaqueta y unos pantalones deportivos con polainas. Ni rastro de un uniforme de ferroviario. ¿Debería llamar al hombre? Quizá éste podría decirle dónde están. Sin pensárselo dos veces, Willi levanta un poco más la cubierta y dice en voz baja: «Camarada... Camarada, ¡aquí!». La figura se estremece y se dispone a dar un salto. Willi repite la llamada, al tiempo que asoma la parte superior del cuerpo. La inquietud del hombre remite. Se acerca a la vagoneta. Con ademán de invitarlo a juntarse con él, Willi retira la cubierta y el desconocido sube de un brinco ágil. Ajustada de nuevo la cubierta, el barbudo saca una linterna y alumbró a Willi. El resultado parece satisfacerlo. «¿Qué, corriendo mundo?», pregunta. «No, quiero ir a Berlín», cuenta Willi. El desconocido suelta una risotada: «¿A Berlín? ¡De amanecida estaremos en Colonia!».

La revelación supone para Willi una bofetada. ¿Colonia? ¿Qué va a hacer él en Colonia, donde no conoce a nadie? O sea, que estaba viajando en la dirección contraria. ¿Debería bajarse ahora que el tren está parado? No, es absurdo. «¿Tienes que ir a toda costa a Berlín?», pregunta el desconocido. «Sí, sólo en Berlín tengo un camarada que podría ayudarme», responde Willi. «Hay una forma de ir a Berlín rápido y sin pagar dinero, pero es por demás peligrosa, querido amigo. Más de uno se cayó a las vías y quedó hecho picadillo», cuenta el vagabundo. Willi pregunta. Se declara dispuesto a todo. Aquí, en Renania, lo único que puede hacer es palmar de hambre o entregarse a la policía. En Berlín se maneja bien. Allí la cosa no está ni la mitad de mal. Debe ir aprisa, a toda prisa a Berlín. En un tren de mercancías tardará una semana o más. El desconocido vuelve a alumbrar la cara de Willi. «Un momento. Voy a la cabina del freno a buscar mi mochila.»

No bien ha vuelto, pita la locomotora. El tren da una sacudida. Juntando fuerzas, Willi y el

desconocido ordenan las pacas desplazadas con el fin de disponer de más espacio. El desconocido se presenta como Franz. Treinta años, a pesar de la barba corrida. A Franz, vagabundo por pasión, le ha dado el antojo de regresar a Colonia, su patria. Es posible que en las próximas semanas viaje a Berlín. ¡Cómo va a estar hoy seguro de ello! Willi cuenta con franqueza que se ha escapado del correccional. Franz está haciendo algo en la oscuridad. Al encenderse brevemente la linterna, Willi descubre en la gorra de Franz un montón de cigarrillos liados a oscuras. ¡Caramba, qué hábil! Y después, mientras fuman, Franz expone un plan de cómo podría Willi viajar rápidamente a Berlín. Primero hace una pausa teatral; a continuación dice, lacónico: «Con el expreso...». «Tonto del culo», se le escapa a Willi, decepcionado. «No, jovencito. ¡Con el expreso!», insiste Franz. «Pero, hombre, ¿y los controles?», replica Willi, desafiante. «Por allí no pasa el revisor —se ríe Franz de buena gana—, él está dentro del tren y tú vas debajo.» Willi se queda tieso. ¿Debajo de un tren expreso que circula a noventa kilómetros por hora? ¡Imposible! ¿Dónde va a encontrar sitio debajo del tren? ¿Dónde se agarrará yendo a tanta velocidad?

Franz ofrece ahora explicaciones por extenso. Antes de la salida, cuando el tren se encuentre aún en la vía de maniobra, el polizón debe introducirse debajo de un vagón y acurrucarse sobre un eje. Ahí es donde debe resistir, a apenas medio metro del suelo. Dormirse supone la muerte segura. Pero también pueden matar las piedras del tamaño de un puño que saltan despedidas al paso veloz del tren. O si los brazos y las piernas se entumecen por causa del frío y de la falta de movimiento, y no son capaces de sujetar el cuerpo sobre el eje... Desde luego que no son rosados los colores con que Franz describe la temeraria empresa. Reconoce que sólo en caso de extrema necesidad recurriría a un procedimiento semejante. Su viaje más horrible bajo un expreso fue uno de Varsovia a Berlín. ¡De Varsovia a Berlín debajo del expreso! «Por supuesto que para los miedicas es menos peligroso subirse a un tren de mercancías», concluye Franz. «Me arriesgaré», decide Willi. No suena especialmente heroico, pero es una determinación y Willi la pondrá en práctica. Franz se presta a llevar a Willi, en Colonia, al tren conveniente. Lo ayudará asimismo a encontrar pertrechos para la aventura. Franz no continúa con la plática y Willi concentra sus pensamientos en la inminente temeridad. El tren produce un monótono chacachaca..., chacachaca..., chacachaca...

Al despertar de su sueño ligero, ya se cuele por los resquicios de la cubierta de protección la luz del día. Franz se abre paso arrastrándose con el deseo de orientarse. «Va siendo hora, jovencito. En cuanto el tren circule despacio tenemos que saltar. ¿Cómo ves lo del viaje de Colonia a Berlín?», reanuda Franz la conversación. «Estoy decidido», contesta Willi. El tren pita y reduce la marcha. Aún no se divisa Colonia. En estos momentos están atravesando un bosquecillo. Franz da instrucciones a Willi sobre cómo debe bajarse del tren. No bien haya saltado deberá arrojar al suelo para que los encargados de los frenos no los descubran. El tren aminora aún más la velocidad. Franz salta primero y se tira al suelo. Acto seguido, Willi. Pero no necesita tumbarse. De eso ya se ocupa el impulso, bastante brusco. Caminan por el campo y llegan de ahí a poco a una carretera. Pasada una hora, dan con una línea del tranvía de Colonia y pronto están en la ciudad.

A Willi no le despiertan especial interés ni Colonia ni el Rin. Él quiere ir a Berlín. Franz, en cambio, disfruta mucho en su patria. Aunque sabe que a Willi sólo le quedan cincuenta centavos, lo lleva consigo a su viejo albergue. Para el vagabundo la camaradería es un deber natural. En el albergue les asignan una litera con dos catres, y en el comedor los espera una fuente enorme de alubias con carne de cerdo. Willi vuelve a poner reparos. «Zampa», replica Franz, y reparte la carne. Una vez saciados, Franz toca de nuevo el tema del viaje de Willi. «Antes de nada debes descansar. De lo contrario caerás bajo las ruedas ya en la primera hora.» Por consejo de Franz, Willi decide no viajar hasta mañana por la tarde. A continuación se retiran a la litera a recuperar el sueño perdido.

Willi duerme de un tirón hasta mediodía del día siguiente. Quiere emprender el viaje cuando atardezca. Tras la comida vuelven a la litera para ocuparse de los preparativos. Dentro de cinco horas, Willi deberá tenderse sobre el eje. Franz se ha agenciado una vieja y delgada manta de

lana, que ha cortado en trozos. Willi menea la cabeza con incredulidad viendo los preparativos. ¿Qué hace Franz cortando esas largas polainas? ¿Y para qué confecciona un morral? Franz le encaja a Willi la bolsa en la cabeza y comprueba a qué altura del paño están sus ojos. Le quita el morral y recorta dos agujeros por donde pueda mirar. Cose dos tiras en la parte inferior. Por fin explica: «Durante el viaje debes colocarte el morral en la cabeza. En primer lugar, da calor. En segundo, si no te lo pusieras llegarías a Berlín con un centímetro de grasa y mugre en la cara, lo cual te delataría». Willi comprende qué sentido tiene el par de gruesas manoplas. Pero ¿para qué tantas tiras de lana? Franz le explica que, al igual que la cara, se le manchará la ropa, por lo que deberá vestirse la cazadora del revés, así como también los pantalones. En Berlín ha de volver hacia fuera el lado limpio y no llamará la atención.

Las tiras de lana hay que enrollarlas, bajo la ropa, alrededor de las piernas, los muslos y también el torso. ¡Por el frío, chaval! ¡El frío multiplicado por los noventa kilómetros por hora! Con unas prendas interiores tan finas, en un amén te quedas igual de tieso que una tabla, sin sensibilidad en los miembros, y las ruedas del tren te harán papilla. Willi se desprende sumiso de la ropa y se deja envolver en las tiras de lana. No demasiado apretadas para que pueda circular la sangre; tampoco demasiado flojas para que no se suelte el vendaje. Se viste los pantalones del revés; el chaleco y la chaqueta por encima, y la cazadora asimismo del revés. Ésta le queda sobremanera tirante por encima de la chaqueta. Antes de salir hacia la estación de depósito, Willi necesita meterse unos cuantos aguardientes entre pecho y espalda que le mantengan la valentía y la sangre en movimiento.

Tan sólo si se disponen de unos conocimientos exactos acerca del terreno es posible acercarse sin ser visto al tren, ya acoplado, que pronto iniciará el trayecto Colonia-Berlín. Mientras no hayan entrado en el área de la estación los oculta la oscuridad de la tarde invernal. Luego no tienen más remedio que avanzar a rastras, deslizarse, saltar, aprovechar cada centímetro de sombra. Gracias a Dios, lo han conseguido. Recorren agazapados la hilera de vagones. No demasiado abajo. Ahí impactan a menudo las piedras. Pero tampoco demasiado adelante, pues puede ocurrir que la ceniza ardiente de la locomotora se derrame por debajo del vagón sobre el indefenso bulto humano. Aquí. Franz se detiene delante de un vagón de segunda clase. La elegancia ante todo, no puede menos de pensar Willi. Se agachan y Franz hace una demostración de cómo hay que acurrucarse sobre el ancho eje. Después saca dos tiras del bolsillo. Las ata a algunas barras de debajo del vagón. De este modo dispone Willi de dos asideros. Franz le hace de nuevo la demostración y Willi prueba. Ahora que el tren está parado todo parece cosa de niños. Y en Berlín, sigue explicando Franz, hay que darse el piro a ser posible en un barrio de las afueras donde el tren no tenga parada prevista. De ninguna manera debe uno abandonarlo en la estación. Allí es muy peligroso. Si no, lo mejor es esperar hasta que se hayan apeado todos los viajeros y el tren esté en el área de depósito. «Y por lo demás, mucha suerte. No te rompas el cuello ni las piernas, jovencito.» Willi toma posición y estrecha la mano de su compañero. Franz se marcha sin hacer ruido.

Durante largo rato no ocurre nada que delate la inminente salida del tren. Pero, en esto, una enorme locomotora pasa a toda velocidad por la vía contigua y se coloca en la delantera del tren. Willi lo nota por el topetazo que se transmite a lo largo de la hilera de vagones. Pronto pasa gente de largo, el personal del tren. Y después, con moderada energía, el tren se va poniendo lentamente en movimiento. La estación queda cerca. Por las llamadas y el ajeteo se percata Willi Kludas de que han llegado al recinto de la estación. Sólo consigue verlo si apoya la cabeza en el eje y dirige la mirada oblicuamente hacia arriba. Pies que pasan de largo, pies y piernas que suben a su vagón.

Se oye cada vez más cerca un martilleo corto, metálico. Willi se apretuja contra el extremo del eje opuesto. El asistente de maquinista golpea las ruedas a fin de comprobar por el sonido si hay algún desperfecto que pudiera ocasionar una catástrofe cuando el tren circule a gran velocidad. Willi concibe de pronto una especie de leve deseo. Si te pescan, estarás dentro de una hora tumbado en un camastro carcelario. No precisamente tentador, pero... si no te agarran puede que dentro de una hora te hayas convertido en una masa de carne destrozada. Lo acomete un

helado repeluzno. Tiene que apretar con fuerza sus manos temblorosas contra el hierro frío para dominar el temor. Unas personas conversan despreocupadamente a un metro de distancia. Dales saludos al tío y a la tía. Una voz cálida, suave, de mujer implora a su «tesoro» que no se exponga por el amor de Dios a las corrientes de aire de alguna ventana abierta en el compartimiento. Willi ve un zapato femenino, el arranque de una pierna esbelta de mujer. Uyuyuy, si ella supiera que un individuo casi puede mirar debajo de su falda... No puede evitar reírse y su sensación de miedo desaparece. Se siente un poco impaciente. ¡Venga, vámonos de aquí, a ver si cogemos velocidad! Me estoy empezando a aburrir.

«¡Suban!... ¡Suban, por favor!...» El personal del tren corre de un vagón a otro cerrando las puertas. Las piernas de seda se ponen de puntillas para recibir un beso de despedida. Willi se coloca por fin en la posición adecuada. Mañana por la mañana estarás en Berlín, Willi. No hay otra opción. Suavemente el tren comienza a rodar. Se desliza despacio fuera del recinto de la estación. Ahora se suceden los cambios de vía, muchos cambios de vía. En cada uno de ellos se produce una sacudida. El tren avanza todavía con lentitud, pero Willi es consciente de que, en cuanto haya abandonado los arrabales, acelerará. Haciendo toda clase de contorsiones, Willi ha conseguido encenderse un cigarrillo. Ha gastado media caja de cerillas antes de que el cigarrillo prendiera protegido por la cazadora desabrochada. Y ahora ¡venga! Sí, ahora ¡dale! Los radios brillantes de las ruedas vibran... Luego ya no se perciben los radios, sino un disco que gira a toda pastilla. ¡Ay! Una piedrita ha salido disparada hacia arriba. Va siendo hora de colocarse en la cabeza el morral de Franz.

El tren tiene vía libre y corre que se las pela. Willi tan sólo siente leves sacudidas, que son más bien un constante balanceo. Las manos agarradas a las tiras oscilantes, las piernas bien sujetas a las barras. Willi nota cada vez con mayor intensidad el viento cortante, el afilado viento que pasa silbando. Un polvo espeso le entra en los ojos por los agujeros del morral. Ahora está ciego. ¿Para qué necesita ver? Su intuición le sugiere cómo ha de mantenerse bien agarrado. Otra cosa no puede hacer. Acurrucarse en calma y esperar, esperar, esperar, diciéndose a cada instante: mañana estarás en Berlín. No parar de decirse cosas, lo que sea, los números del uno al diez mil. O recitar un poema. Todo menos adormecerse; de lo contrario, en cualquier momento podría llegarle el final. Una inclinación ni siquiera grande del cuerpo a la izquierda o a la derecha y adiós muy buenas.

El viento gélido penetra cada vez más adentro de la ropa, se hunde en la tiras de lana. El cuerpo inmóvil, encogido, pierde su elasticidad, se pone rígido, se vuelve insensible. Willi ya no siente que sus manos se agarrotan en los asideros. Le es imposible mover los dedos. No siente para nada que está acurrucado sobre el eje. Sólo percibe que su cuerpo es lanzado hacia delante a una velocidad monstruosa, como si saliera disparado de un cohete. De vez en cuando nota un impacto sordo y doloroso cuando le golpea alguna piedra, pero no se trata de auténtico dolor. Él está literalmente disgregado de su yo físico, del tiempo y el espacio. ¿Cuánto tiempo dura ya el viaje? ¿Una hora, cuatro?

Por el silbido del viento se da cuenta de que el tren reduce la velocidad. Levanta un poco el protector de la cabeza: luz y sombras pasan rápidamente de largo. Luego el tren retumba sobre los cambios de vía. Entra en una estación grande. Willi aprovecha los pocos minutos de parada para procurarles a sus miembros la mayor cantidad posible de movimiento en el angosto espacio. Y cambia de posición. Recostándose contra una caja debajo del vagón consigue una especie de postura sedente que le permitirá mover un poco los miembros también durante el viaje. Echa un vistazo por una delgada ranura entre el vagón y el andén. Por ningún lado aparece el nombre del lugar. Tampoco lo anuncian en voz alta. En su limitado campo visual no se divisa reloj alguno. Lo único que ve son piernas, piernas que no le revelan nada. «¡Suban!...» El tren se pone en marcha y enseguida alcanza una velocidad vertiginosa.

Pero si crees, Willi Kludas, que la cosa no puede ir a peor... Si crees que es tan fácil escatimarle el dinero del billete Colonia-Berlín a la compañía de ferrocarril..., ¡te equivocas! ¿Por qué te arrojaste sobre tus bienintencionados educadores y eludiste, para colmo, un castigo justo? ¡Castigo! ¿Oyes el eco de la palabra? Sí, ¡castigo! Aquí lo tienes, debajo de un expreso

veloz. ¡Aquí! ¡Aquí donde te abrazas, rígido como un bulto insensible, al hierro cada vez más frío! Finalmente ha sido vencida la resistencia de tu cabeza dura. Grita, gime en medio del estruendo. No lo van a oír los que están acomodados en sus mullidos asientos un metro por encima de ti. Tu afán de libertad, tus ansias por magrear alguna vez a una muchacha en un zaguán, por ir como un hombre libre por las calles encendidas de resplandores cambiantes, por no ser nunca más un interno al que se le pueden arrear bofetadas a placer. ¡Todos esos antojos que una educación protectora mantuvieron lejos de ti para hacer contigo un hombre a su gusto, tienes que pagarlos en una noche en la cual la muerte no se apartará ni un segundo de tu cogote!

El tren da tumbos sobre los cambios de vía y se queda quieto de mala gana ante una señal de detención obligatoria. Un niño se asoma a la ventana de un compartimiento y exclama alegre y vivaz en la mañana: «¡Mami..., enseguida llegamos a Berlín!...». La voz infantil en medio del silencio y la palabra Berlín despiertan en Willi Kludas un resto tal de energía que le permite arrastrarse por debajo del vagón. Se desploma entre pilas de traviesas. El tren arranca de un tirón y pronto desaparece. Willi se pone de pie con esfuerzo. No puede seguir tumbado aquí. Más allá se ven largas hileras de vagones vacíos, parados en vía muerta. Allí es adonde tiene que ir. No le es posible caminar erguido. Se mueve arrastrándose, resbalando como un perro apedreado en dirección a los vagones. Por el camino se topa con un bidón lleno de agua de lluvia. ¡Agua, agua para su garganta reseca! Le cuesta un esfuerzo enorme enderezarse junto a un vagón, empujar la puerta hacia un lado, arrastrarse al interior y cerrar por fin la puerta. Casi al instante, Willi se hunde en la paja húmeda que ha servido para un transporte de caballos.

A última hora de la tarde, cuando de nuevo la luz artificial ilumina el área de la estación, Willi Kludas se despierta a causa de una sensación torturante de sed y hambre. La conciencia de haber dejado atrás la terrible noche pasada le permite sobrellevar el dolor de huesos. Se desnuda en la oscuridad del vagón. Se despoja del vendaje que tan buen servicio le ha rendido, quita el polvo a los pantalones y la cazadora y se pone la ropa del derecho. Limpia los zapatos con paja. Después, con precaución, corre la puerta y echa un vistazo al exterior. Ni un alma por los alrededores. A la luz precaria de unas farolas distantes se mira la cara en un espejo. ¡Dios santo! A pesar de la protección tiene la cara cubierta por una gruesa capa de grasa polvorienta. Con pasos cautelosos se llega al bidón y se lava la cara y las manos con arena y agua. Una mirada al espejo le revela que no tiene desde luego pinta de limpio, pero al menos no llamará la atención por la suciedad cuando se mezcle entre la gente.

Y ahora lo que tiene que hacer es salir del área de la estación sin que nadie lo vea. Deberá pasar junto a las torres de señales y las dependencias de los empleados. Un ferroviario puede estar acechando en cada sombra. Willi cruza las vías deslizándose agazapado. Luego ha de pasar junto a una garita de señales. Claramente distingue a dos empleados atareados dentro del recinto. Se encienden y apagan de continuo lucecitas rojas y verdes. Pasa de largo. Ahora un talud empinado, un salto con cuidado sobre una alambrada con pinchos y ya está en un camino solitario. Un transeúnte le indica la dirección que debe seguir para encontrar el tranvía a Berlín.

Berlín, Berlín... El nombre le suena a música. Como si lo esperasen en Berlín una mesa puesta y una cama blanda. Aún le quedan dos cigarrillos y cuarenta y cinco centavos. Enciende un cigarrillo. Después de una profunda calada suspira de gusto. Qué maravilla, un cigarrillo. Casi le dan ganas de echar a correr para alcanzar cuanto antes el tranvía. Pero los huesos doloridos oponen una resistencia tenaz a cualquier tentativa nueva de maltrato. Así pues, camina a paso lento.

Hacia las seis y media, Willi se apea del tranvía en la Müllerstrasse. Tiene previsto dirigirse a casa de un antiguo compañero de colegio, cuya madre quizá le permita pasar allí la noche. Va para tres años largos que Willi no pisa Berlín. Ojalá siga viviendo Otto Pageis en la Müllerstrasse. ¿Cuál era su número de portal? Aquí tiene que ser, en esta casa. Ahí está todavía la verdulería donde solían pedir, siendo colegiales, manzanas y peras machucadas. En el segundo patio, planta cuarta, piso intermedio, vivía Otto. Pero ahora se lee KOWALEWSKI en un trozo de cartón. Así y todo, Willi llama a la puerta. Abre una mujer desaliñada, en avanzado estado de gestación. «Pageis... Pageis... Vivieron aquí, pero se marcharon. Ella solía traer muchos hombres

y él no lo soportaba, el tabernero. Y al Otto lo llevaron al hospicio..., sí.» «¿Otto también está en...? Muchas gracias, señora...» Otto Pageis es el único en todo Berlín a cuya casa habría podido ir Willi. Ahora estará encerrado en algún centro soñando: «Berlín..., Berlín...».

Abajo, en la panadería, Willi compra panecillos con sus dos últimas monedas y los devora muerto de hambre. ¿Dónde se meterá por la noche? He ahí una pregunta que se queda en pregunta. No puede, lo presiente, ir de un lado para otro durante mucho tiempo. No presta atención al ajetreo comercial de la Müllerstrasse. Avanza trastabillando. No se fija en el resplandor del tramo norte de la Friedrichstrasse. Cambia de dirección y camina por la orilla del Spree. Ya son las nueve y media. ¿Debería meterse en el Tiergarten? Siente el frío por adelantado. Pero no puede seguir caminando.

En Kronprinzenufer hay un cajón de arena con la inscripción B. A. T. G. 2. Está medio lleno. Willi se mete dentro y cierra por encima de su cabeza la pesada tapa. Fuma el último cigarrillo. Después se hunde en la arena húmeda. La gran ciudad de Berlín ha preparado a Willi Kludas una cama miserable...

Calle 80 f, sección X2.
Dieciséis pandilleros
celebran una fiesta
de cumpleaños.

Ulli, jefe de una pandilla amiga de los Hermanos de Sangre, tiene cumpleaños. Ha alcanzado la edad adulta, veintiún años. Lo cual significa que el correccional y la Oficina de Protección de Menores han perdido para él toda su capacidad intimidatoria. Se trata, pues, de un gran acontecimiento largo tiempo esperado, que bien merece una fiesta por todo lo alto. Tendrá lugar hoy por la noche. Ulli ha invitado formalmente a todos los Hermanos de Sangre. A partir de las once, de tres en tres, los Hermanos de Sangre deberán aguardar con intervalos de quince minutos en la esquina de la Koloniestrasse y la calle 80 f, sección X2. Allí ira a recogerlos un chaval, que los conducirá al salón de fiestas. Siempre en grupos de tres para no llamar la atención de la policía. El resto de los chavales deberá esperar su turno en un zaguán de la Koloniestrasse.

Jonny, Konrad y Erwin van los primeros. A las once en punto se detienen junto al poste de la farola al que está sujeto el letrero de la calle 80 f, sección X2. Ahora bien, no existe una calle que se corresponda con dicho nombre. Un crédulo santo Tomás, siguiendo la dirección de la señal, se encontraría al cabo de cuatro pasos delante de una alambrada con pinchos en lugar de doblar hacia una calle. Un secreto de la Oficina de Urbanismo de Berlín: por qué y con qué finalidad fue colocado el letrero... Ni un alma a la redonda. Aún no se han construido casas en esta zona. Terrenos yermos, carros de gitanos, cabañas pequeñas y grandes, vallas y cercas podridas que se mantienen de pie por una simple costumbre de años. Aquí es donde tienen su hogar Ulli y su pandilla. Una zona pintiparada para desaparecer sin ruido ni rastro.

Ya llega el enviado de Ulli. Todos se conocen. En algún sitio en el cercado de alambre y tablas aparece un agujero. Los cuatro mozos lo cruzan con sigilo y dan en un profundo cenagal. En fila india, el guía delante, agarrando cada cual una punta de la ropa del compañero, el grupo avanza a tientas por la oscuridad. Los pies chapotean a través de pequeñas charcas, se enredan en colchones destripados, tropiezan en utensilios esmaltados de cocina que alguien desechó y montones de escombros. Por el camino que nunca fue camino, algo brinca que podría ser un gato, un conejo o una rata. Por fin se detienen delante de una cabaña oscura. El guía susurra por el ojo de la cerradura la contraseña: «Gazuza en las tripas, incendio en el gañote». Se les abre la puerta al hambre y la sed.

La repentina corriente de aire ocasiona un violento remolino en la nube de humo de tabaco. Se agita como el vapor en un cuarto de la colada. Ulli, el que cumple años, recibe felicitaciones y pequeños regalos e invita a cada cual a ponerse cómodo. Poco a poco los nuevos huéspedes se van acostumbrando al aire viciado. No hay muebles. Tampoco habrían cabido. En el suelo de tablas, algunas mantas y sacos de patatas sobre los cuales los asistentes a la fiesta se sientan, están en cuclillas o permanecen tendidos. Adosada a la pared, una caja de naranjas bocabajo, con una larga vela de altar encendida. Al lado, algo más de una docena de botellas de aguardiente y vino. En otra pared, debajo de una mantilla de caballo, amortiguadora del sonido, un gramófono. El guía se va a buscar a los siguientes Hermanos de Sangre. También ellos y los dos últimos chavales se acomodan sin problemas encima de los sacos de patatas, tras haber recorrido el trayecto cogidos de la ropa. «¿Dónde está Ludwig?», pregunta Ulli. Jonny le informa: «Desapareció hace una semana. Nadie se lo explica...». Todos están convencidos de que la desaparición de Ludwig no ha sido voluntaria. Deducen de ello que la policía ha debido de echarle el guante.

Dieciséis pandilleros se han congregado en la cabaña. Alguien coloca un disco en el gramófono y vuelve a extender la mantilla sobre el aparato. «¡Que viva con fortuna!», canta una voz nasal bajo la manta. Ovación para Ulli. Una botella de coñac hace la ronda. Al último chaval le toca un resto asqueroso. «Incendio en el gañote.» Incendio en los gañotes de chavales de entre quince y dieciocho años. Muy pocos rebasan esa edad. ¿Es fanfarronería tanta avidez por tomar alcohol? Al coñac sigue de inmediato una botella de aguardiente de ciruela. También se vacía en

un periquete. Después hay reparto de cigarrillos. Alguien abre la puerta desde fuera. El centinela es relevado. Cada uno media hora. Un disco con música de baile anima a todos a cantar y silbar en tono moderado.

El humo del tabaco hace temblar la luz de la vela de altar. La vela está atada a un cordel que, a lo largo de la pared, sale al aire libre por un agujero de la puerta. Se trata de un sistema de alarma tan sencillo como discreto. Si se acerca un desconocido a la cabaña, digamos un vigilante de la zona o incluso la policía, entonces el centinela tira desde fuera del cordel y la vela se cae. Oscuridad. Todos deben guardar calma. Pero ¿quién podría venir ahora, en plena noche? Para cambiar de actividad y matar el hambre comparten un bloque de chocolate partido en gruesas barras. Cada cual clava los dientes en las marcas dejadas por quien mordió antes que él. Ulli, de hoy en adelante mayor de edad, relata su enconada pelea de largos años con la policía, con la Oficina de Protección de Menores, con los educadores de los distintos centros. Le negaron la libertad, las calles, las tabernas, los parques de atracciones, las chicas. Entonces se defendió. Con uñas y dientes se enfrentó a los enemigos que querían encerrarlo. «¡A diñarla de hambre! ¡Sí, pero donde a mí me dé la gana!»

Se oyen voces fuera. Las del centinela y dos extraños. Pero la vela de alarma se mantiene tiesa y fija. Ulli la apaga de un manotazo. Ruido de estrangulamiento y toses en el exterior, la voz del centinela: «¡Ulli!... ¡Ulli, que salgan todos!». La puerta está cerrada con llave. La llave la tiene el centinela. ¡Abajo los harapos que cubren la ventana! Ulli sale por ella, ya está fuera. Lo siguen otros cuatro chavales. Ellos se encargan. Un breve combate, sin apenas ruido. El centinela ha sido liberado y abre la puerta. A continuación, los cinco libertadores introducen a dos chavales desconocidos en la cabaña. Un nuevo centinela toma el relevo, la vela vuelve a arder. Acercan a los chavales a la luz. ¡No son extraños! Miembros de una pandilla enemiga que andan en busca de Ulli. Pensaban encontrarlo solo, ya que de costumbre pernocta aquí, con la idea de medirle las costillas a base de bien. ¿Queréis leña? La tendréis, decide Ulli. Pero ¡hombre contra hombre! El centinela atacado se ocupa de uno, Ulli del otro. Combate de boxeo, claro está.

Todos se aprietan contra la pared para dejar libre un espacio en el centro. Ulli empieza. La pelea dura muy poco. Decepción general. Un fuerte golpe de Ulli ha lanzado al adversario hacia el montón de botellas vacías. Una se ha roto al chocar contra el duro cráneo. Una herida en la frente de la que mana sangre, pero nada grave. El chaval queda fuera de combate. Sujeta el pañuelo en la herida y se resigna a que sus enemigos le hagan tragar un cuarto de litro de aguardiente. La segunda pareja: los dos chavales se arrojan con furia el uno contra el otro. Ninguno tiene la menor pericia para boxear. Golpean y sueltan mamporros de tal manera que los mechones de pelo vuelan y se produce la inevitable hemorragia por la nariz. Risas y burlas de los espectadores. También los púgiles sonrían salvajemente con sus caras ensangrentadas. La escena toma un cariz jocoso. Basta, ordena Ulli. Hoy es su cumpleaños y perdona a sus enemigos. También el segundo chaval recibe una medida colmada de aguardiente. Después se marchan los dos. Que no dirán nada de la francachela, eso lo sabe cualquiera. Si lo hicieran, ingresarían pocas horas después con los huesos rotos en el hospital Charité. Un chivatazo es un asunto que sólo se puede limpiar con sangre, con una porción generosa de sangre.

¡A seguir festejando! Las botellas hacen la ronda. Una tras otra vuelan vacías al rincón. El gramófono da la murga, infatigable. Un guirigay cada vez más ruidoso: ¡el alcohol! Con pasmosa rapidez, los chavales se convierten en animales reptantes que balbucean por el suelo. En esto, alguien vocifera una palabra en medio del caos: «¡Hembras!». Como un grito se enardece el deseo voraz de todos los chavales: ¡sí, hembras! La prostitución exhibe a todas horas su aviejada mercancía en la esquina de la Kolonie con la Badstrasse. Para allí van dos chavales. Vuelven con una mujer bastante metida en los cuarenta. Dieciséis jóvenes, que se comportan como chalados, y una mujer. Ulli despacha enseguida la cuestión del pago lanzándole a la prostituta un billete de diez marcos: «¡Por todos!». Jonny, huésped distinguido y jefe de la pandilla amiga, inicia la rueda siniestra. A continuación, el que cumple años, y luego todos, todos... La prostituta está tendida en un diván construido con sacos de patatas apilados, fuma un cigarrillo tras otro y, por lo demás, permanece indiferente. Al cabo de una hora se ha ganado sus diez marcos. Ha de pasar

por encima del ovillo de chavales tumbados como muertos para alcanzar la salida. Reina el silencio en la cabaña. La vela de altar ilumina un cuadro triste...

Las flores y la cordialidad
no van bien con la cárcel.

«¿Acepta usted la sentencia?»

Qué será de mí, se pregunta Ludwig, desconsolado, en la prisión. Y la respuesta, sin tapujos, es: unos cuantos meses de cárcel por una cosa que no has hecho, después reingreso en el reformatorio. O sea, otros tres años de cárcel. ¿Dónde creerán los Hermanos de Sangre que se ha metido? No ha tenido ocasión de ponerlos al corriente. Tampoco un instante de lucidez para comprobar adónde llevan sus mortificantes cavilaciones. Se deja caer sobre la cama y muere desesperadamente el tosco lino de la colcha. Sin embargo, no consigue atemperar el llanto desatado y liberador.

Ésta es una escena habitual para el funcionario que vigila por la mirilla de la puerta. Comer, beber, dormir, hacer las necesidades y llorar, desde las lágrimas en silencio hasta los alaridos histéricos. Es un asunto gratificante que el recluso se desmoralice cuando le sacan de la celda la última mosca con la que tal vez podría entretenerse. Esa manera de devorarse a sí mismo durante la prisión preventiva ahorra al juez instructor no pocos interrogatorios fatigosos. El recluso desmoralizado lo confiesa todo y más, simplemente para escapar al moderno suplicio de la prisión preventiva y ser llevado cuanto antes a juicio.

Al día siguiente le comunican a Ludwig: «Prepárese..., va a ser trasladado a la cárcel preventiva de Moabit». Lo llevan junto con otros doce prisioneros al «redil de los carneros», en la secretaría. Con las actas en la mano, el funcionario pronuncia los nombres. Tras el nombre sigue la poco consoladora apostilla «cárcel de Tegel» o «Plötzensee» o «Moabit», como en el caso de Ludwig. «¡Todos fuera!» Entran en el vehículo de transporte que inicia el viaje por las distintas cárceles. Ludwig acierta a ver unos pocos centímetros de la Alexanderplatz a través de una diminuta ranura del respiradero. Pronto llegan a la primera parada, Moabit. Los guardias que acompañan al vehículo entregan a los reclusos destinados a dicha cárcel, junto con sus actas correspondientes, en la recepción. De nuevo Ludwig puede ver, desde la oficina situada en la planta baja, hombres libres, coches veloces y tranvías repiqueteantes. Sigue la orden de costumbre: «Venga conmigo». Un corredor con techo de cristal y flores de adorno une el edificio de las oficinas con la cárcel. El funcionario abre una puerta.

De pronto se acaban las flores y la cordialidad. Cárcel, penumbra gris. Alto como una torre se levanta, hasta perderse en la oscuridad, un sistema de escaleras labradas en hierro. Un piso sobre otro. Los módulos se alinean en forma de estrella. En el centro domina un puesto de vigilancia, en el que a la menor sospecha sonará la alarma. Unos a quienes llaman domésticos, vestidos con el traje azul carcelario, sacan lustre a las láminas de linóleo del corredor, ya de por sí lustrosas. La escoba de metal se desliza despacio adelante y atrás, adelante y atrás. Aquí hay tiempo de sobra. Años o, en todo caso, muchos meses. Los vigilantes observan por las mirillas las presas cazadas. Cargados de actas, los abogados corren a los locutorios a fin de presentarse a sus clientes: ladrones, asesinos o traficantes de divisas. Grupos pequeños de presos preventivos son conducidos en ordenada formación al baño, al médico o al recreo. Una cárcel llena de frenética actividad; pero la voz humana, en la medida en que sea posible atribuirle al preso número tal y cual, no pasa de tímido susurro. Ludwig es llevado al jefe de módulo. Llevado, llevado. En esta cárcel de alta seguridad, ningún recluso da un paso fuera de su celda sin ser seguido de cerca por la autoridad del Estado.

«Coloque encima de la mesa todo lo que tenga en los bolsillos», ordena el jefe de módulo. Ludwig es también despojado de la camisa y los calcetines. Luego le cae encima un auténtico chaparrón de enseres del centro. Mantas de lana, ropa de cama, una camisa, calcetines, un pañuelo de bolsillo y otro de cuello. Cada prenda lleva el sello de la cárcel. Al baño. «¿Tiene usted piojos?» «No.» El jefe de módulo permanece junto a Ludwig, mirando cómo se desviste vacilante, y se abalanza con avidez sobre la ropa tirada. Vuelve los bolsillos, busca huecos secretos, palpa la tela por si hay en ella objetos cosidos, mira dentro de las botas, husmea a la busca de pertenencias prohibidas: dinero, cuchillos o cuerdas que pudieran servir para suicidarse

o para facilitar la fuga. En efecto, en el fondo de un bolsillo encuentra un cabo olvidado de cordón que bien podría atarse en torno al cuello. El cabo es confiscado, anotado, y acaba en el montón de objetos retenidos. Del baño lo llevan a la presencia del director de la cárcel. Se procede a levantar el acta de prisión de Ludwig N. Un guardia con rango de cabo conduce al recién llegado a una celda, le da instrucciones acerca de las normas del centro, de cómo hacer la cama (¡muy importante!) y sobre la limpieza de la celda.

La pesada puerta se cierra. Ludwig se queda solo. Arregla la cama, detiene la mirada en los tres libros manoseados de la estantería y contempla por entre los barrotes de la ventana unos pocos metros cuadrados de cielo despejado. Los mismos metros cuadrados que tendrá a su disposición durante los próximos meses. ¿Y luego? Se agregarán unos cuantos metros cuadrados más, los del reformatorio. Así y todo, Ludwig sabe desde ahora mismo que una vez allí aprovechará la primera ocasión que surja para emprender la fuga. Volverá a Berlín. Tiene que encontrar como sea al canalla que lo envolvió en la historia del resguardo del equipaje.

En los días siguientes, el juez instructor toma dos veces declaración a Ludwig. Tras lo cual, el caso, exento de complicaciones, queda listo para la celebración del juicio. Por supuesto que el joven robó el resguardo del equipaje junto con la cartera. Llévase, agente. Ludwig recibe visita en la celda. El inspector laboral le pregunta si quiere trabajar. Ensartar abalorios. Pagan bien. El Estado remunera con diez céntimos por cada diez mil cuentas de vidrio de un tamaño algo mayor al de una cabeza de alfiler..., siempre y cuando el recluso no se vuelva loco después de las primeras cinco mil. Más tarde llega el maestro del centro y pregunta por el grado de formación de Ludwig, qué clase de libros le gusta leer, si le apetece participar en las clases. El cura protestante promete enviarle a su colega católico y un enviado de la Oficina de Protección de Menores toma nota con mucho celo. Al día siguiente, Ludwig es presentado al médico de la prisión. «¿Tiene usted gonorrea, sífilis?» «No.» «Bien, retírese. El siguiente. ¿Tiene usted gonorrea, sífilis?»

Ludwig ha encargado cigarrillos por aquel marco cuya adquisición le ha salido tan cara. Cincuenta piezas a dos céntimos. El olor a tabaco malo trasciende por las ranuras de la puerta al corredor, hasta llegar a la nariz del desfallecido doméstico. Éste vuelve la mirada a todas partes: ningún vigilante cerca. Llama con cautela a la puerta de la celda de Ludwig; después, con la boca pegada a la ranura, dice en voz baja: «Camarada, aquí tienes a tu doméstico. ¿Te queda algo de fumar?». Ludwig, desde dentro, responde que sí. «¿No podrías luego, durante la cena, pasarme un par de cigarrillos? Pero sin que lo note el vigilante.» Ludwig le promete cinco cigarrillos, al tiempo que le viene una idea. Pregunta al doméstico si tiene alguna posibilidad de sacar a la calle una nota escrita. El doméstico cree poder hacerlo. Mañana o pasado soltarán a varios amigos suyos que podrían llevar la nota. Ludwig, sin embargo, no tiene lápiz. Dicta el texto por la ranura para que el doméstico lo copie. «Jonny, en la taberna de Schmidt, Linienstrasse. Me han detenido por robo de equipaje, pero soy inocente. Mándame comida y tabaco, Ludwig.» El doméstico le da su palabra, pero: ¡diez cigarrillos! Bien. Por la noche, durante el reparto de la comida, diez cigarrillos pasan disimuladamente a la mano del doméstico, ya preparada para cogerlos.

Tres días después. El vigilante abre: «Venga conmigo donde el jefe de módulo. Ha llegado un paquete para usted». Ludwig supone que Jonny recibió su mensaje secreto. Exacto. En presencia de Ludwig, el jefe de módulo abre el paquete. Arriba del todo hay una nota. Ludwig reconoce al instante la letra de Jonny. «Querido Ludwig, he averiguado tu desgracia por medio de la Oficina de Protección de Menores y te envío comida y tabaco. Tu tía Else piensa todo el tiempo en ti. El tío Jonny también te manda saludos.» El jefe de módulo no pone reparos a la nota intrascendente y examina a conciencia el contenido del paquete en busca de posibles mensajes ocultos; pero no encuentra más que bizcocho, chocolate, fiambres, cigarrillos y un saquito de azúcar. Al ser preso preventivo, Ludwig está autorizado a llevarlo todo a la celda. No sólo los alimentos lo hacen feliz, lo ponen tan rabiosamente contento. No, el hecho de que los de fuera, de que Jonny y los otros chavales piensen en él y hayan mandado el paquete nada más recibir la nota secreta, de que no lo hayan abandonado a su suerte apenas dejó de estar con ellos, le causa una gran alegría. Con cuidado coloca el bizcocho, los fiambres y todo lo demás en el armario de

la pared. Y de los cien cigarrillos, el doméstico recibirá otros diez por la rápida ejecución del encargo. Si el vigilante lo permite, también quiere darle una parte de las otras cosas.

Al extraer el saquito de azúcar de la caja, lo agarra con algo de torpeza: el saquito se abre, el azúcar blanco se desparrama por la caja. No pasa nada. ¡No pasa nada en absoluto! ¡Muy bien que haya sucedido! Ludwig sostiene el saquito vacío y se le agrandan los ojos al mirar dentro. ¡Hay algo escrito en la parte interior! La letra de Jonny. Ludwig se recuesta de espaldas contra la puerta de la celda, de manera que nadie lo pueda observar por la mirilla. A continuación despega con mucho cuidado las partes adheridas del saquito. «¿Qué pasa contigo, viejo? ¿De qué resguardo hablas? No entendemos la nota que nos enviaste. ¿Por qué te han echado el guante? ¿Porque te largaste del correccional? ¿O te has metido de verdad en un lío por culpa de un resguardo de equipaje? No podemos visitarte. Primero, porque no somos parientes, y después porque hay que andarse con ojo, ¿no te parece? De todos modos manda noticias tuyas por el mismo conducto. Pero no nos escribas directamente, para que la policía no nos descubra. Si te devuelven al correccional, ¡te das el piro! Te esperamos. Tu Jonny, también llamado tía Else, y todos los Hermanos de Sangre.»

Ludwig lee el mensaje hasta que es capaz de repetirlo de memoria, rasga el saquito y tira los trozos al retrete. ¡Los compañeros! ¡Ay, los compañeros! ¡Y el Jonny! ¡Ésos sí que son camaradas! Piensan en uno cuando lo saben caído en el barro. A la hora del almuerzo quiere darle al doméstico los cigarrillos previstos. ¡Maldita sea! No es el mismo. Quién sabe si se puede confiar en éste. Se jodió la idea de enviarle noticias a Jonny.

Transcurren tres semanas en la interminable monotonía de los hábitos de la prisión. Le envían el auto de procesamiento del Tribunal Tutelar de Menores. Robo de una cartera. Contenido: documento de identidad expedido a nombre de fulano, noventa marcos en metálico y un resguardo de equipaje. Además, falsificación de documento oficial por haber firmado el atestado con un nombre falso. Falta y delito conforme a la cláusula... Algunos días más tarde recibe la citación del Tribunal Tutelar de Menores, situado en la Neue Friedrichstrasse. Otra vez, un día antes de la cita: «Prepárese. Tiene que desplazarse a la Jefatura Superior de Policía». Registro de la baja ante el director, devolución de las pertenencias de la prisión. Luego, de nuevo vehículo de transporte, «redil de carneros» en la comisaría, calabozo de recepción y celda individual. A la mañana siguiente: «Prepárese. Debe usted comparecer».

Un pasillo subterráneo une la comisaría con el Tribunal Tutelar de Menores. «¿Confiesa el robo?» «No.» Presentación de pruebas. Testigos. La víctima del robo, el empleado de la consigna y el guardia que procedió a la detención. También se halla presente un representante de la autoridad de menores. Todo transcurre sin problemas. «El señor fiscal, por favor.» «... Por dicho motivo solicito..., comprimir en una pena total de cuatro meses de prisión.» «¿Acusado?» «Yo no fui, señor juez. El desconocido me dio...» «¿Tiene algo más que añadir?» «No.» «El tribunal se retira a deliberar.» «En nombre del pueblo: cuatro meses de cárcel con descuento del tiempo pasado en prisión preventiva..., tres años en periodo de prueba, traslado al correccional de H... Acusado, ¿acepta la sentencia?» Ludwig reflexiona. Si no la acepta, seguirá en la cárcel. No, mejor salir de ahí, aunque sea para ir al correccional. «La acepto.» «En vigor desde las once y cuatro minutos.» De vuelta a la celda de la comisaría. Ahora ya sólo le queda esperar a que lo lleven a H.

El hambre da coraje.
 Nave caldeada
 y bazar de miseria.
 Olga la silesia no se lo toma
 con mucho rigor.

Puede que sea maravilloso rebozarse el vientre desnudo en la arena deslizante, recalentada por el sol, de una playa del Báltico o del lago Wannsee. Pero tener en una noche de invierno, como almohada y también como manta, sólo arena fría, húmeda y grumosa, es tan horrible que incluso a un interno fugado del correccional, habituado a toda clase de penalidades, le resulta imposible permanecer en semejante lecho. Especialmente si el fugado se llama Willi Kludas y acaba de dejar atrás una espantosa noche de viaje entre Colonia y Berlín. Sin haber podido dormir un minuto, a las cuatro de la madrugada salta fuera del ataúd, en la orilla de Kronprinzen. Ahí está, encorvado y paralizado de frío como un anciano gotoso. Cerca, silenciosos y negros, el Spree, la estación de Lehrte, el teatro Lessing. En ninguna parte un rastro de vida humana.

Se acuerda de que a esas horas de la mañana en el mercado central de la Alexanderplatz suele hacer falta mano de obra para el transporte de mercancías. Quizá pueda ganar allí unas monedas.

La avenida Unter den Linden también está abierta para el vagabundo desharrapado. Incluso puede cruzar la Kaisertor de la Puerta de Brandemburgo si le apetece. De ello se ha encargado la República. Ya no se asan salchichas especiales para los privilegiados. Todos somos ciudadanos con los mismos derechos.

Los mozos se arraciman en manada ante las puertas del mercado y esperan a que un comerciante los tome como ayudantes por espacio de una o dos horas. Las posibilidades son cada vez menores. A los comerciantes les cuesta aflojar la mosca. Se matan a trabajar y se desloman debido a que ellos mismos están necesitados de las monedas que deberían pagar a los ayudantes. Sin prestar atención a sus compañeros de infortunio, Willi Kludas se coloca allí en medio, si bien abriga el convencimiento de que no va a ganar nada. En esto, una vendedora grita desde la nave: «Un hombre..., ¡que venga aquí!». Willi arranca a correr seguido de la manada al completo. Todos se arremolinan alrededor de la vendedora, alzando la voz y profiriendo amenazas: «¿Qué busca éste aquí? Es un forastero... ¡Nos roba el trabajo...!». Willi recibe un golpe en las costillas. «¡Lárgate, tío! Hace mucho que no te han dado leña, ¿verdad?». Intentan apartar a Willi a empujones. En un primer momento, lo consiguen. Willi se mezcla con la manada. La vendedora ya ha escogido a uno. La horda sigue empujando a Willi hacia la salida. Se apodera de él una ira repentina. Se abalanza sobre un mozo. Con la violencia del encontronazo lo derriba. Gritos furiosos de toda la manada. Dos mozos saltan en ayuda de su camarada. Willi sacude golpes a ciegas. Nota que le sale sangre de la nariz. No le importa. Sus puños se estrellan en la cara de sus tres atacantes. Toda la desesperación de las últimas noches se descarga en un raptó desmedido de furia.

De pronto se forma un tumulto en la horda de mirones. Todos, también los agresores de Willi, huyen a través de la nave hacia la salida. Willi se queda solo, tosiendo y enjugándose la sangre. ¿Por qué razón han desistido de buenas a primeras? Entonces ve que se acercan dos policías del mercado. ¡Maldita sea! ¡Largo! El puesto más próximo, con sus pirámides de cestos y cajas, ya lo oculta de la mirada de los policías. ¡Si te pescan, se acabó la libertad, Willi! Corre y corre. Hace rato que la bien alimentada comodonería de la policía ha suspendido la acción. Willi se limpia la sangre en los servicios de la estación de la Alexanderplatz. La riña y la sangre lo han puesto de un humor furioso. Por un par de rebanadas de pan tumbaría a golpes a un hombre que se negara a entregárselas de buena gana.

Se ha hecho de día. Los pocos que no forman parte del ejército de seis millones de famélicos se dirigen deprisa a los lugares donde han de ganarse el pan. Deben evitar a toda costa llegar tarde. El jefe podría estar de mal humor. Los grandes almacenes y las tiendas abren sus espacios abarrotados de mercancías. Los vendedores suben las persianas de los escaparates, donde todo está dispuesto de forma tan seductora que al observador se le hace la boca agua. Pero el agua, en

la boca, no sacia. El olor de los alimentos, que trasciende hasta la calle por la puerta abierta, ¡no calma el hambre! ¡Todo aquello pone a los hambrientos aún más rabiosos, más locos de apremio por llenarse la panza con la sobreabundancia de los otros! Willi Kludas se encuentra de pronto en una tienda de comestibles. No sabe cómo ha entrado. Se ha parado a poca distancia del mostrador acristalado donde se exhibe una gran cantidad de embutidos y carne asada, de quesos y tiras de tocino, de deliciosas ensaladas ya aliñadas y conservas de pescado. El vendedor le pregunta. Willi pide... Un pan, sí, primero un pan, uno grande, entero. Después mantequilla, un cuarto de libra, y también de este fiambre de aquí. Jamón. Un bote de salchichas Halberstädter, una lata de sardinas... El vendedor corta, trocea la mantequilla amarilla hasta formar con precisión minuciosa un rectángulo que adorna con unas muescas decorativas.

Willi toma conciencia de la situación. ¿Qué hace aquí? ¿Con qué fin lleva a cabo un pedido de por lo menos cinco marcos? ¡No tiene dinero! ¡Ni un céntimo! Se dirige al vendedor: «He olvidado el dinero... Vuelvo enseguida», y se va corriendo calle arriba. Atraviesa las largas calles, las calles grises habitadas por proletarios. Con él va el hambre, que cada vez es más y más rabiosa. Al poco rato vuelve a pararse junto al escaparate de otra tienda de comestibles, escruta el género hasta que todo se desvanece ante sus ojos. ¿Debería entrar en las tiendas a mendigar? Sus pasos pesados lo llevan lentamente hasta una panadería. No bien llega a la entrada, sale a su encuentro la voz de una vendedora de mejillas rosadas: «¡No damos nada!». Se dan cuenta, Willi, de que no tienes dinero ni para un panecillo.

A grandes zancadas cruza la calle y sin vacilar un segundo se dirige a una mantequería. Es el único cliente. Encima del mostrador, al alcance de la mano, campea toda una montaña de embutidos baratos. OFERTA, UNA LIBRA SÓLO 88 CÉNTIMOS. Willi pide media libra de mantequilla. Abre su cazadora y su chaqueta. La vendedora se inclina sobre la mantequera. De un zarpazo se apodera Willi de una longaniza. En el mismo instante encoge el cuerpo, introduce la pieza dentro del pantalón y sale corriendo de la tienda. No oye los gritos de la vendedora, dobla la esquina a toda velocidad, pasa al otro lado de la calle, tuerce al llegar a otra esquina, vuela por un laberinto de calles. Por fin se atreve a volver la mirada. Nadie lo sigue. Nadie le presta atención. Continúa caminando, apretada contra su vientre vacío la longaniza robada. De un salto repentino se encarama a un ómnibus en marcha. Al ver que el revisor se ocupa de los cobros, se apea de otro salto. Ahora ya puede comerse sin riesgo la longaniza.

La saca en la escalera de un edificio. Quizá pese dos libras. Así pues, has hurtado un embutido de 1,76 marcos. No: ¡robado con violencia, Willi! Bueno, ¡ya basta de cavilaciones! Con las manos parte el anillo de fiambre en dos cachos. Sus dientes atacan el magro y la grasa, mastican y trituran con deleite la masa un tanto sebosa. Los ojos se le cierran de puro gusto animal. Le salen por la nariz jadeos y gruñidos. Una familia de funcionarios de la escala salarial más baja, compuesta por cuatro miembros, no tendría más remedio que subsistir una semana entera con la longaniza. Pero un ratero, un ladrón que no necesita sacrificarse para ganar dinero, se zampa las dos libras en un periquete... Con el vientre medio lleno, siente miedo de las consecuencias del delito cometido en un arrebato de hambre. Vaga temeroso por las calles, preguntándose dónde obtendrá la siguiente comida. ¿Robará otra vez? ¡No, no! Mejor diñarla, mejor dirigirse al primer policía que encuentre y rogarle que lo detenga. ¿Dónde dormirá? Una noche en blanco bajo el tren expreso, otra en el cajón de arena... Al asilo de vagabundos no puede ir. Exigen papeles. Y en un albergue piden lo menos cincuenta céntimos por una noche. Tiene que conseguir cincuenta céntimos como sea. Entonces todo se arreglaría. Entonces podría dormir. Y cuando uno ha descansado, ya no es tan grande la desesperación.

Cincuenta céntimos. ¿De dónde los sacará? Si al menos tuviera algo que pudiese vender. ¿La cazadora? Quizá un judío le dé cincuenta céntimos por ella. Pero ¿cómo enfrentarse al invierno recién comenzado, sin abrigo, sin chaqueta? ¿Lo espera otra noche al sereno? ¿La tercera noche sin dormir? No, pondrá la chaqueta en venta. Sólo falta que alguien la acepte. Al primer comerciante no le parece suficientemente buena. «Véndasela a un parado en la nave caldeada», le aconseja el comerciante. «¿Nave caldeada? ¿Dónde está?», pregunta Willi. «Aquí, en la Ackerstrasse, esquina con la Elsasserstrasse, en los hangares del tranvía. No tiene pérdida.»

¿Hay algo más deplorable que esas naves donde calentarse, en los hangares fuera de servicio? El reloj del patio ya lo dice todo: lleva años parado en la una y catorce minutos. La nave se presenta igual que como la dejó el año anterior el último aterido: horrible en su suciedad, en su falta de higiene. Ya por la mañana está la nave abarrotada. Junto a la entrada hay dos o tres mesas y bancos de tablas ensambladas. En un puesto dan por cinco céntimos un cazo de café y por otros cinco dos panecillos secos. Vidrios opacos, nunca limpiados, en las ventanas. Del suelo de piedra se levanta polvo seco. En verdad, menudo lugar sano para tantos tuberculosos que andan en busca de calor. Un corto pasillo conduce a la auténtica nave caldeada. Pues sí, aquí hace calor. ¡Tanto calor que reina un hedor infernal! Las emanaciones de cientos de cuerpos sin lavar, de la ropa desgastada y mugrienta, y la nube de tabaco malo hierven, se cuecen en la atmósfera caliente.

El recinto está recubierto con el color favorito de las instituciones de beneficencia berlinesas: color de cal gris verdoso, de óleo verde oscuro. Desgastado, raído, raspado y lleno de la mugre de miles de espaldas que lo rozaron. La luz del día se filtra escasa y débil por el techo de vidrios polvorientos. Repartidas por el recinto, tres o cuatro estufas candentes. Largas tuberías transportan el calor a todas partes. Adosados a las paredes, en el centro del recinto, dejando pasillos libres a izquierda y derecha: filas de bancos. Algunas puertas cubiertas de suciedad pegajosa llevan a las salas de las mujeres y al retrete. Eso es todo. Ni el menor adorno, ni un rasgo de color alegre en el gris verdoso de la beneficencia. Por todos lados cochambre, polvo, papeles tirados. Señales de largos años de uso, señales de una ruina a duras penas encubierta. En medio de todo el desconuelo desesperante, de la falta de higiene calentada a treinta grados, saboreando el regalo de la ciudad de Berlín a sus más distinguidos ciudadanos: cientos de mozos y hombres. Tendidos y sentados en los bancos, arrimados unos a otros. Los pasillos están repletos de tal manera que sólo con ayuda de ambos brazos es posible abrirse paso.

Grandes letreros en las paredes: SE PROHÍBE TERMINANTEMENTE COMERCIAR. En los pasillos, convertidos en una auténtica ropavejería, no se hace otra cosa que negocios. Un bazar de harapos y desechos. Todos, lo que se dice todos los pobres, desean vender o cambiar algo a los otros pobres. Cualquier cosa imaginable o inimaginable. Se ofrecen cosas viejas y nuevas: zapatos, medias, camisas, calzoncillos, cuellos de camisa, corbatas, pantalones y chalecos y trajes completos, abrigos de verano, abrigos de invierno y chaquetas, sombreros de caballero y de señora y lencería. Libros de tres al cuarto, manoseados, y cigarrillos malos, dulces baratos y bocadillos obtenidos mendigando. Todo, todo. Ni siquiera las ofertas le hacen ascos al cuerpo humano. En el retrete, algunos muchachos se ofrecen por veinte céntimos o por un puñado de cigarrillos. En el patio, bajo un tejadillo que cubre la hilera de ventanas, permanece sentada una cuadrilla de hombres alejados a propósito del jaleo. Entre ellos no hay ningún joven. Hombres de cuarenta años y otros mucho más viejos. Todos están entregados a algún tipo de ocupación. Uno lleva puestos unos calzoncillos remendados una y otra vez y da puntadas con una aguja en sus pantalones. Varios hombres cosen su indumentaria. Un viejo, encorvado tras largas décadas de trabajo hasta quedar contrahecho, intenta arreglar sus zapatos estropeados. Con paciencia conmovedora hace agujeros con la punta de las tijeras en la capa superior de cuero y cose la grieta con alambre fino. Aquí se juega acaloradamente a cartas, allí se adivinan acertijos. En un rincón se ha congregado un fogoso club de contertulios.

En los pasillos, los vendedores se empujan y atosigan unos a otros. Uno dice en voz alta: «¡Un chaleco impecable por treinta y cinco céntimos!» Un interesado se para. ¿Dónde tiene el vendedor el chaleco? Lo lleva puesto. El interesado da vueltas en torno al hombre y examina el chaleco, le pone reparos y le saca faltas, y ofrece veinticinco céntimos y tres cigarrillos. Cierran el trato. El vendedor se quita el chaleco y cubre su desnudez abrochándose la chaqueta. De parecida manera procede un joven con sus zapatos aún en buen estado. Se los quita y los cambia por otros rotos y por un marco al contado. A nadie le extraña el trueque. Cualquiera lo entiende: un marco al contado supone un pan y media libra de margarina. Incluso se llevan a cabo negocios bancarios en la nave caldeada. Alguien necesita un marco. Otro se lo da. Como fianza se queda con la cartilla de desempleo del deudor. A la mañana siguiente, día del pago, se juntan

en la oficina de cobros del centro de beneficencia, y el acreedor no pierde a su deudor de vista hasta que no le ha entregado el marco y los estipulados cincuenta céntimos de interés.

Willi Kludas se quita la cazadora en la antesala, pasa al recinto principal y se mezcla con los vendedores en el pasillo. Durante varios minutos observa cómo se las ingenian los demás. Luego grita en medio del barullo: «¡Una cazadora impecable, sin defectos, por un marco! ¡Un marco por la cazadora impecable, diez monedas de diez por una prenda que sirve lo mismo que un abrigo!». Transcurridos alrededor de veinte minutos, se enzarza en un disputado regateo con un interesado. Willi exige diez monedas de diez céntimos, el comprador sólo quiere gastar nueve. Irritado por tanta obstinación, el joven desempleado se pone la cazadora. Por suerte le queda bien. «¿Y?» «Un marco», responde Willi inflexible. Y eso que al principio estaba decidido a desprenderse de la prenda por la mitad. «¡Aquí tienes tu marco, cabezota!» Pocas veces habrá sido contemplado un marco con tan ilimitada felicidad. Aprieta la moneda contra la palma de la mano y mete el puño en el bolsillo del pantalón. ¡Un marco! ¿Cincuenta céntimos para la pernoctación, veinte para cigarrillos? ¡Sí! ¿Diez céntimos para panecillos secos, pues los viejos salen más baratos? ¡Sí! Sobran veinte céntimos para mañana. Compra al instante cigarrillos a sus colegas comerciantes. Diez piezas por veinte céntimos. Causan un asqueroso picor; pero echan humo, saben a tabaco y lo dejan a uno satisfecho.

El panadero de la Ackerstrasse, acostumbrado a la clientela de la nave caldeada, le da a cambio de los céntimos ocho panecillos viejos y dos trozos de pastel aplastado. «Muchas gracias», dice Willi la mar de contento. Incluso pastel. Aplastado o en su forma original, al estómago le da lo mismo. Willi sacrifica otros cinco céntimos. En el puesto de la nave caldeada pide un cazo de café con leche. Desde que salió de Colonia no ha vuelto a tomar nada caliente. Despacio, dispuesto a disfrutar, toma asiento con cara risueña junto a la mesa sucia y, lo primero de todo, empuja hacia el suelo pellejos de embutido, colillas y papeles arrugados. Mesa limpia para los trozos de pastel. Coloca ante sí las pellas informes pero no por ello menos apetitosas. Las deja para el final. Como postre. Antes de nada se zampa cuatro panecillos. Mientras sus dientes se afanan con el pan duro, Willi no puede menos de acordarse de la longaniza robada. El bocado se le hincha dentro de la boca. ¿Cómo no se le habrá ocurrido antes vender la cazadora? En tal caso no habría tenido necesidad de robar. La vendedora se habrá llevado un susto de campeonato. Y ahora seguro que deberá hacerse cargo de la pérdida...

El café caliente le corre como fuego por la garganta. Ah, qué bueno, por fin algo caliente. Y ahora, ahora le toca al pastel. ¿Pastel? ¿Cuándo lo probó por última vez? En el correccional daban Stollen los días festivos más señalados. Dos o tres rebanadas para cada uno. Y sabían a pan que hubiera estado junto a un saco de azúcar. Pero ¡aquí! ¡Esto es pastel! Con algo rosado, blando, por encima, como nata. ¡Y dentro hay crema! Buen tipo, el panadero. Y todo por diez céntimos. Ahora encenderé un cigarrillo y después me iré al recinto principal, a sentarme bien cerca de una estufa candente. Hasta las tres está abierto. Aún dispone de casi dos horas para calentarse.

Willi se sienta junto a un chaval, casi un niño aún, de quince o dieciséis años. El pequeño mira con avidez el cigarrillo de Willi. Éste percibe las miradas y le tiende el paquete. Para compensar, el pequeño se siente obligado a contar detalles de su mísera existencia. No vive en casa de su madre, aunque ella reside en la ciudad. Prefiere acogerse a las naves caldeadas y, por las noches, a los albergues. Por qué, le pregunta Willi. Una respuesta dura y atroz sale de la boca infantil: «Mi madre es una furcia. Busca hombres y además tiene alquilada nuestra única habitación a otras dos furcias. Y ellas suben con sus tipos, mi madre también... Y mientras lo hacen yo debo dormir detrás de una cortina, así que he preferido largarme...». Willi le pregunta si al menos su madre le da dinero. «Bah, se lo gasta todo en bebida. Siempre toma ron. Tan sólo ron, sin mezcla... Y ahora está en un hospital. Ha cogido la sífilis.» «¿Dónde vas a dormir esta noche?», le pregunta Willi. «Pienso ir a casa de Olga la silesia, que solamente cobra cuarenta céntimos.» «¿Puedo yo también dormir ahí? Tampoco tengo dónde meterme.» «Hombre, pues claro.» «¿Adónde podríamos ir cuando cierren esto?», sigue preguntando Willi. «Bueno, podemos ir a estudiar a la biblioteca municipal hasta las ocho y media. Allí también se está

caliente. Puedes leer el periódico y novelas, tienes una silla y hay mucha luz.» A las tres, cuando se cierra la nave caldeada, Willi va con su nuevo amigo, que también se llama Willi, a estudiar a la biblioteca municipal.

La biblioteca, en un edificio de antiguas caballerizas, es anexa a una sala de lectura de periódicos, de acceso libre. En invierno, la sala de lectura alcanza tal grado de aceptación que con mucha frecuencia han de cerrarla un rato debido al exceso de público. En su interior reina un calor confortable. La sala alta y blanca irradia claridad y limpieza. En todas las paredes cuelgan periódicos. Un empleado responsable de la vigilancia se ocupa de que no resulte demasiado evidente que el local tiene el aspecto de una nave donde calentarse por las tardes. A los dormidos se les hace saber, mediante un toque de dedo reprochador, la naturaleza reprobable de su conducta. Al señalado se le pone, dependiendo de su pachorra, la cara roja. Con celo triplicado se engolfa en la lectura de la novela por entregas del periódico. El pequeño Willi conoce bien el sitio. Coge la *Simplicissimus* y la *Jugend*, y los dos amigos se ponen a ojearlas. A Willi Kludas le cuesta mantenerse despierto. Anhela un colchón en casa de Olga la silesia.

A las ocho y cuarenta y cinco, el vigilante insta a colgar los periódicos en la pared. Minutos más tarde, numerosos lectores salen a la silenciosa Breiten Strasse y no saben adónde ir. Los aguarda una penosa noche de vagabundeo a la deriva. Hasta que, a las siete de la mañana, la nave caldeada de la Ackerstrasse abra sus portones a los que ya están fuera esperando.

Olga la silesia es propietaria de un sótano habitable en Berlín este. Ha habilitado dos cuartos traseros para albergue, poco confortables pero baratos. Si es que se puede considerar arreglo la colocación de algunos sacos de paja en unos espacios por lo demás vacíos... Pero ¿qué más puede ofrecer la casera por cuarenta céntimos? El pequeño Willi conduce a su compañero de más edad a uno de esos típicos patios malolientes, de los que hay miles en Berlín. Los envuelve un húmedo hedor a podrido mientras descienden las escaleras gastadas. Olga la silesia está sentada junto al fogón, y zurce y cose pantalones de hombre. Pantalones de los tipos que han venido a dormir. ¿Cuándo va a coser la ropa si no es ahora? Ahora que los dueños de los pantalones duermen encogidos bajo una manta sucia.

A veces, cuando a alguno de los que vienen a dormir le faltan los necesarios cuarenta céntimos, Olga es capaz de proponerle un acuerdo. Pero sólo si le gusta el joven..., si bien Olga no es más que un montón de huesos crujientes. Por dicha razón, su condescendencia respecto al dinero por dar cobijo nocturno causa temor a los muchachos. Rara vez se atreve alguno a presentarse sin dinero en el albergue, pues sabe la suerte que lo espera... «Buenas noches, niñitos míos», saluda Olga con ternura a los dos chavales, y vuelve a inclinarse con su mala vista sobre el pantalón gastado. Cada uno paga sus cuarenta céntimos. Después, sin mayores preliminares, van en busca de un sitio donde acostarse. En cada dormitorio arde con luz mortecina una lámpara de petróleo. Por los restos sucios del papel de la pared crecen y se extienden los hongos, y unos ojos con buena vista descubrirían a la altura de los sacos de paja un sinfín de repelentes manchas de sangre, debidas a las chinches aplastadas.

Críos, hombres y ancianos yacen encogidos en el cuchitril, olvidando dormidos las penalidades de su existencia. Críos en cuyas bocas abiertas aún brillan los dientes de leche. Hombres cuyos brazos sanos podrían conseguir a fuerza de trabajo un alojamiento mejor. Ancianos cuya decrepitud digna de compasión merecería un alojamiento también mejor. ¡No tenéis sino que mirar la ropa de invierno de ese septuagenario! Sus pies sin calcetines están metidos en unos zapatos desgarrados, demasiado grandes. Es probable que Olga haya rehusado arreglarle los pantalones. No merece la pena gastar hilo caro en un harapo sujeto con puntos de aguja e imperdibles. El viejo lleva como camisa un suéter roído, deshilachado. Sobre el pecho puede leerse, en letras vistosas, Mifa, una marca de bicicletas. Seguro que un ciclista de buen corazón le regaló al viejo el jersey. No tiene chaqueta. La reemplaza un abrigo sin forma ni color definidos. Largo, interminable, flaco y rugoso sobresale su cuello del suéter. La cara demacrada de pájaro bien podría haber yacido ya en una tumba.

Llegan nuevos huéspedes que se dejan caer en silencio sobre un saco de paja. Olga la silesia ha terminado su labor de costura, ha colocado las prendas de vestir encima de las mantas de sus

dueños y apaga ahora las lamparitas de ambos dormitorios. A esas horas no es probable que venga nadie. Cuenta sus ingresos y mete el dinero en un cazo de la leche que coloca en un escondite bien resguardado. Olga retira despacio las agujas de su fino pelo verdiamarillo y recoge el triste resto en un moño prieto. Mete en la cama, situada junto a la cañería, una bolsa de agua caliente. Hoy todos los muchachos han pagado... Acto seguido, comienza un despojamiento de diversas y abigarradas enaguas. La cama ni siquiera cruje al acoger la liviana aunque dura carga. Pero Olga se levanta de nuevo. Se ha olvidado de la tapadera del caldero de la colada. Si alguno de sus huéspedes siente codicia del dinero escondido en el cazo de la leche y trata de entrar con sigilo en la cocina, derribará con estrépito la tapadera apoyada en la puerta y alarmará a Olga la silesia...

«Venga, hombre, date prisa.»
 El señor Hackelberg es inocente.
 De nuevo libre.
 Diez céntimos
 para llamar por teléfono.
 Lugar de encuentro,
 el Cine Vinagre.
 «Atraparemos
 a ese cuervo.»

Dos días después de la condena a Ludwig. El guardia de servicio en la prisión de la policía sacude la campana. Un ruido estridente, brutal, desgarrará el silencio que gravita sobre la prisión dormida. A continuación, el funcionario cruza deprisa los corredores: «¡Arriba! ¡Arriba!». Hace salir a los domésticos de sus celdas y las va abriendo todas para que aquéllos lleven agua fresca a los demás reclusos. Ha empezado un nuevo día.

En el momento en que Ludwig se dispone a recoger su jarro de agua, se le acerca un funcionario de la secretaría. «Prepárese. A las nueve vendrá a llevárselo el responsable de su traslado.» «¿Adónde?» «Al correccional de H.» Ludwig se queda solo. Así pues, ¿otra vez a H.? Incluso esta noticia poco halagüeña le levanta el ánimo. Por fin saldrá de la cárcel. Un viaje de diez horas, que lo llevará lejos de Berlín pero le deparará un cambio, un cambio en la rutina interminable de los últimos meses. Lo demás ya se arreglará. No se va a hacer viejo en H., eso está claro. Se viste aprisa el traje, saca brillo a sus zapatos, un poco por aquí, un poco por allá; los cepilla y adecenta hasta que los domésticos llegan con el café aguado de rigor y un cacho de pan de munición. El hambre constante del cuerpo en periodo de crecimiento acaba enseguida con el pan seco. Los grandes y fuertes dientes apenas tienen tarea. Listo para ponerse en marcha, Ludwig espera sentado en la banqueta coja, atento a los ruidos exteriores igual que un perro encerrado. Está nervioso. Tiene las mejillas rojas y los ojos brillantes como no los tenía desde hace mucho tiempo. Dentro de media hora estará fuera..., se dirigirá a la Alexanderplatz. Con el acompañante, por supuesto. De lejos divisará la zona de Münze, quizá vea incluso a algún conocido. En esto, nota algo en el cuello: ¿le querrá colocar el acompañante una cadena hasta que estén en el tren? ¡Eso no puede tolerarlo! ¡Nooo, de ninguna manera! La puerta de la celda de Ludwig se cierra. «¿Está listo?» En la celda de acogida recupera las pertenencias que le retiraron. El lápiz, la navajita, las puntas de cigarrillo, las cerillas y el pequeño cuaderno de notas. Luego tiene que firmar que le han devuelto todo en buen estado. Debe esperar al acompañante en el «redil de los carneros».

Por un respiradero oye Ludwig el bullicio de la Alexanderplatz, ruido de pisadas, voces de conductores que profieren juramentos, risas de muchachas oficinistas que caminan deprisa y el anuncio monótono de los periódicos de la mañana. El corazón le late con fuerza. Sus manos tiemblan y sudan de excitación. Enseguida estará fuera, enseguida. Mira a los empleados de la secretaría. Hombres impertérritos, formales, que permanecen sentados ante sus pupitres y manejan actas, actas, actas. Su oficio, su ambiente, consiste en la prisión y en encarcelar. Igual de a gusto encarcelan que ponen en libertad. Adentro o afuera, eso los deja fríos. Son las actas las que deciden.

Un hombre de baja estatura entra a toda prisa en la secretaría. Piernas cortas, robustas, dentro de polainas torcidas. El torso rechoncho en una chaqueta gruesa. La cara roja y alegre, con el binóculo que no cesa de temblar nervioso, no guarda el menor parecido con la de un policía. Entrega los papeles que lo identifican como acompañante del recluso Ludwig N. Todo está en regla. Le entregan un acta voluminosa y luego tiene que firmar que ha recibido el acta y al recluso. Para Berlín, el caso Ludwig se ha terminado. Lo sacan del «redil de los carneros» y lo confían al acompañante. El gordo escruta brevemente al chaval. «Hala, ven. Buenos días, señores.» Abajo, en el patio de la jefatura, se detiene. «Presta atención, Ludwig. Me llamo Hackelberg. Ya sabes, tengo que llevarte al correccional. Ahora vamos a ir en metro a la

Potsdamer Platz y luego caminaremos hasta la estación Anhalter. En realidad, aquí en Berlín debería llevarte atado, mira —muestra a Ludwig una cadena—, pero no haría buen efecto, ¿verdad? Conque pórtate bien, jovencito, y no hagas tonterías. Al menor intento de fuga te pondré las esposas. ¿Estamos de acuerdo?» Ludwig responde con un dócil «sí» y mira codicioso el puro que el señor Hackelberg se dispone a encender. «¿Te gustaría fumar? A ver dónde podemos comprar un par de cigarrillos», reacciona el acompañante ante los ojos pedigüeños de Ludwig.

Y ahora caminan en medio del trajín callejero. El señor Hackelberg, impasible a cuanto sucede en rededor, chupa su puro y da instrucciones a Ludwig sobre la manera como debe comportarse durante el viaje en tren. Ludwig siente de nuevo adoquines bajo sus pies. Se nota mareado como un enfermo que no hubiese salido de la cama desde hace meses. El gentío, las tiendas, los grandes almacenes Tietz en la acera de enfrente, las chicas..., ah, sí, las chicas. Recorrido un corto trecho, bajan al metro. El señor Hackelberg compra diez cigarrillos en un estanco. «Aquí tienes, Ludwig. Fuma...» Ludwig apenas logra articular un «gracias». ¿Alguien es cordial con él y le regala cigarrillos? No se lo puede creer. Hackelberg le acerca el fuego antes que él se decida a abrir el paquete. A continuación echa una bocanada caliente: «Gracias... Muchas gracias, señor Hackelberg. Hace mucho que nadie me trataba tan bien...». ¿Cuánto tiempo lleva sin fumar? Los últimos cigarrillos fueron los de Jonny. Traga, inhala el humo con empaque solemne y lo expele en nubes espesas.

Ya viene el tren. A pesar de la aglomeración, el señor Hackelberg se las arregla para no separarse de Ludwig. Le ha confiado, además, la cartera con el acta y una maleta pequeña. Tendría que deshacerse de los bultos si quisiera escapar, y yo lo pescaría al instante, piensa. Hacen transbordo en la estación de Friedrichstadt. Es temible el hervidero de personas en la céntrica estación subterránea. Todos deambulan, corren, se precipitan unos contra otros en desorden. Al ciudadano de Berlín no le gusta perder el tren. ¡Ello le supondría dos minutos de espera! Hasta el desempleado salta al interior del tren en marcha. Lo lleva en la sangre desde los tiempos en que estaba en posesión dichosa de un empleo...

Ludwig avanza a duras penas con la maleta y la cartera a través de la multitud. A su lado, ojo avizor, Hackelberg. Deben cruzar el largo túnel, el llamado «Corredor de la tisis». Dos hombres jóvenes avanzan a empujones por la marea de gente, abriéndose paso sin miramientos para alcanzar el tren al final del túnel. «¡Venga, hombre, date prisa! ¡Vamos, corre!», exclama uno de ellos. Luego, la ola humana se los traga. «¡Venga, hombre, date prisa!», las palabras le resultan familiares a Ludwig. Lo sacan de su ensimismamiento. ¡Vamos, corre! Le susurran, lo exhortan, lo golpean en las costillas: ¡ahora, hombre, apresúrate, corre, escapa, vuela, esfúmate! Ha olvidado el sentimiento de gratitud por los diez cigarrillos. Otro sentimiento, el ansia de libertad, lo arrastra todo.

¡Plaf! La cartera y la maleta están tiradas a los pies del señor Hackelberg y obstruyen su camino. Ludwig se abre paso con los puños, baja a todo correr las escaleras en dirección al túnel. Con ambos brazos aparta a la muchedumbre, aplasta, sortea, se mete por cualquier hueco que ve, corre pegado a la pared, que es donde hay más sitio. A nadie lo asombran las prisas del muchacho. Eso sí, algunos protestan por los empujones hacia un lado y los pisotones en el talón. Dentro de Ludwig resuena un bramido: ¡Vamos, corre..., corre...; si no, te pillaré! Al mismo tiempo delibera rápidamente: ¿adónde? Si encontrara un tren parado: adentro. De no ser así, iría a la calle y saltaría a un ómnibus en marcha. El andén. Un tren está saliendo. Ya ha cogido velocidad. Hacia la puerta... Una corta carrera a su lado... ¡Un salto! Unas manos solidarias lo ayudan a entrar en el vagón. Jadea en medio de la gente. El tren corre en dirección oeste. Como venga ahora un revisor, Ludwig, estás perdido.

¿Y el señor Hackelberg? Hizo lo que pudo. Se desentendió del equipaje, emprendió la persecución y gritó: «¡Alto! ¡Alto!». Su mala pata fue que justo entonces un tren se puso en marcha. El empleado del andén interpretó que el ¡alto! se refería al tren y creyó que el señor Hackelberg pretendía montarse de un salto. En cumplimiento de las normas, lo paró y lo retuvo. Y antes de que el señor Hackelberg, un tanto consternado como se deja imaginar, le explicara lo

ocurrido, ya estaba Ludwig fuera de su alcance. Tan sólo pudo rescatar el equipaje. Conque vuelta atrás, a la jefatura, a redactar el informe. No ha sido culpa suya. En los papeles del traslado constaba de forma explícita: «Podrá prescindirse de la colocación de cadenas».

Ludwig recorre la distancia de tres estaciones. Luego hace transbordo y viaja en otra dirección. Vuelve a cambiar de tren. Todo el tiempo permanece cerca de la puerta para poder abandonar el vagón sin demora en caso de que suba el revisor. ¿Qué hacer? ¡Volver con la pandilla! Estar solo en Berlín es lo mismo que estar perdido. No le queda una perra. No se atreve a ir a la zona de Münze, hogar de los Hermanos de Sangre, demasiado próxima a la Jefatura Superior de Policía. Pero, entonces, ¿cómo podrá mandar aviso a Jonny o a otro cualquiera de la pandilla? Cabe la posibilidad de llamar por teléfono al Schmidt. A esa hora seguro que anda por allá alguno. Pero ¡la moneda para el teléfono...! El tren se mueve a gran velocidad. Ludwig ni siquiera ve los nombres de las estaciones. ¿De dónde podría sacar una moneda? Sobre un asiento reposa un periódico de hoy, sin dueño. Nuevo, casi sin desplegar. Ludwig lo coge. Es el B. Z. am Mittag. Se le ocurre una idea. El tren se detiene en una estación. Gesundbrunnen. Se apea deprisa. Se encamina a la luz del día a la Brunnenstrasse. Va en dirección Badstrasse. Mira el reloj y el puesto de los periódicos. No, aún no está aquí. Aquí, muy al norte, llega siempre hacia las dos y media.

Una vez más, Ludwig tiende la mirada a todas partes. ¿Guardias? No. Ahora es cuando se atreve. Grita: «¡B. Z. am Mittag!... ¡B. Z. am Mittag!», y sostiene el periódico con el brazo extendido. Al cuarto grito ya se ha desprendido del periódico y tiene una moneda para llamar por teléfono. De vuelta a la estación de Gesundbrunnen, entra en una cabina. Tiene el número del Schmidt en la cabeza. Antes que alguien se ponga al aparato, oye música. Sonidos potentes de trompeta y bombo. Se le dibuja una sonrisa de felicidad en la cara. Schmidt, el viejo hogar. Entonces se pone alguien. ¡Jonny está allí! Escucha. No hace muchas preguntas. Tan sólo: «¿Dónde estás ahora? ¿Dónde podemos encontrarnos? Voy enseguida para allá en un taxi». Ludwig lo cita en el Cine Vinagre. Jonny ya entiende. Llegará, a más tardar, dentro de quince minutos. Fin de la llamada.

¿Cine Vinagre? En la esquina de la Brunnen y la Voltastrasse hay una gran fábrica de vinagre. Por toda la zona flota un continuo olor picante. Los transeúntes deambulan tapándose la boca. Con el olor del vinagre se les hace la boca agua. Junto a la fábrica: un cine, conocido con el nombre de Cine Vinagre.

Ludwig aún se siente inseguro. Se mete en un zaguán y vigila desde allí por si algún taxi se detiene delante del cine. Ahí está Jonny buscándolo con la mirada. Ludwig cruza la calle corriendo. «¡Buenos días, Jonny!» No puede refrenar la alegría. Derrama un par de lágrimas que rápidamente enjuga con el dorso de la mano. Jonny está acostumbrado a esta clase de situaciones. Le da la mano a Ludwig y se lo lleva a un bar. Un poco de calma y después dejará que Ludwig le cuente lo que quiera en algún establecimiento de repostería poco llamativo. Ludwig recobra la tranquilidad después de beber cerveza y coñac. Van a un pequeño café. Ocupan un espacio, al fondo, donde son los únicos clientes. Ludwig puede explayarse con total confianza. Primero les sirven un estupendo café y tarta con nata, cosas que Ludwig hace mucho tiempo que no veía. Se pone a contar. Empieza por el tipo de la estación de Stettin. «Atraparemos a ese cuervo», dice Jonny.

Al cabo de media hora, Jonny ya está al corriente de lo sucedido. Los próximos días supondrán cierto riesgo para Ludwig. La policía estará buscándolo. Y si lo pescan, adiós al periodo de prueba, en cuyo caso deberá resignarse a los cuatro meses de reclusión. El asunto, de todos modos, no entraña excesiva gravedad. Ludwig no es un criminal peligroso. Lo buscan nada más que por haberse escapado del correccional. En las hojas de búsqueda y captura figuran cinco chavales de la pandilla. Las autoridades tendrían mucho trabajo si llevaran a cabo un gran despliegue por causa de un interno huido. Tampoco es necesario darse precisamente de narices con ellas...

El cine-dormitorio.
 El parque de atracciones,
 Elly y el Walfisch.
 ¿Es Elly sospechosa
 de R. f. P.?

A las siete de la mañana, el pequeño Willi despierta a Willi Kludas. «Ha nevado mucho. Anda, vamos a donde el servicio de limpieza. Suelen emplear ayudantes cuando ha nevado.» Willi se espabila enseguida. Al tiempo que se viste, come los panecillos que sobraron ayer y da una parte a su camarada. En la cocina colocan la cabeza bajo el agua corriente. Olga la silesia les ofrece generosamente un jirón de tela para que se sequen. ¡Anda, corre!, jalea el pequeño Willi. Se pone la chaqueta, se alza el cuello y se cala la gorra. Vamos, Willi. En el patio, el pequeño se detiene de pronto en la nieve: «¿Llevas contigo papeles? Los tendrás que presentar». ¿Papeles? Nada que hacer, Willi Kludas. A uno no le dan papeles en el correccional cuando se fuga. Entonces yo tampoco voy, se dispone a decir el pequeño por pura camaradería; pero le viene una idea.

El alborozo no le deja hablar. «Te quedan dos monedas de diez céntimos, ¿verdad? Nos compramos con ellas un palo de escoba. Fritze nos da la tapa de una caja... Luego hacemos con clavos, en casa de Olga, una pala. Y Olga tiene además una escoba, una muy vieja. Y después vamos a las tiendas: buenos días, por su acera no se puede caminar. Los clientes se van a caer de narices como moscas. ¿Le importa que la limpiemos a cambio de una pequeña propina?... Y ya verás, Willi, cómo a mediodía hemos ganado un par de marcos. Qué bien, ¿no?» Se dirigen aprisa a una tienda de jabones cercana. Un palo de escoba cuesta quince céntimos y la tapa de una caja de jabón la consiguen gratis. Acarician y hacen carantoñas a Olga la silesia hasta que ella les regala una escoba vieja y un par de clavos. En menos que canta un gallo confeccionan el recogedor de nieve y los dos Willis salen corriendo.

En la Breslauer Strasse. Ahora es el momento idóneo. Los comerciantes abren sus establecimientos y observan semidormidos la nieve acumulada delante de sus tiendas. En la tercera tienda donde preguntan logran su propósito. Una delgada vendedora de golosinas. Willi Kludas estrena la pala. El pequeño va por detrás pasando la escoba y entra a pedir ceniza para esparcirla por la acera. Al cabo de media hora ya han retirado la nieve, y la mujer remunera a cada uno con treinta céntimos y una bolsa de restos de caramelos. Paga recibida. Aceptan igualmente hacer la faena para la lechería de al lado. Es un tramo pequeño, lo que supone treinta céntimos para los dos. Enfrente hay mucho para limpiar, pero el dueño no dispone de tres monedas y pone a bregar en la calle a una pobre aprendiz. Sigamos, Willi. Aquí les dan el trabajillo; allí, no. Aquí ya han limpiado; allí tienen que negociar e insistir para ganarse una moneda.

Transcurridas cinco horas, los dos chavales llegan a la parte alta de la Frankfurter Allee. El negocio resulta cada vez más difícil. Por todas partes relucen las aceras limpias. «¿Ponemos fin a la jornada de trabajo, Willi?» «Estoy de acuerdo, Willi.» Almuerzan en un local barato. Auténtica comida caliente, con una sopa y una porción de budín gelatinoso. Hacen después el recuento de la ganancia. Restando el gasto de la comida, le quedan a cada uno cuatro marcos y algunos céntimos. Hace años que Willi Kludas no poseía tanto dinero. Depositán las herramientas en casa de Olga la silesia. Quién sabe si volverá a nevar mañana. Obsequian a Olga con una bolsa de restos de caramelos y le pagan dos veces cuarenta céntimos por el alojamiento de la próxima noche.

¡Qué aspecto tan distinto presenta Berlín cuando los puños aprietan dinero dentro de los bolsillos! Aunque sólo sean cuatro marcos. Con ojos radiantes camina Willi Kludas junto a su amigo por las calles. Están saciados, tienen cigarrillos, han pagado la pernoctación y en el bolsillo, además, les tintinean las monedas. «¿No quieres que vayamos al cine? —pregunta el pequeño—. En la Münze, en Pritzkow, solamente cuesta cuatro céntimos.» El cine de sesión continúa Pritzkow, en la Münzstrasse, no es sólo un cine donde ponen dramas del Oeste y

películas policíacas. Es asimismo una sala caldeada y dormitorio para los acaudalados que pueden desembolsar los cuarenta céntimos que cuesta la entrada. O sea que cualquiera puede disfrutar por cuatro monedas de un asiento desde las diez de la mañana hasta las once de la noche, presenciar el programa completo en seis ocasiones o también dormir. Como mejor le cuadre. Según la jerga de los clientes fijos, no se paga una simple entrada para largarse al cabo de dos horas. En el Pritzkow se paga por dormir. En consecuencia, uno se queda dentro mucho tiempo. A cualquier hora del día, el angosto teatro está de bote en bote. Los chavales y mocetones se aprietan codo con codo; miran ora con interés, ora aburridos, la pantalla con mala acústica o amortizan el dinero pagado por dormir, ya sea apoyándose suavemente en el tipo de al lado o en el respaldo del asiento que tienen delante, ya sea contando con la cabeza gacha los botones del chaleco.

Willi Kludas mira la pantalla con la boca abierta. Para él este modesto espectáculo equivale a un milagro. Nunca había oído hablar de películas con sonido. Y esas chicas de la pantalla..., qué cuerpo tienen..., cómo se menea todo en ellas cuando caminan... Cómo se abalanzan sobre los elegantes caballeros y los manosean..., ¡menuda! Y esas voces tan dulces cuando cantan... ¡Qué vuelo dan a la falda corta al bailar! Willi Kludas se mueve intranquilo en su asiento, su cara se enciende y sus dedos sudorosos tiran unos de otros a causa de la excitación. Juntarse alguna vez con una chica así..., ver a una chica de esas cuando... Durante el descanso, titubeante, pregunta al pequeño si ha visto alguna vez una chica desnuda. Él, nunca del todo. ¿Dónde habría podido verla? A los dieciséis años lo metieron en el correccional. Allí había uno que tenía un montón de fotografías de mujeres gordas desnudas. Por las noches, en el dormitorio, las prestaba a los compañeros a cambio de cigarrillos, un trozo de fiambre o la ración de carne de mediodía. Acto seguido, los chavales se acercaban a las ventanas con las fotografías para poder contemplarlas con mayor detenimiento. Permanecían allí por espacio de media hora, miraban los cuerpos desnudos y después, en la cama..., bueno, qué otra cosa se podía hacer. Y a Otto Kellermann, uno muy joven con cabellos rubios y la piel suave y blanca como la de una chica, lo llamaban Otilie, y quien quisiera tener a Otilie también debía apoquinar...

Al pequeño Willi no le había ocurrido nada de eso. Su propia madre, que se entregaba a los hombres en la misma habitación donde Willi dormía, le emponzoñó los años de pubertad. También las inquilinas que llevaban a sus clientes a la habitación y a veces, borrachas, se acercaban a la cama de Willi: «Qué, Willicito, chavalín, ya casi estás maduro... A ver, deja, Willicito... Precioso, estate callado, nene mío...». El misterio que Willi Kludas, a sus veinte años, sólo conocía por las sucias fotografías y las pláticas obscenas de sus camaradas, se le había revelado con trece años al pequeño Willi en circunstancias aún más indecorosas.

Salen del cine y vuelven a la Münzstrasse. Willi Kludas observa la cara de las prostitutas bajo el sombrero, y cuando una de ellas le dirige la palabra o le dedica una calculada sonrisa, presumiendo de pechos y caderas, entonces siente el hormigueo de una fiebre lujuriosa que le arde por dentro, que seca su garganta y le ablanda las piernas. Sus manos húmedas tocan el dinero en los bolsillos del pantalón... Con él podría poseer a una de las muchachas. Pero siente vergüenza en presencia del pequeño. Si estuviera solo no podría resistir la tentación. Ay, si estuviera solo... «Y ahora, ¿qué hacemos?», pregunta el pequeño. «¿No podríamos ir a donde haya muchas chicas?», es la contrapregunta de Willi. «¿Al parque de atracciones?», propone el otro. «¿Las hay allí?» «Pero, hombre, tantas como quieras..., detrás de la barraca de los servicios por cincuenta céntimos», reza la respuesta del experto.

Parque Silesio de Atracciones junto al puente Schilling. El Dorado de la diversión para todas las pandillas de Berlín oriental. Escenario de las diarias peleas de celos por la manceba. La zona de prostitución más siniestra de Berlín, colegialas, chicas que hace poco terminaron el colegio. El precio: cinco viajes en la góndola de columpio, montar a caballo en el hipódromo o un helado de barquillo o también tortitas de patata, según la época del año. Las más experimentadas de esta prostitución infantil aceptan sólo dinero al contado. Lugar del trato: detrás de la barraca de los servicios. La gorra echada con garbo hacia la nuca, de tal manera que los cabellos sobresalgan por delante, y el cigarrillo sujeto en la comisura de los labios, los varones entre catorce y veinte

años pasan revista a las chicas de entre doce y dieciocho. Las miradas (y no solamente las miradas) exploran los cuerpos, mientras ellas, agradecidas y halagadas, hacen lo propio para que nada pase inadvertido.

Delante de los columpios está Elly, una chavalilla linda, rolliza, de dieciséis años, que mira ansiosa las raudas góndolas. El pequeño Willi la conoce. «¿La quieres para ti?», le pregunta a Willi Kludas. Enseguida se la presenta. Willi adquiere billetes para tres viajes y se monta con Elly en una góndola. Tira de la cuerda con idea de que la góndola, tras unos pocos impulsos, roce el armazón superior y el operario tenga que frenarla con mucha fuerza. Con temor coqueto se aferra Elly en su asiento a las piernas de Willi. Otro viaje más y otro, después bajan los dos al suelo. Elly se estira, se alisa los cabellos desordenados y muestra al deseoso Willi lo crecida que está. Es guapo el chaval, y fuerte...

Un muchacho consciente de cuanto debe a su nueva novia ha de invitarla sin falta a tortitas de patata. El pequeño cumple el encargo para los dos embobados y tímidos mayores. Después de las tortitas, Willi se sienta con Elly en un cochecito del Mar de Hierro. En las curvas, Elly se las ingenia para hacer notar al chaval sentado a su costado la blandura de su cuerpo. Willi se tambalea como un borracho al salir del coche y atrae hacia sí el brazo de Elly. ¿Dónde se ha metido el pequeño? Menos mal que se ha ido. Nos encontraremos de nuevo en casa de Olga. A Elly le apetece beber algo. Dónde, pregunta Willi. Entran en el Walfisch, enfrente del parque de atracciones.

Dentro de la espaciosa cervecería oscilan las guirnaldas con publicidad de cervezabock desde el 1 de enero hasta el 31 de diciembre. La banda de música, con la trompeta y el bombo como instrumentos principales, ha recibido por lo visto la orden terminante de consagrar todos sus esfuerzos a hacer el mayor ruido posible. Y lo consigue llevada por su instinto de conservación, pues la cháchara de los huéspedes en el local abarrotado es una desatada mezcolanza de gritería y jaleo. Hace rato que las sillas movidas de su sitio raspando el suelo se han apoderado de los pasos estrechos entre las mesas. El local entero es un ir y venir pululante, envuelto en una densa niebla de tabaco carente en muchos casos de la calidad propia de los productos de ultramar. En medio de todo, como exploradores en situación desesperada, los camareros. En cada uno de sus diez dedos, desafiando las leyes físicas de la gravedad, llevan una jarra, y apretados en el pliegue de los codos, sendos platos ovales con una imponente ración de codillo.

Los músicos de la banda comprenden que deberían conceder un descanso a sus instrumentos si desean usarlos hasta la hora del cierre, y hacen una seña al del bombo para que marque el final con un golpe vigoroso. Así ocurre. Por espacio de uno o dos segundos se prolonga la grotesca situación sonora de una muchedumbre vociferante cuyas cuerdas vocales están habituadas a la dura pugna con la ruidosa banda musical. Después, asombrado tal vez de su propia gritería, el local se calla. Durante un segundo atraviesa el silencio una voz de muchacha, aguda, potente, pero agradable: ¡puros, cigarrillos, chocolate! La cigarrera. Willi le indica por señas que se acerque. Compra cigarrillos y, para Elly, una tableta de chocolate. A continuación, el camarero trae las cervezas solicitadas en vasos enormes de medio litro. Después de pagar, aún le quedan a Willi veinte céntimos. Le da igual. Despojada de su abrigo, Elly se muestra a su chico con una fina prenda colorada que proclama con voz estentórea todos los encantos de su cuerpo. Percatándose de la mirada fija y ardiente de Willi, se aprieta aún más a su costado. La banda de música, mientras tanto, ha recuperado fuerzas con ayuda de las jarras de cerveza con que ha sido obsequiada y se arranca de nuevo a tocar. Los parroquianos vuelven a gritarse a la cara y parecen alegrarse al comprobar la saludable fuerza de sus órganos de la voz.

A las once, Willi lleva a Elly a su casa. Elly es sirvienta. Sus señores habitan un piso bajo y Elly ocupa un cuartito que da al patio. Con el corazón palpitante, apostado en la oscuridad, Willi espera a que se abra una ventana en algún sitio de la planta baja. Minutos después toma asiento en el cuartito de Elly. No deberían hablar mucho. Los señores duermen en la parte anterior de la vivienda, pero... Tieso y callado como un tronco, Willi permanece sentado. El miedo, la turbación, el deseo que le despierta la muchacha se arremolinan y agitan desordenadamente en su interior. Ve cómo Elly se desnuda. Cómo dos brazos blancos, carnosos, brotan del vestido rojo.

Lo envuelve calladamente un olor caliente a carne de muchacha que lo desconcierta por completo y le hace soltar un suspiro a duras penas reprimido. Elly se deja caer en la cama con intención de quitarse bajo la manta sus últimas prendas. No bien su suave desnudez se estrecha contra el cuerpo de Willi y él aprieta su rostro ardiente entre los voluminosos, casi maternos pechos de ella, el tormento sexual acumulado durante años en el correccional estalla en un rugido punto menos que animal.

Transcurridas dos horas, Willi pasea de noche por las calles silenciosas, alborozado como un niño. Por dentro le canta y regocija el gran acontecimiento. El gran acontecimiento que miles de veces oyó denigrar a sus compañeros. El gran acontecimiento determinado por la naturaleza, del que durante tanto tiempo lo privó su estancia en el correccional. El gran acontecimiento que él imaginó, con colores febriles, en mortificantes noches de insomnio. El gran acontecimiento, maravilloso por encima de todo, en brazos de la pequeña, rolliza Elly...

Willi es un tipo con suerte. Ha gastado todo su dinero con la muchacha. Por la mañana, el pequeño Willi lo agarra del cogote: «¡Levántate, ha nevado de nuevo!». ¿Nevado? ¡Entonces podrá ganar dinero otra vez! Se ponen en camino con la pala y la escoba. Mientras trabajan, el pequeño Willi le pregunta qué tal ayer con Elly, pero Willi tan sólo responde con evasivas. Algo tan hermoso uno se lo tiene que guardar para sí. Ay, Elly... La pala trabaja de maravilla. La escoba se ve en apuros para ir detrás. Y por la tarde han ganado entre los dos casi diez marcos.

Tres días después. No ha habido más nevadas y Willi gasta con precaución su dinero. Por la mañana se despierta como baldado. Le duele todo. ¿Qué le sucede? Cuando se lo cuenta al pequeño, este sonríe y pregunta: «¿Ya te has mirado?». ¿Mirado?... ¿Mirado?... «¡Seguro que has estado con Elly en la cama!» El pequeño no tarda en comprobar que Willi ha contraído la gonorrea. Elly se la ha contagiado. «Vete enseguida al doctor. Dentro de diez días estarás libre del incordio.» «¿Doctor? Pero si no tengo dinero ni papeles.» «No los necesitas, Willi. Es gratis.»

A última hora de la tarde, el pequeño lo lleva a un edificio grande, en el Köllnischer Park. El portero reparte números y les indica que vayan a la parte trasera. Cerca de cien mozos y hombres maduros esperan en una sala, apocados o con sonrisa de tipos curtidos. En su mayoría chavales de dieciséis a veinte años. Cuando le llega el turno a Willi, una enfermera lo conduce hasta una oficina donde le asignan una historia clínica. «¿A qué nombre? —pregunta el funcionario. Willi vacila—. No tiene que presentar sus documentos de identidad. Sólo necesito que me dé un nombre para la ficha del paciente», lo anima el funcionario. «Schröder», contesta Willi al buen tuntún. Le entregan una pequeña tarjeta gris: Centro de Seguridad Nacional de Berlín. Departamento Médico C., para el señor Sch. Y lo conducen a una enorme sala blanca, dividida con mamparas móviles en pequeñas celdas, para el tratamiento. En cada celda, un escritorio, una silla para la revisión de los pacientes y diversos aparatos médicos.

Un doctor examina a Willi. «¿Dónde se ha contagiado? —Willi guarda silencio—. ¿No podría mencionar a la persona por su nombre para que nosotros pongamos un médico a su disposición?» ¿Qué va a decir? ¿Debería delatar a Elly? No. Prefiere traerla aquí él mismo. «No conozco a la chica por su nombre... La conocí en el parque de atracciones... Tampoco sé dónde vive.» «R. f. P. - Persona presuntamente infectada, nombre y dirección desconocidos», anota el médico en la hoja clínica, en el apartado Fuente de la Infección R. f. P: abreviatura usada por la autoridad sanitaria para designar las relaciones sexuales frecuentes con distintas personas. La abreviatura se aplica a personas de quienes se presume que practican la prostitución. El médico llama a una enfermera a la celda: «Tómele por si acaso al señor una muestra de sangre». La sangre extraída del brazo izquierdo de Willi es enviada al laboratorio y allí sometida a la reacción de Wassermann. Dentro de tres días, Willi podrá saber si además de la gonorrea le ha quedado como recuerdo de Elly la sífilis.

Junto con la notificación de transferencia a un centro de tratamiento, Willi recibe una cartilla para afectados de enfermedades venéreas. En ella figura una frase impregnada de filosofía práctica: «La protección más segura contra las enfermedades venéreas consiste en evitar las relaciones sexuales antes del matrimonio».

¿De dónde ha salido tanto dinero?

Anneliese, la manceba
de la pandilla.

Rehkeller y Paule el de las Ratas.

Batalla entre pandillas
en la Mühlenstrasse.

Gotthelf, el padrino
de la pandilla.

Muchas cosas han cambiado durante el tiempo en que Ludwig ha permanecido en prisión. Todos los chavales tienen ropa nueva. Algunos como Fred, Jonny y Hans llevan atuendos nuevos de la cabeza a los pies. Visten trajes de calidad e incluso abrigos de invierno. También manejan dinero. Jonny organiza al instante una recolecta para Ludwig entre los Hermanos de Sangre. «Para que se olvide de la trena.» Ludwig recibe cuarenta y dos marcos. Deberá comprarse un abrigo y las cosas pequeñas que le hagan falta. Al atardecer del día en que Ludwig ha conseguido por la fuerza la libertad, está prevista en su honor una gran ronda por los bares. Todos los camaradas muestran alegría sincera por tener de nuevo a Ludwig con ellos. Consideran que ha ganado muchos puntos por la forma descarada de darse el piro. El tipo aquel de la estación de Stettin que le endosó a Ludwig el papelito comprometedor deberá poner un número a cada uno de sus huesos cuando lo atrapen. Menuda canallada. Bien podía haber prevenido a Ludwig: este papel tiene riesgo. ¿Quieres ir en busca de la maleta? Repartimos a medias. En tal caso el asunto habría sido honrado, no así, de aquella otra manera... ¡Tenemos que echarle el guante!

A Ludwig le da miedo mostrarse en público esa misma tarde en tantos bares. En cualquier redada lo pueden descubrir, con mayor razón al carecer de papeles. Papeles, papeles... Jonny reflexiona. Después: «Ven conmigo, Ludwig». Se dirigen a la Grenadierstrasse. El gueto de Berlín, la calle de los secretos e inquietantes negocios y albergues. Jonny intercambia algunas palabras con una vieja judía delante de una tienda situada en un sótano. Ella hace venir del sótano a un joven y lo manda con un recado. Pasados varios minutos, el joven vuelve en compañía de un pequeño judío de tez curtida, vestido con un grasiento caftán. La barba y el pelo del viejo son de color gris verdoso y están formados por mechones enredados. Sus ojos pequeños escrutan nerviosos de aquí para allá. El judío invita a entrar en la tienda a Jonny y Ludwig.

En realidad, el nombre de «tienda» constituye un halago sin justificación. Todo el surtido podría pagarse de sobra con diez marcos. Algunas venerables galletas arrugadas, los habituales ajos y paquetes de margarina preparada según el rito judío. La tienda no es más que un pretexto, una simple tapadera para mejores negocios que no precisan de almacén. Entran en una trastienda oscura, desprovista de ventanas. El judío toma asiento entre Ludwig y Jonny, en lo que en otros tiempos fue un sofá. Devoto, sumiso y sin aparentar recelo, el viejo astuto junta las manos atravesadas de venas negras: «¿Qué desean los señores?». «Este amigo mío necesita papeles», empieza a hablar Jonny. «Papeles... Oh...» El viejo adopta una actitud de reserva y suspicacia. Los papeles falsos son un asunto complicado. Jonny le ofrece quince marcos por una cédula de identidad o por una tarjeta de desempleado. Los dedos del viejo juegan nerviosos con el caftán. La codicia y el miedo se contrapesan. No, él no tiene papeles. Él es un hombre honrado. Sí... Pero..., conoce a alguien que se los podría proporcionar. «Pues venga, vamos allá», le interrumpe Jonny.

Ese alguien resulta que es una mujeruca mayor, arrugada, que vive en el cuarto piso de una casa con patio interior. Lo primero de todo, el viejo pega la hebra con ella. Yidis, hebreo y alemán en un horrendo galimatías. Luego la vieja les cuenta a Jonny y a Ludwig, en un tono de quejumbrosa salmodia, que en su casa vivía un hombre inscrito en el registro de la policía. Todo legal. Pero un día desapareció, dejando a deber el alquiler a una mujer anciana y, sin embargo, honrada. Al irse abandonó una camisa bastante sucia, un sombrero y algunos papeles dentro de

una caja de puros, entre ellos el del registro en la policía, el de la declaración de la renta y una partida de bautismo. «Enseñe los papeles», le pide Jonny. La hoja del registro consigna el piso de la Grenadierstrasse a nombre de August Kaiweit, de Königsberg, nacido en 1908. Ludwig nació en 1912, y como natural de Dortmund no tiene la menor idea de por dónde cae Königsberg; pero, por lo demás, los documentos no están nada mal. «¿Dónde tenía el hombre su habitación?», pregunta Jonny. La vieja los conduce hasta un miserable cuarto trastero. «¿Cuánto pide por el alquiler?» «Cinco marcos por semana.» «¿Y por los papeles?» Los dos viejos vuelven a enredarse en un interminable, para Jonny y Ludwig, indigesto parloteo. Por fin: diez marcos por los papeles y cinco de comisión para el judío.

Asunto resuelto. Jonny le da a la vieja diez marcos por los papeles y una primera semana de alquiler por cinco marcos. El judío recibe su comisión. Ludwig tiene un nombre nuevo y al mismo tiempo una vivienda. A August Kaiweit ya no le hace falta sentir miedo de las redadas. Eso sí, los papeles no tendrán validez en la Jefatura Superior de Policía. Allí disponen de las huellas digitales y fotografías de Ludwig. Y, además, el verdadero August Kaiweit pudiera haber cometido alguna fechoría y figurar en los carteles de delincuentes buscados. Quizá se trate de un tipo peligroso, cosa nada improbable a juzgar por la pinta sospechosa de su morada en la Grenadierstrasse. Ahora bien, si Ludwig se empeñase en considerar todos los pros y los contras, lo mejor sería que se entregase cuanto antes en la jefatura. Una vida al margen de la ley no significa precisamente una situación de plácido recogimiento en el regazo de Abraham...

Le pide a la vieja la llave de la casa y se marcha con Jonny. Se separan en la Münzstrasse. Ludwig con el fin de comprarle un abrigo a un ropavejero y Jonny, bueno, Jonny se trae entre manos un asunto con Fred. Siempre andan metidos en secretos esos dos, piensa Ludwig. Lugar de la cita: a las ocho de la tarde en el Rehkeller de la Prenzlauer Strasse, cerca de la Alexanderplatz.

¡La Alexanderplatz! El centro del hampa berlinesa. Allí son todos conocidos. ¿Quién no los conoce por las películas sobre el ambiente de los bajos fondos de Berlín? ¿Los hampones de lujo que sólo entran a robar con frac y zapatos de charol? ¿Esas criminales terriblemente hermosas para quienes asesinar constituye una perversa distracción? ¿Y los auténticos y fabulosos sótanos de delincuentes con danzas apaches, truhanes engominados, putillas de buen ver por dos marcos, con sus rizos de un rojo ardiente? ¿Los reservados ocultos en los sótanos y los escotillones secretos? Fantasías triviales de directores de cine sin talento y de otras mentes de tres al cuarto. La chusma, ansiosa por divertirse, reclama esa clase de productos. Acomodada en los sillones de sus palcos costosos, desea que le pongan una y otra vez la carne de gallina. Pues nada, a rodar películas sobre los bajos fondos. Y como los verdaderos bajos fondos de Berlín, con toda su miseria social, no son del gusto de la distinguida zona de la Kurfürstendamm, entonces se fantasean unos bajos fondos en los que, véase lo dicho arriba, se vive a cuerpo de rey. El observador superficial de ese mundillo, de lo que de él se percibe a primera vista, encontrará aburrida a más no poder el hampa berlinesa. No verá en ella nada, absolutamente nada interesante. También aquí la sangre es un jugo especial, y el delincuente diabólico admira al hampón berlinés, al igual que cualquier otro mortal, en el cine. Hacen falta estudios exhaustivos para acceder a esas personas que malviven tal vez durante toda su existencia entre breves lapsos de libertad, largos años de prisión, la huida constante de la ley y..., cayendo, tras gozar de unos pocos días de alegría, en privaciones aún mayores.

¿Un destino elegido voluntariamente? No siempre. ¡No siempre! Los años de juventud sometidos a la educación de un centro tutelar, punto menos que años de aprendizaje del futuro transgresor de la ley, no son, maldita sea, ningún destino elegido a voluntad. Y por añadidura, ¡con antecedentes penales! El muro infranqueable, duro como el vidrio, de los prejuicios y la sed de castigo burgueses condena a muchos al fracaso. A un sinnúmero de personas que de buena gana habrían emprendido una vida ordenada.

Lo primero de todo, la confirmación de que hoy día, en Berlín, esos sótanos de criminales, como nos los han presentado en centenares de películas, no existen. Todos esos sótanos en Linienstrasse, Marienstrasse, Auguststrasse, Joachimstrasse, Borsigstrasse y algunas calles más

tuvieron que cerrar al poco tiempo de la inflación. Y las grandes cervecerías con estruendosas orquestas de instrumentos de viento se convierten a primera hora de la mañana en salas de espera de un populoso ejército de proxenetas, gentes sin hogar y delincuentes ocasionales. Se trata de huéspedes que no aportan beneficio alguno al tabernero. La prostitución es el único aliciente de dichos locales, que subsisten gracias a ella. Atrae a los puteros y anima a consumir en grandes proporciones. Las prostitutas no necesitan hacer gasto. Van de mesa en mesa y ofrecen sus servicios o les sonsacan un aguardiente a los huéspedes que han venido a echar un vistazo. Y cuando en tales locales ocurre de verdad un incidente, se puede aceptar con razonable seguridad que tal cosa ha sido preparada para que los curiosos tengan una agradable sensación de terror, necesaria para estimular el consumo, y puedan contar a sus conocidos historias del fantástico local de criminales.

Al principio el decorado se adueñó del tema del hampa, contó auténticas historias de niñeras, y ahora los bajos fondos se sirven del decorado para no causar decepción. Incluso aprovechan las secciones de anuncios de cierta prensa. Entre los anuncios de los restaurantes más selectos y los elegantes palacios de baile se oye gritar: «¿Desea conocer los bajos fondos de Berlín? ¡Visite en la Alexanderplatz el restaurante más conocido de Europa!» ¿Qué importa si el restaurante más conocido de Europa es un simple garito de fulanas? Así son los bajos fondos entre comillas. Bien por la gran ciudad de Berlín. De esta manera queda zanjado el capítulo sobre los bajos fondos. Demasiado bello para ser verdad.

La Alexanderplatz de noche, entre las 21 y las 24 horas. ¿Por dónde empezar en medio de semejante barahúnda? Prostitución en todas sus variantes. Desde la quinceañera que acaba de largarse del correccional hasta el cascajo de sesenta años, todas andan a la caza frenética de clientes. La prostitución masculina se practica en manada delante de los urinarios públicos, en las paradas del tranvía, delante de los grandes locales. Gente sin hogar, de ambos sexos, vaga de un lado para otro. Se detienen, reanudan la marcha. Sin rumbo. Se sientan sobre una pila de tablas del metro. «¡Caminen!» Una patrulla de guardias. Caminar, caminar, ¿adónde? Casi seductora saluda la silueta voluminosa de la Jefatura Superior de Policía. Allí hay comida y bebida y una cama. Pero sólo después que el desesperado haya roto la luna de un escaparate.

La rufianería campa por sus respetos con toda la ruindad de su oficio. Solamente en la Alexanderplatz se juntan cientos. Les pertenece la calle, les pertenecen las chicas que se prostituyen. No quitan ojo de su puta; aún más, animan a los clientes indecisos enumerándoles los encantos de la muchacha. Algunas son alabadas y tasadas como jamelgos en un mercado de caballerías.

De una cervecería subterránea, junto al cine Ufa, sale armando bulla un grupo de parroquianos. En un instante el tráfico queda interrumpido. La muchedumbre de color negro se detiene y corre, negra, hacia un punto determinado. ¿Qué ha ocurrido? Lo de todos los días. En el centro de la muchedumbre están una prostituta y su chulo. Él no cesa de golpearla. Ella permanece inclinada hacia delante, protegiéndose la cara con las manos. Como un animal en el matadero. Suena en medio del gentío una voz entusiástica y jaleadora: «¡Dale a esa carroña lo que se merece, Fritz!» Y Fritz se muestra rumboso y vaya que si da. Ni una mano ni una boca se mueven en defensa de la mujer. Están todos como en familia. Si ella recibe una paliza, por algo será. Por fin llega la policía. Se abre camino por entre la masa remolona. ¿Qué ocurre? Nada. El chulo alega que la víctima es su esposa. Y, preguntada por la policía, la esposa decide no presentar denuncia. Se cuidará mucho de que la dejen lisiada los amigos de su esposo y chulo. «No ha sido nada», dice mientras le sale sangre de la nariz.

La muchedumbre se disuelve. Se acabó la tunda. Se extinguió la curiosidad. La prostituta está apoyada en un poste de la parada, limpiándose la sangre y sollozando. «Bueno, cierra el pico ya, Edith.» El chulo le habla apaciblemente. Y Edith se esfuerza entre espasmos por cerrar el pico. De vez en cuando se le escapa un sollozo. Saca el pintalabios y la borla de los polvos para ocultar las huellas del llanto en su cara. Después van los dos, cogidos del brazo, al cercano Rehkeller.

El único de su clase que aún merece el nombre de sótano de criminales. Pero aquí también

está todo dispuesto para la diversión. Los bajos fondos están de moda. Un recinto de techo bajo, abovedado, envuelto en una mortecina luz de colores. Las viejas paredes, tantas veces enlucidas, despiden un horrendo olor a moho. Un pianista intenta a la desesperada arrancarle unas notas más o menos comprensibles a un enredo de cuerdas. Parroquianos: los habituales del mundillo del Alex, pero con muy pocos mirones. Desde fuera, el Rehkeller tiene un aspecto por demás inquietante.

Los Hermanos de Sangre están sentados a una mesa, al fondo del todo, en el rincón más sombrío. Entre ellos, una muchacha de diecisiete o dieciocho años. Anneliese, la nueva manceba de los Hermanos de Sangre. Desde que disponen de dinero a todas horas, sin que Ludwig logre explicarse cómo lo obtienen, Anneliese es patrimonio colectivo de la pandilla. Ludwig llega con su abrigo nuevo. Anneliese lo recibe con un sonoro beso. Es la primera vez que se ven. Jonny explica a Ludwig que Anneliese forma parte de la pandilla. Los otros Hermanos de Sangre saludan a Ludwig con un mordaz «buenas tardes, señor Kaiweit». Está claro que Ludwig es persona grata. Anneliese se sienta sobre el regazo del «pobre chaval, encerrado en Moabit a pesar de su inocencia», y, cada vez que surge una ocasión, lo consuela con caricias y besos. Servida la primera ronda de aguardiente, dicen todos en tono ceremonioso: «A tu salud, Ludwig». Después le piden que cuente. Cómo lo atraparon, el interrogatorio, los días en el Alex, el juicio oral en el Tribunal Tutelar de Menores, cómo descubrió el mensaje oculto de tía Else en el saquito de azúcar. Cómo era la comida, el trato, y muy muy por extenso, cómo consiguió escapar en la estación de Friedrichstadt. Bueno, el acompañante era por lo visto un tipo decente, pero la libertad es lo primero. La pandilla se siente totalmente orgullosa de su Ludwig cuando éste les habla del periódico que encontró y con el que consiguió una moneda para llamar por teléfono. ¡Pues sí que tiene cabeza el muchacho! «¡Salud, August Kaiweit!» Y Jonny añade: «¡Para que agarremos al cuervo que te engañó!».

El pianista anuncia una rumba e interpreta algo que podría ser un tango lo mismo que unblack bottom. Las chicas y sus enamorados buscan un metro cuadrado de suelo para bailar. Anneliese ha arrastrado a Ludwig, que ahora debe bailar la rumba. Ayer, a estas horas, aún estaba tumbado en el camastro de la prisión policial, en el vientre le borbollaba la sopa de harina de la cena y fuera, en el corredor, resonaban los zapatos claveteados del vigilante. «Anneliese, dame un beso», le susurra impetuoso a la muchacha.

La cuenta está pagada. Los Hermanos de Sangre se van. ¿Al México? «No, mejor no», responde Fred sonriente. El Alexanderquelle, en la Münzstrasse, es un local poco apetecible, pero siempre abarrotado. El volumen de la música derrama la espuma de las jarras, y el humo de tabaco expelido en grandes cantidades mantiene a las guirnaldas de papel en continua agitación. Pandilleros de todas las edades, gente arrabalera, prostitución de ínfima categoría, vagabundos, mendigos y mendigas. Todos ellos contribuyen al bruñido de la calva del tabernero, que ya no puede inhalar la pestilencia de su local y se ha apostado ante la puerta. Hay un llenazo tremendo. El último cliente ha tenido que sujetarse al cancel y desde allí pide a gritos cerveza y aguardiente. La pandilla empuja y se abre paso a través de la masa. Ningún sitio libre. Al final del todo, en un espacio elevado antes de llegar a los servicios, consiguen los Hermanos de Sangre acomodarse en torno a dos mesas ocupadas. De buen grado se aprietan los unos a los otros.

Ludwig, Anneliese, Jonny y Fred están sentados entre gentes entecas de asilo que tratan de olvidar conkoksy aguardiente con un punto los sinsabores de la vida. (Kok: ron con un terroncito de azúcar. Aguardiente con un punto: cúmel con una gota de frambuesa.) Jonny pide una ronda dekoks. Por supuesto que los del asilo también beben. Un viejo con una larga barba blanca todavía está cenando. Su mano izquierda sostiene una punta de longaniza medio cubierta por el envoltorio, de la cual va cortando trozos con el cuchillo de pelar patatas que agarra con la derecha, y se los lleva a la boca acompañados del correspondiente bocado de pan. La cara del anciano de canas crecidas parece haber salido de una de esas películas de antes de la Revolución de Marzo, en las que el típico niño formal lanza, junto a la valla de un jardín, a un hombre mayor una moneda de cinco céntimos dentro del chambergo. «¿Qué, padre, no quieres ir pronto a

casa?», pregunta Fred. «¿A casa?» El viejo levanta un instante la mirada y enseguida vuelve a ocuparse de su longaniza, de la que ya sólo queda el extremo. Después: «Hoy el patrón me echará a patadas. Dice que le pague por dormir cuatro noches y se acabó».

Sosegado, razonable, convencido de que el patrón tiene la razón, las palabras le van surgiendo interrumpidas por la ratonil masticación de la comida. El calor reinante en el local hace que le corran hilos de sudor por el semblante lleno de surcos. Sin embargo, no hay manera de persuadirlo a que se quite el abrigo. Lo más probable es que no lleve chaqueta debajo. Se quita el sombrero. El pelo blanco le tapa las orejas y el cuello del abrigo. Su cara cobriza tiene los ojos de un perro apaleado. Un segundo aguardiente y un puro hacen al viejo mendigo algo más confiado. «¿Y ahora de dónde has venido, padre?» Ha estado mendigando por la parte oeste, en la zona de la Wittenbergplatz. Subiendo y bajando escaleras de servicio. Desde las nueve de la mañana ha andado por ahí. Y los distinguidos señores de aquella zona han sido capaces de desprenderse en total de setenta y dos céntimos, unos cuantos corruscos de pan y (el viejo los enseña orgulloso) dos guantes de cabritilla muy parecidos, ya que los dos son de la mano derecha.

Al referirse a cierto caso surge algo así como indignación en su voz: «Llamo, en un cuarto piso, a la puerta de una cocina. Un sirviente quiere darme una moneda de cinco céntimos. En esto, viene lamadame. Para qué dar dinero a la gente sin que antes haya trabajado, dice la vieja. Este hombre es robusto, bien puede sacudir la alfombra de la alcoba. Entonces me entró coraje. Traígame el puñetero felpudo, que lo voy a sacudir. Aquí donde me veis, el encorvado Gustav, bajo cuatro escaleras, sacudo y vuelta para arriba. ¿Y qué dice la vieja? Bueno, querido señor, se ha ganado usted sus cinco céntimos... ¡Quería hacerse la dama fina!». El viejo debe cuatro noches en el albergue de la Gollnowstrasse, y si no paga hoy por lo menos dos noches, el patrón lo echará a patadas.

«¿Cuántos años tienes, padre?» «Setenta y cuatro... No: ochenta y dos..., setenta y...» No lo sabe con exactitud. Nació en Posen. Ignora si es polaco o alemán. Le da lo mismo. De joven fue ordeñador. El más rápido y honrado, resalta, de toda la granja. Y un día lo despachó el dueño, el benévolo señor, por arrearle una patada en el vientre a una vaca que lo había golpeado a él. Pero no le importó. Tenía que incorporarse de todos modos al ejército. Luego se echó a la carretera. Alemania, Austria, Suiza, Italia, Francia y España, todoper pedes apostolorum. Años, décadas. Hasta que poco antes de la guerra mundial regresó a Alemania, ya envejecido. Durante la guerra trabajó de obrero en una fábrica de munición y después se dio otra vez a la vida errante. Años y años.

Acabó finalmente en Berlín, y la ciudad de cuatro millones de habitantes fue su carretera, ya que no le alcanzaba el resuello para rutas más largas. No sabe dónde nacieron sus padres. Tampoco dónde se encuentran sus cinco hermanos en el caso de que estén vivos. Nunca ha ido a un cine. Un libro se le figura un chisme que contiene historias, y un periódico parece que no tiene para él más sentido profundo que el del papel para envolver.

Pero una cosa ha aprendido después de tantos años de práctica, ya fuera en Berlín, Italia o en cualquier aldea de la Alta Silesia: dar o regalar no es virtud de ricos. Azuzan a los perros contra los mendigos o cierran la puerta de un golpazo. Solamente el pobre da con la naturalidad de quien conoce el hambre y la miseria. El compañero de la Alta Silesia, el jornalero italiano o el desempleado berlinés. Mañana irá el viejo al barrio obrero de Wedding. Conoce la zona y la aprecia. «Céntimos de cobre, sólo céntimos de cobre. Pero mucho ganado pequeño también produce estiércol», dice al tiempo que se encasqueta con parsimonia el sombrero. Uno está mejor sentado con el sombrero puesto.

Movido por un arrebato de generosidad, Fred hace una colecta entre los miembros de la pandilla a fin de que el viejo pueda costearse la pernoctación. Éxito: dos marcos y ochenta y cinco céntimos. El mendigo, al principio incrédulo, coge las monedas de cinco y diez céntimos. Seguro que se proponen gastar una broma. Después, no bien ha guardado el dinero en el bolsillo, se apresura a abandonar el local. Quien tiene, tiene. Nunca se sabe: quizá los chavales se gasten todo lo que les queda en bebida y luego le exijan la devolución de lo que le dieron. Es

mejor desaparecer cuanto antes. El patrón no lo echará a patadas puesto que va a recibir su dinero...

Ludwig nota continuos cambios en la pandilla. Ahora resulta que Fred se ha convertido en cajero y cada miembro del grupo debe poner todas las semanas un marco en la caja. Jonny, Hans, Fred y Konrad comparten con Anneliese un dormitorio en la vivienda de un antiguo presidiario inválido, en la Badstrasse. También Heinz, Erwin, Walter y Georg tienen refugio fijo, uno por pareja. De dónde sacarán tanto dinero, piensa Ludwig. No se atreve a preguntar. Los chavales se ponen en marcha. En un local tan lleno no es posible conversar. Deciden llegarse a la estación de Silesia y entrar en el café Messerstich.

Por qué, en primer lugar, al Messerstich [Cuchillada] se le llama café y no taberna es tan incomprensible como, en segundo lugar, el origen del sangriento nombre de Messerstich. La parroquia habitual: organilleros, cantantes que van por los patios, traperos, también llamados naturalistas, mendigos y mendigas aquejados de alguna deformidad que por lo común sólo aprecian una cuchillada cuando se la dan a un nutritivo pedazo de carne asada o por lo menos a un cacho de fiambre. La especialidad de la taberna son los desproporcionados, auténticos codillos de cerdo de engorde, con gelatina. La pandilla acaba con todas las existencias de codillo y organiza una cena opípara. Codillos mordisqueados y huesos se amontonan sobre la mesa. El tabernero tiene que mandar a un empleado al otro lado de la calle para traer bollos de la panadería. Todos zampan como fieras.

Un organillero inválido se apoya en la barra. La manga izquierda de su chaqueta cuelga flácida y vacía. Su mano derecha, la única que tiene, sujeta un vaso grande de aguardiente y lo lleva a la boca. Un trago. Sus labios mojados lanzan un extraño silbido. Como obedeciendo a una orden, salen rápidamente de los dos bolsillos de su chaqueta sendas ratas blancas. Se encaraman ágilmente a los hombros del inválido y se yerguen sobre dos patas. Risas y aplausos de los parroquianos en rededor. Al inválido lo complace la aceptación obtenida por sus ratas amaestradas, agarra el vaso de aguardiente lleno aún hasta la mitad y lo coloca bajo el hocico de cada una de ellas. Las ratas introducen la cabeza en el interior del vaso y sorben una pequeña cantidad del aguardiente dulce. De nuevo un silbido. Las ratas desaparecen dóciles en los dos bolsillos. Él bebe satisfecho el resto del aguardiente. Los animales lo acompañan en sus correrías. Se levantan sobre dos patas cuando oyen música, corren por las perneras del pantalón del inválido y salen por el cuello de la camisa. Paule el de las Ratas es famoso entre los de su gremio y al parecer no gana nada mal gracias al poder de atracción de sus ratas amaestradas.

Saciados y perezosos, los Hermanos de Sangre están sentados ante sus respectivos vasos de cerveza. Anneliese se mueve nerviosa en su silla. Mira con ojos asustados hacia una mesa próxima a la estufa. Allí hay un tipo joven que lanza miradas hostiles a los Hermanos de Sangre. Y cuando sus miradas se tropiezan con los ojos intranquilos de Anneliese, ésta se pone aún más nerviosa y su miedo crece. El tipo se para de pronto ante la mesa de la pandilla: «¡Anneliese, ven aquí!». Suena brutal y amenazador. Anneliese ya se dispone a obedecer, sumisa, cuando Jonny se levanta de un salto: «¿Qué quieres de la chica?». «¡Lo que a ti no te importa, mono!», es la réplica no precisamente cordial. Jonny le arrea, visto y no visto, una potente bofetada. Sin tiempo de reaccionar, le llega un segundo ataque, y haciendo un gentil arco vuela hasta la calle. No se atreve a volver al local. «Anneliese, ¿quién era?», pregunta Jonny. Anneliese rompe a llorar. «Bueno, ya lo sabes... Uno de la pandilla de Friedel Peters.»

Hasta hace una semana, Anneliese era la manceba de otra pandilla, en concreto de la de Friedel Peters. Pero la vida junto a Friedel ya no agradaba a Anneliese. Ninguno de sus miembros tenía dinero y un día Friedel dijo: «Anneliese, debes trabajar de puta para nosotros». Y entonces ella se pasó a la pandilla de Jonny porque ésta tenía dinero. Anneliese no actuó de manera distinta a la querida de un empresario industrial que cambia a éste por un director de banco porque no puede costear sus caprichos.

«Esta noche es posible que nos espere una pequeña pelea», dice Konrad pensativo. «Quizá tengas razón», responde Jonny. «¡Franz, diezkoksdobles!», pide Fred. Antes de una riña en cierno no debe faltar el aguardiente. Jonny tiene dos manoplas de combate. Una se la pasa a

Konrad, quien lleno de furia se pone a boxear con las puntas de hierro contra la mesa. «Diez aguardientes», pide Jonny. El alcohol ingerido a toda prisa vuelve aguerridos a los chavales, infundiéndoles deseos de pelea. Pero nadie viene a reclamar a Anneliese. Hace un instante lloraba muerta de miedo; ahora se siente halagada porque quizá se produzca una pelea por su causa. De momento reina la paz en el local.

Un hombre joven, desconocido en la zona, entra en el local y negocia con el tabernero. Un artista sin empleo, un acróbata. A pesar del llenazo consigue permiso para mostrar su número de fuerza. Algo así suele interesar en estos círculos. De buena gana son desocupadas dos sillas que el artista necesita como instrumentos de trabajo. Todos los parroquianos prestan atención y se arraciman al modo de una gran familia en torno al artista, curiosos por lo que va a suceder. Apoyo con una sola mano sobre el borde superior del respaldo. El manco Paule el de las Ratas vocífera, completamente borracho, desde atrás: «Eso no es nada. Tendríais que verme a mí...». El artista hace de hombre serpiente, dobla el cuerpo y se contorsiona hasta que la cara se le vuelve roja. Eso causa sensación. Todo el mundo está fascinado con el trabajo del artista. Incluso el tabernero se acerca abriéndose paso entre los espectadores y el camarero deja que las cervezas pierdan su espuma en la bandeja.

Ahora viene la actuación dental. Con los dientes levanta el artista una silla y aumenta el peso poniendo la otra encima. Es el plato fuerte de su espectáculo. La actuación dental produce gran impresión, sobre todo porque se nota claramente en la cara del artista su esfuerzo desmedido. Desfigurado, congestionado, se le salen los ojos de las cuencas, le tiembla todo el cuerpo. Los parroquianos están totalmente fascinados. Ocasión pintiparada para que los artistas pasen la gorra. Éxito: un marco y ochenta céntimos. En los círculos de mendigos no se tacaña cuando alguien hace méritos. El artista es invitado por Paule el de las Ratas a un aguardiente. Con disimulo se enjuga la sangre de las comisuras. La bárbara actuación dental le ha desgarrado las encías.

La fuerza demostrada por el artista no ha servido para enfriar las vivas ganas de pelea de los Hermanos de Sangre. ¡Huy, si Friedel Peters y sus compinches vinieran en busca de Anneliese! ¡Bueno, bueno, volarían los vasos de cerveza, las patas arrancadas de las sillas zumbarían en el aire! Pero no sucede nada. Allá ellos si son unos cobardes y dejan sin vengar los golpes que ha recibido su camarada. Vámonos, ya hemos esperado bastante. ¿Adónde? A donde la tía Minchen, en el puente de Varsovia. Allí quizá haya baile. Jonny paga más de treinta marcos por la consumición. De dónde saldrá todo este dinero, vuelve a preguntarse Ludwig.

En la calle tranquila no hay rastro de pandilleros al acecho. Pasada la estación de Silesia, los Hermanos de Sangre tuercen hacia la desierta Mühlenstrasse. Alguien corre a unos cien metros por delante de ellos y desaparece en la sombra de las fachadas. La pandilla avanza en dos filas de cuatro; entre ellas, Anneliese, temblando de miedo, y el más joven, Walter. Alguien corre de nuevo por la calzada. Esta vez reconocen al tipo a quien Jonny ha zurrado la badana. «¿Tienes la manopla de combate, Konrad?», pregunta Jonny. «¡Por supuesto!», responde Konrad. Recorren los cien metros. La Mühlenstrasse se ensancha hasta desembocar en la Rummelsburger Platz.

«¡Afuera!», grita una voz muy cerca de la pandilla. Por delante y por detrás de los Hermanos de Sangre salen de los portales diez o doce tipos. La fila delantera de los Hermanos de Sangre con Jonny y la trasera con Konrad encaran el ataque. Walter se da prisa en alcanzar con Anneliese el otro lado de la calle, pero no puede aguantarse las ganas de pelear, se aparta de la llorosa muchacha y se mete en el ovillo de chavales enzarzados a golpes. Las manoplas de combate de Jonny y Konrad se estrellan contra las mandíbulas, vuelan buscando los músculos de los brazos y se clavan en duros cráneos. La pelea transcurre casi en silencio. Los dos bandos saben que si hacen ruido vendrá enseguida un coche patrulla, y ninguno quiere que la policía intervenga en esta disputa privada.

Lástima que no haya más luz. Los Hermanos de Sangre se estorban los unos a los otros y a sus adversarios les ocurre lo mismo. La situación se vuelve crítica para los atacantes. Las manoplas de combate son demasiado duras para sus cráneos. A todo esto, suena un disparo. ¡Pum! Como un restallido. Walter cae en el borde de la acera, se agarra el antebrazo izquierdo:

«¡Ayyyyy!»). El disparo y el grito del tiroteado son señales suficientes para los chicos de Peters. Se dispersan. Los Hermanos de Sangre, jadeantes, se quedan solos y se esfuerzan por ayudar a Walter, quien no para de gritar «¡ayyyy!» en el silencio.

Ya se abren algunas ventanas. Chaquetas de pijama y camisones gritan temblando de frío «asesinato» y «policía» y «atracó». «¡Vámonos!»), ordena Jonny. Corren hacia la estación de Silesia. Jonny y Konrad sostienen a Walter. Ludwig y Georg se ocupan de Anneliese, que está sollozando. En la Fruchtstrasse, Jonny y Konrad paran un taxi, empujan a Walter adentro y luego se meten ellos. Jonny grita por la ventanilla: «Seguidnos... ¡Badstrasse!». Se acaba el jaleo. La pandilla se disuelve por parejas. Y por parejas toman un taxi con destino a la Badstrasse.

Gotthelf, antiguo presidiario, ahora padrino protector de la pandilla, no se asombra especialmente cuando los muchachos que duermen en su casa llegan con Walter herido. «Estas cosas ocurren en Berlín», dice al tiempo que examina la herida. Por suerte se trata tan sólo de un roce de bala. Konrad llega con los utensilios de curar que se ha agenciado en una farmacia de guardia. Poco a poco van llegando los otros Hermanos de Sangre. La herida de Walter es lavada y vendada. ¿Debería ir mañana al médico? Es arriesgado. El médico hará preguntas. A Gotthelf le viene una idea. Conoce a un farmacéutico alcohólico, venido a menos. Él tratará a Walter. Walter se siente complacido. Lo halaga el papel que le ha tocado desempeñar y la herida no le duele demasiado. Tiene que dormir. Antes recibe un aguardiente como mandan los cánones. «Un aguardiente siempre sienta bien», dice el sabio Gotthelf.

Son las tres de la madrugada. Konrad y Jonny, Hans y Fred ya están en casa. Jonny compartirá cama con Hans para que Walter repose tranquilo. Los chavales que no se alojan en casa de Gotthelf se despiden. Anneliese pertenece esta noche a Ludwig y va con él al albergue de la Grenadierstrasse.

Willi se convierte
 en Hermano de Sangre.
 Bautizo y examen de acceso
 al gremio.
 De dónde sale el dinero.
 El ladrón del resguardo
 del equipaje.
 El juicio
 de la pandilla.
 «Agradezco mucho
 la paliza.»

La modesta racha de suerte tras dos noches de nevada se ha terminado. La lluvia interminable y monótona golpea en el asfalto. Lluvia que ablanda los zapatos gastados hasta que el feliz propietario cree tener en los pies unos trapos esponjosos.

Willi Kludas está por la noche en la Hermannplatz de Neukölln y observa distraído la luz intermitente del anuncio publicitario de un oso pardo, grande como una fachada, que se enciende un cigarrillo y exhala placenteramente un humo formado de bombillas: Berlín fuma Juno.

Se acabó dormir en casa de Olga la silesia. Le había concedido un plazo de dos noches. Luego quiso cobrar, si bien a la manera para ella habitual. Y eso no puede ser, aunque sólo sea por su enfermedad. Ah, la enfermedad. ¡Que le tenga que ocurrir tal cosa! Y ya con la primera chica. A la tarde siguiente estuvo al acecho de Elly y le proporcionó las señas del Kölnischer Park. Mañana vendré por aquí. Si no me enseñas una tarjeta como ésta te denunciaré a la policía, la amenazó en tono insolente, y se fue. Un día después, por la tarde, Elly lo esperó con la tarjeta gris. Él solamente miró la tarjeta. A Elly no le prestó la menor atención. Nada para comer, ningún alojamiento y para colmo esta asquerosa enfermedad. ¡Mierda, maldita sea! Tiene que cargar con los medicamentos de un lado para otro. ¿Dónde los va a dejar? Dentro de tres o cuatro días se habrá librado usted del problema, le había dicho el médico el día anterior. Y el análisis de sangre tuvo un buen final. Pasados tres días, se enteró de que había dado negativo.

Si por lo menos cesara de llover. Sigue parado en el zaguán. Hasta que venga un guardia con preguntas. Allá enfrente, los bares llenos a rebosar. Qué suerte tienen los que están dentro. Pueden fumar Juno, beber y comer y descansar al calor. ¿Y qué tal si él entrase en el Braustübl y se colocara junto a una mesa alta? Con semejante aglomeración nadie se enteraría de que él no consume. Al menos podría secar los harapos y calentarse.

Cruza la calle en dirección al local. Se mete entre los parroquianos y va hacia el fondo, donde están los servicios. Luego retrocederá despacio hasta un sitio junto a una mesa alta, a poca distancia de la calefacción. Y además hay bastantes vasos vacíos. Hará como que acaba de vaciar el suyo y duda si pedir una jarra... En el servicio arregla un poco su aspecto. Se limpia la nariz en las perneras del pantalón y en la chaqueta. Pues sí que sale líquido... Bebe agua del grifo en la cuenca de la mano. Bebo mi jarra en el excusado, piensa. Regresa al local con aire flemático, haciendo como si poseyera algunas monedas de plata. Nadie se fija en él cuando ocupa un sitio. Tiene delante un vaso medio lleno de cerveza. ¿Se habrá ido el dueño? Decide esperar.

Aprieta el trasero contra la calefacción. Eso le sienta de maravilla. Pero al poco rato debe apartarse, pues la tela mojada despidе vapor como si la hubiera sacado de un caldero de la colada. Cerca de él unos parroquianos hacen burlas inofensivas sobre el vapor de Willi. Por mí podéis reiros, imbéciles. Tenéis para fumar y beber, y si os entra hambre podéis ir por una salchicha cocida al bufé. Y seguro que no os falta un alojamiento. No viene nadie a beber la jarra medio llena que está delante de Willi. El tipo se habrá largado. A lo mejor ha pimplado tanto que ya no le apetece más. Willi mira el reloj colocado por encima del bufé: van a dar las dos de la madrugada. A las siete podrá ir a la nave caldeada. Aún faltan cinco horas. La mesa se va vaciando. Willi decide finalmente que la cerveza ya sin sabor le pertenece. Hasta las tres podrá continuar allí sin que nadie se lo prohíba.

Un nuevo parroquiano, joven como Willi, entra en el local. Pide un vaso de cerveza y veinticinco cigarrillos al camarero apostado junto al barril, coge las dos cosas y se acerca a la mesa de Willi. Éste piensa en las veinticinco piezas del tipo. El desconocido bebe su cerveza, se enciende un cigarrillo y lanza una mirada fugaz a Willi. Los dos se miran. Maldita sea, ¿de qué conozco yo a éste?, se preguntan ambos. También a Willi le suena el tipo. Transcurren dos minutos. Cada cual hurga en el cajón de sus recuerdos a la busca de una respuesta a la pregunta: «¿De qué conozco yo a éste?». Los chavales se escrutan, pero ninguno se atreve a preguntar.

Hasta que el extraño se decide a dirigirle la palabra a Willi: «¿No nos conocemos?». «Creo que sí...», responde Willi. «¿Tú no estuviste en el correccional de H.?», vuelve a preguntar el extraño. Willi cae de pronto en la cuenta: «¡Ludwig! Tío, ¿qué haces aquí?». Ludwig también cae: «Willi, ¿no? Willi, de la sala 2, ¿no?». «¡Pues claro!» Dos prófugos de H. se han encontrado. Ludwig se escapó hace dos años. Willi hace apenas dos semanas. «Ostras, tío, ¡quién lo iba a decir!» «¿Nos sentamos?», propone Ludwig. «Estoy sin blanca, Ludwig», responde Willi. «No importa, Willi. Ven, yo tengo dinero.»

Encuentran una pequeña mesa para los dos solos. Ludwig entiende que estar sin blanca y tener hambre es exactamente lo mismo. Por eso se apresura a preguntar: «Entonces, ¿qué quieres comer, Willi?», y le pasa el menú. «Salchicha cocida o...» «La salchicha es buena idea. Algo bien caliente.» Él también echa un vistazo al menú. «Codillo y de primero sopa de guisantes», decide en lugar de Willi. Ludwig pide la comida para Willi y luego, para los dos, cerveza y coñac. Los ojos de ambos traslucen alegría. La alegría de haber encontrado a un compañero del mismo centro. La alegría de contar y escuchar cómo se escaparon. «Primero come», ordena Ludwig, y acto seguido empieza a narrar pormenores de su fuga de H. Y cuando Ludwig pregunta: «¿Te acuerdas de cómo el pequeño Heini y yo...?», y «¿recuerdas cómo el director...?», Willi, con las mejillas hinchadas de comida, sólo puede responder enérgico y confirmador: «¡Mmm... mmm... mmm!».

Y Ludwig prosigue el relato de sus viajes a la deriva hasta que llegó a Berlín, ciudad para él desconocida. De su vida de hambriento, de las noches pasadas en vagones de ferrocarril, en casas demolidas y edificios en construcción. De cómo vendía su cuerpo para no morir de hambre como el más miserable de los gatos. De sus pequeños robos para salir de apuros. Hasta que se integró en los Hermanos de Sangre. Y después refiere los sucesos de los últimos meses y el tiempo en la cárcel. Cómo se escapó del funcionario que lo acompañaba. «Y ahora figuro en el registro de la policía y me llamo August Kaiweit», concluye. Willi, por su parte, cuenta lo que le ha ocurrido durante las últimas semanas. Muchos episodios coinciden con las vivencias de Ludwig y de cientos de jóvenes que prefieren el hambre en libertad a saciarse a medias en el correccional. Para Ludwig está claro que Willi debe entrar en la pandilla. Tratará de convencer a Jonny de que Willi no necesita someterse al periodo de aprendizaje con ellos. Y Willi está dispuesto a aceptar esa oportunidad. Lo aterra volver a estar solo en el inmenso y despiadado Berlín. En compañía de camaradas todo se soporta mejor. Es hora de cerrar. Cogidos del brazo se dirigen los dos al ómnibus nocturno. De momento Willi dormirá en el alojamiento de Ludwig.

A la mañana siguiente, Willi es presentado en el Ruckerklause a la pandilla. Todos los chavales están presentes. También Walter. Aún lleva un vendaje en el antebrazo izquierdo y se siente como un héroe. Jonny observa de arriba abajo a Willi, lo estrecha a preguntas. ¿Pueden admitir en la pandilla a un desconocido del que nada se sabe, que quizá haya contado embustes? Descartado. Pero éste es un caso distinto. Ludwig se responsabiliza de Willi. Jonny no tiene nada en contra de que haya un nuevo miembro. Los chavales deben expresar su opinión. Si Ludwig considera que Willi lo merece: bien, será miembro del grupo. Mediante un apretón de manos cada cual saluda a Willi como Hermano de Sangre. Con la ceremonia de unos tragos compartidos queda sellado el nuevo ingreso.

¿Bautizo de la pandilla?, pregunta ansioso Walter, el héroe. Del bautizo no se libra nadie, por más que Willi haya sido dispensado del periodo de aprendizaje durante el cual habría sido degradado a limpiabotas de los demás. Todo el mundo ha de someterse a la prueba. Y si no supera el bautizo, que al mismo tiempo supone el examen de acceso al gremio, entonces habrá

que repetirlo una y otra vez hasta alcanzar el resultado deseable. Nadie que no haya superado el bautizo es digno de pertenecer a la pandilla como miembro permanente. En el caso de los Hermanos de Sangre, el bautizo consiste en consumir, en el espacio de una hora, cuatro veces el coito hasta el orgasmo, y ello en presencia de toda la pandilla y puede que de invitados. Ahora bien, debido a la enfermedad de Willi, el bautizo queda postergado hasta que el médico certifique que está sano.

Atardecer. La pandilla se ha reunido en el KellnerMax de la Linienstrasse. Ludwig y Willi están al llegar. Jonny divide a los muchachos en tres grupos que mañana deberán trabajar en unos grandes almacenes de la parte oriental. Mañana es fin de mes y habrá mucho ajetreo en las tiendas y en los grandes almacenes. Situación ideal para el robo de carteras. El cabecilla del trío agarra el monedero, se lo da enseguida a otro, que a su vez se lo pasa al tercero. De esta manera trabajan tres grupos en el establecimiento. Es lo que está haciendo la pandilla desde hace meses. En grandes almacenes, en los mercados semanales al aire libre y en los mercados cubiertos.

Por lo general, a los escuálidos monederos de las mujeres proletarias les toca pagar el pato. Basta con meter la mano en las mallas de la compra, en las cestas y bolsas. El dinero ya está allí muy bien puesto arriba del todo. La pasta de algún subsidio, el salario semanal, todo el sueldo del mes. La idea de robar carteras la propuso Fred a la pandilla, con resultados tan buenos que ahora todos manejan dinero de continuo. La cosa fue bien mientras Ludwig estuvo en la cárcel. El día en que reapareció, Jonny dio la orden terminante de ocultarle por el momento a Ludwig el origen del dinero. Jonny sospechaba que Ludwig no colaboraría así como así. Primero quería persuadirlo. Abastecerlo de dinero con el pensamiento de decirle en caso de que le entrara miedo: ¿qué esperabas? ¡Has aceptado el dinero que te hemos dado! Podías imaginar que no lo hemos ganado en la lotería. Conque no seas bobo y echa una mano.

Willi entra en el local. Excitado, sin Ludwig: «Tenéis que venir al Schmidt. Ludwig os está esperando. ¡Tiene al canalla que le endosó el resguardo del equipaje!». ¡Cojonudo! La excitación. Cuanto antes al Schmidt. Repartidos en grupos, caminan sin llamar la atención. Ludwig está sentado a una mesa, cerca de la banda de música. Jonny, Willi y Fred se sientan a su lado. Los otros se colocan cerca de la puerta. Por si al tipo se le ocurriera huir... Está sentado al fondo, con una chica. Un golfo de veinte años, vistoso traje deportivo, abrigo de calidad, impecable. «¿Seguro que es ése, Ludwig?», pregunta Jonny. «¡Sin la menor duda!» Jonny se dirige a la mesa. A su manera lacónica, autoritaria, íntima al elegante a venir con él a la parte de atrás.

En un rincón, Jonny señala a Ludwig, allí presente. «A mi colega lo conoces, ¿verdad?» «¿Qué queréis? No sé quiénes sois», responde el desconocido. Ludwig reconoce su voz. «¿Ya no te acuerdas de mí?... Estación de Stettin... Resguardo de equipaje...», dice Ludwig lentamente. El elegante se vuelve rojo y pálido. Luego se escuda en el descaró: «¡Ah, tú eres el pícaro! ¡Te largaste con la maleta!». Rápido y potente, el puño de Jonny impacta bajo su barbilla. «Ten cuidado, colega. Aquí, mi amigo, ha pasado más de ocho semanas en prisión preventiva por tu culpa y le han caído cuatro meses de cárcel. Puedes elegir lo que prefieras, o bien hacemos venir un furgón verde y te denunciamos, o vienes muy formalito con nosotros. Hay que arreglar la cosa, ¿no te parece?»

El elegante se apoya inseguro y pálido en la pared. «Con vosotros, ¿adónde?» «Eso a ti no debe importarte. No te vamos a matar. Dile a tu puta que tienes un asunto pendiente y nos acompaña.» El tipo se acerca a la muchacha. Jonny y Fred esperan delante de la puerta. «¿Adónde lo llevamos, Jonny?» «A la cabaña de Ulli, Koloniestrassen.» Fred se adelanta con un taxi para localizar a Ulli. El elegante camina entre Jonny y Ludwig. Los otros Hermanos de Sangre van detrás a cierta distancia.

Cuando llegan al lugar de la cabaña, ya está todo preparado para someter a juicio al canalla. Ulli, el chicarrón, ha llegado con algunos de sus muchachos. Para evitar sorpresas, montan un puesto de vigilancia. Ulli, el imparcial, actúa de juez. Jonny es el fiscal; Ludwig, el testigo de la acusación. El acusado toma asiento sobre la misma caja de naranjas que hace un tiempo, con ocasión del cumpleaños de Ulli, sirvió para colocar en ella las botellas de aguardiente. Heinz

ejerce de abogado. El acusado declara llamarse Herrmann Plettner. El juez Ulli le pregunta de qué vive. «No os importa.» «¿Has estado en el correccional?» «¡Dejadme en paz con vuestras bobadas!» Ludwig cuenta ahora pormenores de lo sucedido. Cómo Herrmann le habló delante del Aschinger, le dio el resguardo del equipaje y un marco, y cómo él, Ludwig, fue detenido. El acusado tiene la palabra: «Yo no sabía que el resguardo hubiera sido robado. Me lo encontré».

Habla el fiscal Jonny: «Un indecente bribón... Tenía que haber dicho que el papelito era robado y él estaba dispuesto a compartir con Ludwig los beneficios. En tal caso habría sido un asunto limpio. Así las cosas, tenemos a un canalla demasiado cobarde para sacarse por su cuenta las castañas del fuego; que prefiere, a cambio de un miserable marco, aprovecharse de un inocente, dándole a entender que el resguardo era de su propiedad. Un pillito que no merece clemencia. Castigo: veinticinco azotes en el culo con la fusta de adiestrar perros. Si el acusado no acepta la pena, lo entregaremos inmediatamente a la policía...». Herrmann Plettner se ha levantado de un salto al escuchar la petición del fiscal. El abogado Heinz puede alegar tan sólo la posibilidad de que Herrmann hubiera tal vez encontrado el papelito. «Robado o encontrado, habrá azotes. En cualquier caso, el tío asqueroso engañó, sabiendo seguramente que a Ludwig podrían pillarlo!», interviene Jonny.

El juez Ulli se va fuera a deliberar. A su vuelta a la cabaña, el acusado está llorando. Sentencia: entrega a la policía o veinticinco azotes. Cada diez golpes habrá un descanso de diez minutos. El castigo se ejecutará al instante. Herrmann Plettner yace acurrucado en un rincón y llora y gimotea. «Entonces, ¿qué? ¿Policía o leña?», pregunta Jonny impertérrito. El condenado se acerca de rodillas a Jonny, a Ludwig, a cualquiera que se interponga en su camino: «Por favor, por favor, dejad que me vaya... Os doy... mi reloj y mi dinero... Más de veinte marcos... ¡Dejad que me vaya!». «¿Policía o leña? Venga, rapidito.» Sollozos, súplicas, gemidos, pero ninguna contestación. «Bueno, entonces a la policía. Ludwig, acompáñanos», decide Jonny. «No, no... Pegadme.» Así pues, leña.

Empujan la caja de las naranjas hasta el centro de la cabaña. ¿Quién es el verdugo? Ludwig, ¿tú? Ludwig se apresura a declinar. Fred se presenta voluntario, se quita el abrigo y la chaqueta y empuña la fusta de cuero. «¡Abajo los pantalones, Plettner!» El condenado debe tumbarse sobre la caja. Dos chavales le sujetan las piernas; otros dos aprietan su cabeza contra los pantalones, que ya se ha quitado y están hechos una bola, para ahogar sus gritos. El primer golpe restalla sobre la carne desnuda. Su cuerpo se revuelve de tal manera que los cuatro ayudantes tienen que sujetarlo con mucha fuerza. Apenas suenan como gárgaras los gritos atrapados en la bola de tela. Un golpe sigue con rapidez a otro. Jonny lleva la cuenta, frío y despiadado. Ludwig mira a otra parte. Los primeros diez golpes.

Diez minutos de descanso. Plettner yace junto a la caja. Marcas de color rojo se hinchan en sus nalgas. «Por favor, por favor... ya basta...», vuelve a gemir. «Sigamos», ordena Jonny. Los siguientes azotes rajan la piel tensa e hinchada por encima de las marcas. La sangre salpica, baja por los muslos. Feroz, sin reducir lo más mínimo la violencia de los golpes, consume Fred la segunda ronda de azotes. El trasero está cubierto de sangre. Plettner, libre de sujeción, yace inmóvil sobre la caja. «Agua», ordena Jonny. Vacían medio balde en la cabeza de Plettner y le lavan la sangre. «Jonny, acaba», ruega Ludwig. Ulli debe decidir si Plettner recibe o no los cinco golpes restantes. «Deja que se vaya.»

De momento no hay posibilidad de que se marche. Lo ponen de pie. Se desploma. Alguno debería ir en busca de aguardiente. Colocan pañuelos mojados en la carne viva del trasero. Luego le ponen al condenado el pantalón. Yace bocabajo y lanza gemidos débiles, apenas audibles, como un niño pequeño. Un trago de ron lo reanima. Jonny le dirige la palabra: «Te perdonamos los últimos cinco azotes. Puedes darle las gracias a Ludwig. Para nosotros el asunto está liquidado. Si eres listo, considéralo también liquidado. Ya sabes que estás en nuestras manos».

«¿No debería agradecer la tunda?», pregunta Fred, aún insatisfecho. «Sí, que agradezca. Hay que guardar el decoro», añade Ulli. A Herrmann Plettner no le queda más remedio que dar las gracias. Cojeando, se llega hasta Ulli: «Yo... agradezco». «Nooo, amiguito. Tienes que decir: muchas gracias por la paliza.» Plettner vuelve a empezar: «Yo agradezco... mucho... la... paliza».

Fred supera a todos al obligar a Plettner a besar la fusta pringada de sangre. A continuación, dos chavales flanquean a éste y lo acompañan a la Koloniestrasse. Lo ven caminar apoyándose a cada paso en las vallas y cercados... El tribunal de la pandilla ha tomado venganza sangrienta de su ruin fechoría.

La pandilla va a trabajar.
 398,40 marcos en una hora.
 Willi y Ludwig desaparecen.
 Dos esmóquines con forro
 de piel y el Silhouette.

Jonny habla aparte con Ludwig y Willi. «Esta tarde pensamos ir a trabajar. Vosotros miraréis cómo lo hacemos. Tú, Ludwig, irás con el grupo de Fred, y tú, Willi, vendrás conmigo. Hoy sólo debéis mirar, estar atentos y aprender.» Ludwig sabe por fin de dónde sale el dinero. ¡Robo de carteras! Ludwig ya no tiene ocasión de conversar a solas con Willi. Los dos guardan silencio sobre las revelaciones de Jonny. Hoy les toca desempeñar un papel pasivo. Ellos no se prestarán a un robo alguno. Así lo piensa cada uno por su parte y desea decírselo al otro.

De camino hacia el Sector Este, la pandilla se separa en la Alexanderplatz. Cada grupo va por su lado. Ludwig sigue a Fred. Willi camina detrás de Jonny. El grupo de Fred trabaja en la planta baja de los grandes almacenes, el de Jonny en el departamento de comestibles, y Konrad y Hans en los ascensores. Ludwig observa cómo Fred se abre paso hasta un puesto de saldos rodeado de mujeres. Los otros dos van detrás. Fred es empujado hacia las mujeres. Aprovecha esos segundos para deslizar la mano dentro de una bolsa de hule. Un pequeño monedero viaja a gran velocidad de Fred a la mano de Georg y de éste a Erwin. Fred se marcha. También Georg, también Erwin.

La suave sacudida al ponerse en marcha el ascensor es aprovechada por Konrad para echarse sobre una mujer. Le pide disculpas. A espaldas de la señora, su mano entrega una pequeña cartera a otra mano...

Jonny logra hacerse paso hasta un puesto en el que venden gansos congelados. Los productos son tan baratos que en rededor la gente se aprieta y empuja. Los ojos de las compradoras están fijos en los gansos. Una mano comprueba la calidad. Las bolsas y mallas cuelgan aprisionadas entre los cuerpos. Un juego de niños, piensa Jonny, al tiempo que entrega un monedero a su compinche. Después de cada hurto, los grupos deben dirigirse sin demora a un nuevo departamento. Sólo se trabaja por espacio de una hora en los grandes almacenes. Tras lo cual, todos se marchan en busca del padrino de la pandilla, en la Badstrasse.

La pandilla está reunida en la habitación trasera, sin ventanas, y hace recuento del botín. Enseguida pegan fuego a cinco monederos y tres billeteras pequeñas. En una billetera, un botín gordo: cuatro billetes de cincuenta marcos. En las otras dos, en total, noventa marcos. Los cinco monederos contienen entre todos ciento ocho marcos y cuarenta céntimos. También queman sellos postales, recibos de empeño y otros documentos. El botín obtenido en el transcurso de una hora: ¡trescientos noventa y ocho marcos y cuarenta céntimos! Ludwig y Willi permanecen rígidos en sus asientos. Sus caras se esfuerzan a duras penas por exteriorizar la misma alegría que los demás. Pero sus ojos traslucen miedo, horror. «Ludwig y Willi, ¿qué? Trabajo chupado, ¿no creéis?», pregunta Jonny. «Si no fuera por mí, los dos seguiríais sin blanca», se jacta. Gotthelf recibe su parte del botín: veinte marcos. Cada chaval, treinta marcos. El resto lo administrará Fred, el cajero. Ludwig y Willi se embolsan el dinero. Rechazarlo supondría una pura y simple traición, y los dos correrían la misma suerte que Herrmann Plettner.

Deciden volver a reunirse a las diez de la noche en el Auto-Topp. Anneliese acudirá también a la cita, lo que augura una velada divertida. Cada cual puede hacer hasta entonces lo que le apetezca. Dinero no les falta.

Ludwig y Willi toman asiento en un bar y deliberan. ¿Qué podrían hacer? Pedir a la pandilla que deje de cometer robos no sirve para nada. Ninguna pandilla entiende otra cosa que «o estás con nosotros o contra nosotros». ¿Con nosotros? «No, Ludwig. ¡Yo no voy a participar!» «¡Yo tampoco, Willi!» ¿Contra nosotros? Tampoco. «Haced lo que os dé la gana. Pero sin nosotros, ¿eh, Willi?» «Sí, Ludwig. Pero ¿cómo?» «Bueno, pues nos largamos de la pandilla.» De nuevo solos. ¿De nuevo solos en Berlín? Willi piensa en las noches y días horribles sin hogar, mortificado por el hambre. Ahora al menos tiene a Ludwig. Entre dos es más fácil superar las

dificultades. «¿Y los treinta marcos? ¿Los devolvemos o nos los quedamos? —pregunta Ludwig. Él mismo responde—: Si devolvemos el dinero, estaremos en la ruina.» «Es mejor que nos lo quedemos... —dice Willi despacio y en voz baja—. A fin de cuentas, las mujeres no lo van a recuperar.»

Optan simplemente por desaparecer. La pandilla creerá que los han detenido. No en vano la policía anda buscándolos. Asimismo están decididos a renunciar a su alojamiento en la Grenadierstrasse. Antes de nada la pandilla irá allí a preguntar. Las pocas pertenencias que guardan en la habitación tendrán que abandonarlas, pues si se las llevan Jonny se barruntará lo que ha pasado. «Debemos marcharnos a toda costa de la zona de Münze, Willi, donde somos demasiado conocidos.» «Sí, pero ¿adónde?» Seguro que su determinación no les causa alegría. Demasiadas veces les ha tocado vivir tiempos en los que no tenían un céntimo en el bolsillo. Pero, por otro lado, tampoco los seduce la idea de ir a trabajar con la pandilla. Para eso mejor entregarse a la policía. Está clarísimo que un día de éstos la pandilla será detenida. «Y además, Willi, pronto serás mayor de edad. Los del correccional ya no podrán hacerte nada. Entonces podrás decir en todas partes: soy Willi Kludas, dadme papeles y un subsidio... Conmigo no es así. Acabo de cumplir diecinueve. A mí todavía pueden encerrarme durante dos años. Si no tengo nada, prefiero robarles a los ricos. La pandilla, en cambio..., roba a personas que no tienen mucho. Ya has visto que en una de las carteras había una tarjeta de desempleado. Ahora a esa gente le tocará pasar hambre...»

Sentados ante sus respectivas cervezas, no cesan de cavilar. ¿Carecer de papeles válidos, ser buscados por la policía y no meterse en líos? Nadie, Ludwig y Willi, ha logrado hasta la fecha semejante proeza. ¡Aún tendría más mérito tratar de llevar sin sello ni firma oficiales una vida conforme a las cláusulas de la ley! Volved a los centros de donde os escapasteis. Arrepentíos y aceptad la coacción. Dejad que os hagan la vida imposible y que de vez en cuando os sacudan una bofetada hasta que hayáis cumplido veintiún años de edad. Entonces se considerará con indulgencia...

Ludwig y Willi vagan por entre la riada de transeúntes y las luces de la Tauentzienstrasse. Sienten como si estuvieran en una ciudad desconocida. Para ellos, Berlín se reducía a la zona de Münze y la estación de Silesia. Jamás se les había pasado por la cabeza llegarse a la parte occidental. Hasta ahora su hogar han sido las calles grises y el primer patio interior y el segundo y los siguientes. Aquí, en serio, aquí están en el extranjero. En un lugar extranjero en el que, según todas las apariencias, reinan la riqueza y la alegría. La gente viste flamantes atuendos, como si hoy fuera un día importante de fiesta y no un miércoles cualquiera. Las tiendas semejan palacios en los cuales su majestad, el cliente, busca aburrido alguna que otra costosa pequeñez. Y las mujeres. Las damas. Cada una, lo que se dice cada una, va vestida con tanto lujo, huele tan bien, es tan hermosa. Incluso los perritos, que las damas estrechan contra sus prendas de piel o llevan dando saltitos a su lado, están vestidos con bellos chalecos de colores y tienen collares brillantes. Y un perro, un perrito, una diminuta bola de lana blanca, llevaba auténticos botines de charol en sus cuatro patas. «¿Has visto eso, Willi?»

Un rico, bello lugar extraño. ¿Qué puede significar, después de todo, una pareja de mendigos? Ninguno de ellos es de la zona. Está claro que han venido del otro Berlín, de algún sótano maloliente o de algún edificio con patio cochambroso, a mendigar por estas calles. El otro Berlín... Aquí seguro que no hay albergues como el de Olga la silesia. Y chavales como ellos casi no se ven tampoco. Y si se ve alguno es porque ha venido a prostituirse. Algunos llevan ropa nueva. Si uno camina detrás de ellos, verá que sus zapatos no tienen las suelas desgastadas. El cuero limpio y nuevo brilla entre el tacón y la planta. Sus pantalones son anchos y están planchados a raya. Y cómo huelen los chavales... A polvos y perfume. Seguro que ganan un montón de dinero...

Tales son los pensamientos de Willi y Ludwig en el momento de instalarse en el otro Berlín, en el occidental. Han decidido evitar por ahora el Alex y la estación de Silesia, su territorio, en la esperanza de no toparse con los Hermanos de Sangre. Hacía cuatro años que Willi no pisaba la parte occidental. Y Ludwig no había visto nunca antes la Tauentzienstrasse. Algunas veces había

llegado tan sólo hasta el Bülowbogen. Ahora están en la Kurfürstendamm, esquina Joachimsthaler Strasse, y contemplan el prodigio; ven pasar la interminable hilera de automóviles, observan los juegos pirotécnicos de los anuncios luminosos, que se mueven como locos, y consienten con paciencia que la gente los empuje y aparte a un lado. Frente a la estación del zoo, en un bar sin mesas, comen de pie una salchicha cocida y beben un vaso de cerveza. Luego siguen callejeando. Sin rumbo, de aquí para allá, hasta llegar de nuevo a la estación del zoo. Se quedan parados bajo el reloj. «¿Qué hacemos, Ludwig? Van a dar las doce.»

Dos señores de cierta edad, vestidos con prendas de piel, observan a Willi y Ludwig, y tras hablar el uno con el otro, se acercan a ellos. «Buenas noches, jóvenes.» Willi y Ludwig se llevan un sobresalto. ¿Policías? Qué va. Éstos huelen a perfume. «¿Qué, guapitos, aún no habéis encontrado ligue?» Willi y Ludwig se miran: éstos se piensan que hemos venido a prostituirnos. «¿No os apetece acompañarnos a tomar un aguardiente?», sigue preguntando sin inmutarse uno de los señores. «Acompañarlos ¿adónde?», replica finalmente Ludwig con otra pregunta. «Santo Dios, a cualquier sitio que sea agradable...» «Al Silhouette», se le ocurre de repente al otro. «No conocemos ese local», también Willi abre la boca. «Bueno, ¿queréis? Ya os guiamos nosotros.» «Está bien. Podemos beber un aguardiente, ¿no crees, Willi?» «Bueno, de acuerdo.»

En la Geisbergstrasse. Los dos chavales son conducidos hasta una puerta. Al apartar la cortina que protege del viento, reculan un paso y sienten deseos de marcharse. «¿Qué os pasa, jóvenes?» Ludwig murmura algo relacionado con ropa de trabajo..., mal vestidos..., un local tan elegante... «¡Bobadas!» Entran en el local y son recibidos por un empleado con esmoquin. «Aquí tienen el guardarropa.» Los señores se quitan sus prendas de piel y también ellos están ahora vestidos con esmoquin. El encargado de recibir a los clientes se ocupa del abrigo de Ludwig y observa desconcertado su chaqueta desgastada y el pantalón arrugado. A Willi no hace falta despojarlo de abrigo alguno. Su cazadora la lleva ahora otro y su traje se estropeó por completo en los bajos del expreso Colonia-Berlín. Willi se ruboriza y se cubre el cuello desnudo con la mano. Pero ni los dos caballeros, ni el encargado de la recepción, ni los no menos elegantes huéspedes, se escandalizan poco ni mucho por la indumentaria de los chavales. Antes al contrario, una y otra vez dirigen a Ludwig y Willi miradas amistosas.

Cada señor con esmoquin coge del brazo a un muchacho y lo conduce a un pequeño reservado. Mientras los dos elegantes se ocupan de la elección de las bebidas, los chavales observan el ambiente. El Silhouette es pequeño e íntimo. Todo relumbra en un rojo perturbador. En la parte delantera, un mostrador y mesas; en la trasera, a izquierda y derecha, un reservado al lado del otro. Rojo resplandece el revestimiento de la pared; rojas, las blandas alfombras; rojas, las pantallas de las lámparas. Una atmósfera sensual, acentuada por la música. Señores con elegantes americanas y esmóquines; damas con vestidos de noche que dejan sus brazos y la mitad de sus pechos al descubierto. Una atmósfera sobrecalentada de erotismo pervertido. Ojos de mujer que anhelan miradas de muchacha, varones que se encienden con la carne masculina. Ninguna palabra dicha en voz alta, ninguna risa desatada. Se dijera que flota en el aire una especie de sustancia explosiva.

Las rudas maneras juveniles de Willi y Ludwig han despertado la atención de más de uno, cuyo apetito, cansado de los cuerpos lavados y siete veces ungidos, arde por el manjar menos limpio, pero más recio, de los jóvenes proletarios. El camarero, el señor camarero, ha servido con su porte distinguido un aguardiente de aroma penetrante en unos cuencos irisados, provistos de un asa. Trae cigarrillos. Diez céntimos, leen los chavales en el precinto. El aguardiente corre como aceite abrasador por la garganta. El segundo y el tercero acaban con las inhibiciones. Willi y Ludwig se tutean con los dos del esmoquin y les cuentan travesuras de su época en el correccional.

Horas antes, Ludwig y Willi pensaban, al ver a los jóvenes elegantes que se prostituyen en la Tauentzienstrasse: van con señores a un hotel fino y se meten en camas blancas... Tres de la madrugada. Delante de un hotel privado, en una calle lateral de la Kurfürstendamm, se detienen dos taxis. Los dos del esmoquin y ambos chavales, ebrios y apáticos, entran en el hotel. La primera noche de Ludwig y Willi en la parte occidental de Berlín. El camino de Berlín Norte y

Este a Berlín Oeste suele llevar a menudo a las sábanas blancas de un hotel privado...

Berlín Oeste no
es para nosotros.
Señores con muebles.
«¿Tiene usted calzado viejo
para vender?»
Todo menos volver
con la pandilla.

Hacia el mediodía, unas quejas despiertan a Willi y a Ludwig. Tras la puerta, la voz de tiple de una mujer gruesa insta a los cochinos a abandonar de una vez la habitación. Poco a poco los chavales van cayendo en la cuenta de dónde están. En las camas blancas de una pensión de paso. Los distinguidos señores se marcharon pronto. Cada uno dejó un billete de veinte marcos. ¡Los distinguidos señores! Al mismo tiempo que de sus esmóquines forrados de seda se desprendieron de su distinción. Lo que quedó fueron dos hombrecillos cascados, de pecho estrecho. Sus billeteras les permiten comprar personas jóvenes, sanas, si bien desnutridas. Willi y Ludwig recuerdan pormenores de la pasada noche. «¡Puaj, qué asco!», dice Ludwig. «Sí, dan ganas de vomitar. Nunca más...»

Se visten. La patrona del burdel entra en la habitación sin prestar atención a los chavales. Examina la cama, el interior del armario. Inspecciona todo el puñetero inventario de la habitación. «Lástima que haya venido usted. Planeábamos llevarnos el ropero», dice Ludwig con descaro.

A mediodía comen en el Aschinger. Cada uno posee cerca de cincuenta marcos. «Oye, Ludwig —empieza Willi—, aquí yo no aguanto. ¿Dónde vamos a dormir? ¿No es mejor que volvamos al norte?» «Pero, hombre, ¿adónde? La pandilla está en todas partes.» «¡A Neukölln!», se le ocurre a Willi. «¿Neukölln? Sí, a ese sitio Jonny suele ir poco. Claro, vamos allí. La Kurfürstendamm no es para nosotros.»

Se paran a reflexionar en la cantina de los grandes almacenes de la Hermannplatz. ¿Qué podríamos hacer con nuestro dinero, en total cien marcos? ¿En qué trabajo lo podríamos invertir como capital de empresa? Puesto que tenemos y deseamos trabajar. ¡De buena gana! Todo menos volver con los Hermanos de Sangre y robar a las mujeres trabajadoras. ¿Comerciamos? ¿Con cuchillas de afeitar, con plátanos, con periódicos, con quitamanchas? ¿Vendemos en los mercados callejeros corbatas a treinta y cinco céntimos, o encajes y medias? ¿Qué, cómo? Siempre topamos con el mismo obstáculo insalvable: ¡no tenemos papeles! Cualquier guardia podría detenerlos por venta ilegal. «No, Ludwig, esto no va a funcionar.» «Pero entonces qué haremos cuando nos hayamos comido los marcos. Entonces, ¿qué, Willi?» «Entonces vuelta a empezar con la vieja vida de mierda...» Suena como si hubiera hablado un candidato al suicidio a quien, poco antes del último aliento, le hubieran cerrado la llave del gas. «Willi, qué bonito sería no tener miedo del correccional..., tener papeles válidos...»

Los dos se quedan callados. A su alrededor, el ruido de la atestada cantina. Gente con premura toma una bebida. El borde de la taza cerca de la boca, se les ocurre de repente: ¡Aún debocomprar botones de presión! O: ¡August quería comer cangrejos con gelatina! La taza tintinea sobre el platillo y la persona echa a correr hacia el ascensor. Pero también hay gente sentada que dispone de mucho tiempo. Ese tiempo es de hecho lo único que poseen. Por aquí no da vueltas ningún camarero ansioso de hacer caja. Aquí uno cuya vivienda es un tugurio frío y oscuro puede pedir un café barato y ocupar un asiento durante seis, ocho horas.

«Oye, Willi —interrumpe Ludwig, vacilante, el silencio—. ¿Sabes lo que podríamos intentar? He hablado con algunos que también lo han hecho y ganan bien.» «¿Qué, pues?» «Escucha, Willi: cogemos un saco. Tú un saco y yo otro. Después vamos por las casas, de puerta en puerta, y decimos: buenos días. Pagamos hasta dos marcos por botas y zapatos viejos. ¿Tiene usted algunos para vender? Y luego, cuando nos los enseñen, decimos que perdemos dinero, que siempre perdemos dinero, y les damos diez céntimos o veinte por los calcos. Y cuando los sacos estén llenos, limpiamos y lustramos todos los zapatos y botas. Puede que hasta podamos arreglar

los tacones con retales de cuero o clavar parches en las suelas. Una vez que lo tengamos todo preparado les vendemos el género a los traperos.» Ludwig calla y mira fijamente la cara de Willi. «Bueno, ¡di algo! ¿Qué opinas?» «¿Crees de verdad que conseguiremos vender trastos viejos?» «¡Los venderemos!», afirma Ludwig con aire de triunfo. «Vamos, hombre. ¿Tú crees que los parados pueden comprarse zapatos de charol de Salamander? ¡No les queda más remedio que llevar esas viejas porquerías!» «¿Y cómo encontramos un cuarto para dormir y arreglar zapatos?», pregunta Willi. «Sí, un alojamiento. Sin papeles. Bueno, yo tengo algunos a nombre de Kaiweit, pero no se los puedo enseñar a la policía...», responde Ludwig.

Va para medio año que la pensionista Frieda Bauerbach colgó el letrero: se alquila habitación a 1 o 2 caballeros. Razón en Bauerbach, patio 1, sótano izquierdo. «¿Entramos, Willi?» «Al menos podemos intentarlo.» A ningún rayo de sol le fue dado jamás penetrar hasta el sótano-vivienda de la viuda Bauerbach, y sólo mediante un refinado sistema de espejos cabe la posibilidad de hacer que la luz del día envíe a dicho sótano unas hebras débiles de claridad. Tras la llamada con los nudillos, una sesentona cordial abre la puerta. «¿Vienen por la habitación?» «Sí, para mí y para mi hermano», responde Ludwig.

La habitación del fondo es grande y tiene asimismo una ventana grande. Las vistas: un rincón donde se acumulan escombros en abundancia. Inventario de la habitación: dos camas de hierro, una mesa, un armario, tres sillas y un lavabo. En el rincón más oscuro se avergüenza un feísimo sofá de felpa. Precio para dos personas: diez marcos semanales, café incluido, excluidos los bollos de pan, la calefacción y el consumo de gas. Los hermanos Ludwig y Willi intercambian una mirada interrogativa. «Alquilamos la habitación —dice Ludwig—. Nos llamamos Kaiweit. Él Willi y yo Ludwig. Mañana iremos a registrarnos a la policía. Y ahora escuche usted, señora. Nos dedicamos al comercio. Compramos calzado viejo y lo vendemos. Y cada día traeremos un saco lleno y limpiaremos aquí los zapatos. ¿Está usted de acuerdo?» La señora Bauerbach se muestra conforme. Incluso pone a disposición de los inquilinos un oscuro trastero en el que pueden limpiar y guardar el calzado. «Los negocios son los negocios. Lo importante es que sean honrados», dice la señora Bauerbach con gravedad de sacerdote. «Tome aquí el pago de la primera semana. Aún tenemos que traer nuestras cosas.» Reciben las llaves y la señora Bauerbach sale a la calle con una silla para retirar por fin el letrero.

«¡Venga, al tajo, Willi!» Van de compras. Primero los sacos. Sólo cuestan treinta céntimos. Después latas grandes de betún, diversos cepillos y cordones. Un par de libras de retales de cuero, un trípode, diferentes tipos de clavos y martillos y tenazas. Lo que necesita un zapatero remendón. Para sus propias necesidades, algo de ropa interior barata, artículos de higiene y algunos comestibles, de manera que sólo tengan que ir a comer al bar a mediodía. Lo meten todo en dos grandes cajas marrones de cartón. Después van a casa. A casa... Qué bien suena... Tienen un hogar en la Ziethenstrasse, en Neukölln.

La señora Bauerbach, mientras tanto, ha adecentado la habitación. Cubre el respaldo y los reposabrazos del sofá con mantelitos de ganchillo; delante de las camas coloca esteras semejantes a mosaicos de remiendos y, por todas partes, figuritas recién desempolvadas. Se ha ocupado incluso de ponerle un manguito incandescente nuevo a la lámpara de gas. Y si los señores («¿Has oído, Willi? Señores») desean algo, una taza de café o de té, la señora Bauerbach la preparará con gusto. Felices, con las mejillas ardientes, están los dos chavales en su habitación. Sí: ¡en su habitación! No en la sala con camas del correccional, no en el albergue, no: ¡igual que señores en una habitación amueblada! Sacan lo que han comprado; llevan al trastero, su taller, los instrumentos de trabajo y el cuero. También aquí ha hecho la señora Bauerbach el donativo de un manguito incandescente para una lámpara oxidada. Willi va en busca de un quintal de briquetas de carbón y leña, y pronto la estufa cerámica irradia calor.

Encienden la lámpara. Acercan la mesa al sofá. Y la señora Bauerbach les trae el café que ellos habían solicitado para la cena. El café despide vapor dentro de una robusta jarra marrón. También les ha traído la señora Bauerbach tazas y cubiertos. Y ahora llega el momento solemne en que Willi y Ludwig toman asiento en el sofá para atacar la cena. Nada de bollos resecos y cerveza como en el bar. No, una auténtica cena en casa. Los dos se miran sin decirse una palabra.

Es un momento verdaderamente grande. Después de toda la miseria, de todas las privaciones, tienen un hogar... No bien han comido, se acomoda cada cual en un extremo del sofá. Fuman un cigarrillo y planean el recorrido de mañana. El recorrido inaugural como compradores de botas. La señora Bauerbach regresa con un despertador. Lo ponen a las ocho y se van a dormir.

Al día siguiente, a las nueve, se colocan bajo el brazo los sacos enrollados y, en la Oficina de Correos, se aprovisionan de dinero suelto por valor de diez marcos. Un comerciante debe llevar consigo monedas. A los clientes les gusta que se les pague en el acto. Todas las calles a la izquierda de la Berliner Strasse serán su zona de trabajo. Por el camino ensayan la cantilena: «Buenos días. Pagamos hasta dos marcos por la compra de zapatos viejos. ¿Tiene usted algunos para vender?...».

¿No es buena señal que a la primera ama de casa le hayan comprado un par de zapatos de caballero, de color marrón y negro? Después de regatear un poco, Ludwig ha pagado sesenta céntimos. Al saco con los calcos. Acá no les abren, allá un ojo suspicaz los escruta por la mirilla. En otro lugar, una familia al completo rastrea por los rincones y recovecos de la casa en busca de calzado viejo. A cambio hay dinero al contado. Y el dinero es un artículo infrecuente en el distrito proletario de Neukölln. Transcurridas dos horas, tienen nueve pares de zapatos por los que han pagado dos marcos y ochenta céntimos. Incansables, suben y bajan escaleras: «Buenos días. Pagamos...». Pagamos, una palabra mágica. A las dos de la tarde están los sacos llenos. Los chavales ya no saben cuántos pares han juntado. Han pagado por todos ellos alrededor de ocho marcos.

A casa, a donde mamá Bauerbach. Los sacos, al taller; luego, rápidamente, a almorzar en un local y por último a clasificar, reparar y limpiar. Los dos chavales se sienten como en un estado de fiebre. Se tragan la comida de cincuenta céntimos, fuman un cigarrillo de camino a casa. Se ponen delantales confeccionados con sacos y entran en el taller. Revueltos y con ruido caen los zapatos al suelo. Los pares fueron atados por los cordones en el momento de la compra. En primer lugar apartan los que necesitan reparación. Ludwig coloca ordenadamente los clavos y las herramientas, y comienza con los arreglos. Aquí un parche en el tacón, allí otro en la punta de la suela. Willi se encarga de limpiar y lustrar. Trabajan sin levantar la mirada, hablando poco. De vez en cuando, una calada al cigarrillo. A las ocho de la tarde han formado una hilera de veintidós pares de zapatos y siete pares de botas. Limpios, brillantes, mejor o peor arreglados. Ludwig y Willi recorren la fila; cada par recibe un número que luego es consignado en una lista donde figuran los precios exigidos por el comerciante. Según esto, los veintinueve pares reportarían un total de veintiún marcos y cuarenta céntimos, con una ganancia de entorno a los trece marcos. «Ya veremos si lo conseguimos», dice Willi, lacónico. Planean dedicar al día siguiente sólo tres horas a la venta. Para primera hora de la tarde tienen que haber vendido los veintinueve pares a comerciantes de la Linienstrasse, Grosse Hamburger Strasse, Acker y Auguststrasse. Tendrán mucho cuidado de no toparse con algún Hermano de Sangre. Tras la cena se meten cansados en la cama.

Linienstrasse, tramo entre la Neue König y la Prenzlauer Strasse. Un trapero al lado del otro. Todos comercian con calzado viejo. Ludwig da un tropezón en un sótano. Willi espera arriba con los sacos. «¡Baja!», grita Ludwig desde abajo. Vacían los sacos delante del mostrador y el comerciante aparta lo que le conviene. Once pares le parecen adecuados. ¿Precio? Ludwig mira los números, los busca en la lista: «Los once pares, todos juntos..., todos juntos..., ocho marcos con veinte». El comerciante examina cada zapato, cada bota; dice que perderá dinero, como decían los chavales cuando compraban. Ofrece siete marcos. Siete marcos y cincuenta céntimos quiere Ludwig y es lo que al final recibe. Está hecho el primer negocio. Acuerdan con el comerciante que lo visitarán regularmente. Fuera, Ludwig se alegra: «La ganancia es buena. ¡Treinta céntimos sobre el precio de la lista!».

El segundo comerciante pone mayores reparos, pero al final se queda con cinco pares por tres marcos. «Tampoco está mal», sonríe Ludwig en la calle. En el puesto del siguiente ocurre que «papá está ahora en el barbero», y otro pretende pagar un precio infame. «Lo siento, señor —se opone Ludwig—, a buena mercancía, buen precio.» En la Grosse Hamburger Strasse, una

comerciante se queda con el resto. Trece pares. Doce pares pagados, uno de regalo. Ella no quiere comprar trece pares. Eso traería mala suerte a su casa. Así y todo, paga bien los doce pares. Doce marcos. Los chavales enrollan los sacos vacíos y sin pérdida de tiempo abandonan la zona peligrosa. En el ómnibus hacen recuento de sus ingresos: ¡veintidós marcos y veinticinco céntimos! Restado el gasto de ocho marcos, queda una ganancia de catorce marcos y veinticinco céntimos. «Ganados en un día, Willi. Ganancias reales.» Se toman un descanso al tiempo que beben un vaso de cerveza y construyen castillos en el aire. Luego reanudan el trabajo. Hay que arreglar la cosecha de hoy, reunida en el curso de tres horas: doce pares.

La señora Bauerbach pregunta por el certificado de la policía, lo cual basta para que se les hunda el ánimo. ¿Habrán olvidado en serio durante un día que son prófugos de correccional buscados por la policía? Compran los impresos, los rellenan con datos inventados y la señora Bauerbach los lleva a la administradora del edificio para que los firme. Ella agradece que los dos hermanos la dispensen de ir a la policía. Cuando al cabo de un rato vuelven y dicen en dirección a la cocina: «¡Ya está formalizado el registro, señora Bauerbach!», sienten un nudo de angustia en la garganta. Si les hace enseñar los papeles timbrados, se acabó todo. En tal caso, no les quedaría más remedio que volver con la pandilla. Pero la señora Bauerbach es un alma crédula. «Entonces ya está el asunto arreglado. ¿Pongo café a hervir?» «No, gracias. Todavía no, señora Bauerbach», responde Ludwig, y el miedo se transforma en silenciosa alegría. Ha habido suerte. En adelante se limitarán a vivir sin llamar la atención y a tomar las debidas precauciones. De esa forma todo irá bien.

Los doce pares de zapatos han sido reparados y limpiados. Para cenar se regalan con bollos tiernos, mantequilla y jamón cocido. Se han comprado asimismo un par de naranjas. Dentro de catorce días es Navidad. ¿Navidad? ¿Dónde estábamos hace un año? Willi en el centro de reclusión de menores. Ludwig tiene que pensar un buen rato. Luego se acuerda: ¿podía ser de otro modo? Medio muerto de hambre, sin hogar desde hacía mucho tiempo. Cada vez que ganaba dos marcos en el Tiergarten por prostituirse, tenía la impresión de ser rico. Tan rico que por un día podía comer y dormir una noche entera sobre un colchón infestado de chinches. «Ah, Willi, si pudiéramos quedarnos aquí, en casa de mamá Bauerbach... Cada vez que pienso en volver a la pandilla... No, de ninguna manera... Volver, ¡de ninguna manera!» Se van a dormir. Mañana toca la Kaiser-Friedrich-Strasse. «Buenos días. Pagamos hasta dos marcos...»

Los Hermanos de Sangre,
 banda de delincuentes.
 Una excursión a Leipzig
 y Magdeburgo.
 El asunto acaba mal.
 El francés Felix, Jonny y Fred
 son capturados.

La pandilla de los Hermanos de Sangre deriva cada vez más hacia una banda de delincuentes profesionales. ¿Padecer hambre? ¡Nunca más! ¿Ir de aquí para allá con harapos y sin casa? ¡No lo necesitamos! Fred, el verdadero inductor y maquinador, tiene a la pandilla en un puño. Heinz y Georg, que al principio se mostraban reticentes, después, cegados por las grandes cantidades de dinero obtenidas sin esfuerzo, dejaron de lado los escrúpulos. Ludwig y Willi, ese par de borregos, por lo visto se han dejado atrapar de nuevo. Los Hermanos de Sangre continúan con los lucrativos robos de carteras en los grandes almacenes, los mercados semanales al aire libre y los mercados cubiertos.

Pero la pandilla tampoco desperdicia otro tipo de oportunidades: ¡robos en casas, de coches! El botín pasa al padrino de la pandilla, Gotthelf, y de éste a los diversos receptores. Fred, el único que sabe conducir, lleva los coches, nada más robarlos, a la provincia. Allí esperan los cómplices, que pintan los coches y los trasladan a otros lugares. Un coche robado reporta entre trescientos y quinientos marcos si es bueno. Las latas viejas Fred ni las toca. Por ejemplo, anteaer: el Adler que Fred robó delante de un bar de la zona occidental. Un coche que aún olía a fábrica. Por supuesto que Fred repostó sin demora y salió pitando. En dirección a Leipzig.

Jonny está con los chavales en casa del padrino de la pandilla, en la Badstrasse. Esperan el regreso de Fred, quien había expresado su propósito de encontrarse allí con ellos hoy a las seis de la tarde. A todo esto, llega un cartero en bicicleta con una carta neumática para Gotthelf. «¿Quién me escribirá a mí una carta urgente de amor?» Maldita sea, la letra de Fred, reconoce Jonny. Una nota garabateada a toda prisa: «Jonny, los polis me persiguen, pero no se atreven a acercarse. Tenéis que abandonar el piso de la Badstrasse y huir. Id a donde Ulli. Si logro despistar a los polis, iré a la cabaña a las doce de la noche. Cuidado, quizá tengáis visita. Fred». Todos están pálidos y temblorosos. Gotthelf, el viejo presidiario, dice impasible: «Dios, el albergue de la Gollnowstrasse está igual de bien...». Jonny ordena meter el botín, en su mayor parte lencería femenina de seda, en paquetes de fácil manejo. Luego sale a la calle a comprobar si los están observando agentes de la Policía Judicial.

Sabe que en cualquier momento puede ser detenido. Tranquilamente se aposta en el zaguán, da caladas a su cigarrillo y observa con aire en apariencia aburrido a izquierda y derecha y al otro lado de la calle. A primera hora del atardecer, hay mucha animación en la Badstrasse; pero no se vislumbra nada sospechoso. Transcurrido un cuarto de hora, da la orden de trasladar los bienes robados a la cabaña de Ulli. A intervalos de varios minutos, los chavales van de uno en uno, cada cual con su paquete, a la Richtung Strasse 80 f, sección X2. Por suerte está Ulli en la cabaña. A cambio de participar en los beneficios se declara dispuesto a encargarse de la mercancía y a dar alojamiento a los Hermanos de Sangre. Al cabo de una hora concluye la mudanza. La vivienda de Gotthelf está otra vez limpia. Ahora ya pueden venir los polis. «¿Yo un encubridor? Eso lo tendrían ustedes que demostrar, señores!»

Por el camino hacia la cabaña de Ulli, Jonny compra un fajo de papel parafinado. Toda la mercancía es envuelta en dicho papel impermeable. Los chavales cavan un agujero en la parte posterior de la cabaña. Meten dentro todo el botín. Pisan la tierra, vuelcan encima un balde de escombros. Al final no se nota nada de la excavación. Para no atraer la atención sobre la cabaña en la oscuridad, Ulli ha encendido la estufa de hierro con coque, que produce poco humo. Mandan a cuatro Hermanos de Sangre a comprar dos mantas de lana para cada chaval. Dinero hay de sobra. Pasar la noche, en invierno, dentro de una cabaña es un frío placer. También compran ron y azúcar, así como comestibles. Pronto se sientan todos alrededor de la estufa

ardiente y conversan en voz baja sobre si Fred conseguirá o no perder de vista a los polis. Arrecia la tormenta alrededor de la cabaña y la lluvia restalla contra la pequeña ventana provista de una cortinilla. Dentro de la cabaña hace tanto calor que la humedad adherida a las paredes de madera se evapora.

Hace un rato que dio la medianoche. No hay rastro de Fred. Los Hermanos de Sangre reposan sobre sus mantas completamente vestidos. Quién sabe si de pronto tendrán que salir corriendo. Por fin, hacia las dos de la madrugada, se oye fuera un aullido de perro. ¡Es la señal de Fred! Pero los chavales aún no se mueven. Tan sólo después que un objeto duro raspa la puerta de la cabaña de arriba abajo y de abajo arriba tienen la certeza de que se trata de Fred. Complacido, calado hasta los huesos, pero en modo alguno enojado, se deja caer Fred sobre una manta. «Saludos, chicos. Antes de nada servidme un grog. —Toma la caliente, fuerte bebida en grandes tragos y se enciende un cigarrillo—. ¡Lo que me acabo de reír! He ido en taxi a casa de Gotthelf. No os podéis hacer una idea de la cantidad de polis que andan merodeando por allí. He visto a tres, dos aguantando la lluvia en la acera de enfrente, en un zaguán, y uno en el portal de Gotthelf. Estaba escondido en un rincón haciéndose el borracho. Y todos querían decirles buenos días a Jonny y a Fred...»

Jonny le explica brevemente que la mercancía se halla a buen recaudo. A continuación, Fred se pone a contar. Es probable que el garaje de Leipzig, donde guardó provisionalmente el coche, estuviera vigilado por la policía, pues desde que abandonó el lugar no le fue posible deshacerse del acompañamiento oficial. Por supuesto que no pudo reunirse con los cómplices a quienes debía entregar el coche. Con ayuda de un salto al tren en marcha logró dejar atrás a los agentes. En la estación central de Leipzig los volvió a encontrar, pero se conoce que no se habían percatado de que Fred había subido al tren con dirección a Berlín. Sea como fuere, la policía de Leipzig comunicó por radio a la de Berlín las señas de Fred, pues cuando éste llegó a la estación Anhalter había allí dos agentes que al parecer lo dejaron pasar, pero echaron a andar a sus espaldas con la idea de dar con su guarida y, a poder ser, con sus compañeros. La carta neumática la escribió mientras caminaba por la calle. Por suerte llevaba encima papel y sellos. Y aprovechando la aglomeración de gente de la Postdamer Platz, pudo enseguida echar la carta en un buzón sin que nadie lo notara. Si al menos supiera cómo han conseguido los polis la dirección de la Badstrasse...

En cualquier caso, los Hermanos de Sangre llevaban ya un tiempo sometidos a observación. Fred se había escapado de los agentes en la filial del Aschinger, en la Friedrichstrasse. Los accesos al servicio discurren por un pasillo que desemboca en la Krausenstrasse. Los agentes se habían apostado ante la entrada del local, correspondiente a la Friedrichstrasse, y esperaban a Fred. Esperaron y esperaron... Al principio, Fred no se atrevió a acercarse a la zona de la Bad y la Koloniestrasse. Hasta que, a una hora tardía, cogió un taxi y comprobó que la guarida de la Badstrasse había sido rodeada.

«De momento podéis dormir aquí. Siempre que no aumente el frío, este sitio se puede soportar», propone Ulli. Sabe que los Hermanos de Sangre significan dinero, y por ganar dinero él hace lo que sea. «Fred —empieza Jonny—, tú y yo tenemos que desaparecer durante algunas semanas, hasta que haya pasado el gran engorro. Podríamos viajar a Magdeburgo y despachar allí el asunto. Ya sabes... Sacaremos por lo menos dos mil marcos. Los demás —se dirige al resto de Hermanos de Sangre—, podéis vivir aquí y seguir actuando tranquilamente. Eso sí, ocupaos sólo de los mercados semanales. Los grandes almacenes suponen ahora demasiado riesgo. Ulli, ¿te apetece acompañarnos a Magdeburgo? Te corresponderán trescientos marcos...» «¿De qué se trata?», pregunta Ulli. «Es un asunto poco peligroso. No sé exactamente de qué se trata. Un viejo conocido mío dirige allí el cotarro.»

Ulli se muestra dispuesto a acompañarlos. Jonny se encarga de los preparativos para el viaje en tren a primera hora de la mañana. Durante su ausencia, Konrad asumirá en su nombre la jefatura de la pandilla. Ulli pone su cabaña a disposición de los Hermanos de Sangre que siguen en Berlín. El botín enterrado deberá permanecer intacto. Ahora sería por demás peligroso tratar de venderlo. Únicamente dos horas de sueño. Fred, Jonny y Ulli se preparan y meten sus cosas

en una maleta pequeña. Fuera aún reina la noche oscura y lluviosa. En la Koloniestrasse paran un taxi: «Estación Postdamer». De uno en uno, haciendo como que no se conocen, compran los billetes y se montan en el tren. Sólo una vez que éste se ha puesto en marcha y ellos no han reparado en ningún detalle sospechoso, toman asiento juntos. Gracias a Dios, Berlín ha quedado atrás.

Llegados a Magdeburgo, Fred y Ulli esperan en un local de desayunos, enfrente de la estación, mientras Jonny sale en busca de su conocido, el francés Felix, para quien Berlín se había vuelto demasiado peligroso. El francés Felix vive con su novia en el callejón Fette-Hennen. ¿Dónde está el callejón Fette-Hennen? Junto al Alt Markt, no lejos del edificio rico en colores del ayuntamiento de Magdeburgo. El callejón Fette-Hennen de Magdeburgo y la Mulackstrasse de Berlín son conocidos, sólo que las casuchas torcidas de Magdeburgo son cientos de años más antiguas que la colonia de prostitutas de Berlín. Jonny sube por una estrecha y empinada escalera. Los peldaños se hunden varios centímetros bajo su peso, pero se desquitan mediante estertores asmáticos y ruidos crepitantes. Una señal segura para los moradores de que un extraño llega a la casa. Los moradores, cuando suben, se pegan a la pared; de ese modo, la escalera guarda silencio. Arriba pasa un buen rato hasta que alguien acude a los golpes de Jonny en la puerta. Dentro se oyen cuchicheos y murmullos. «Felix... Jonny está aquí. ¡Jonny de Berlín!...» Entonces alguien abre.

Un tipo fuertote, con una camisa demasiado corta, se para delante de Jonny: «¡Jonny! ¡Qué sorpresa! ¡Entra!». En la única cama que hay dentro está acostada, despierta y curiosa, más bien poco cohibida, la novia de Felix, la prostituta Paula. Alrededor de sus suaves facciones arden y se deshilachan los rizos enredados, del color amarillo de los canarios. El gigantesco Felix ama y protege tan sólo a muchachas que pesen menos de cincuenta kilos. «¿Has venido por el asunto que ya conoces, Jonny?» «Sí, Felix. He traído a dos chavales. A uno ya lo conoces: Fred.» «¿Fred? Ése es bueno. —Felix se vuelve hacia su novia—: Cielo, vamos, sal de la cama. Mi amigo quiere café y yo también.» «Cielo» se levanta de un salto y corre lo primero de todo a arreglarse el cabello ante el espejo. No le importa que el joven le vea lo demás, la grácil figura bajo el camisón. Gracias a Dios que todo lo tiene en perfectas condiciones y no es una mujerzuela gorda.

Tras el desayuno, Jonny y Felix se dirigen a la calle cercana a la estación, donde esperan Ulli y Fred. Felix y Fred se conocen. ¿Y el otro, Ulli? Si Jonny lo ha traído será porque el tipo vale. Por de pronto abandonan el recinto. Magdeburgo no es Berlín. Hablan sobre el plan en un bar obrero poco llamativo de la Jacobstrasse. Harán falta tres días para vigilar la casa. La faena podrán llevarla a cabo durante la noche del sábado al domingo. Dentro de la vivienda no habrá peligro. Los moradores hace tiempo que están de viaje. Una vez a la semana va una mujer a ventilar y hacer la limpieza. No hay sistema de alarma. Ahora bien, por la puerta no podrán entrar, ya que está revestida por dentro y por fuera con chapas de hierro, y los cerrojos son de lo más moderno y sofisticado. No quedará otro remedio que entrar en la carnicería y allí abrir un boquete en el techo. El carnicero tiene su vivienda cuatro casas más allá, y por la noche no hay nadie en la tienda.

La Kühleweinstrasse, cerca del Nordpark, está desierta. En las casas arde alguna que otra luz. Magdeburgo es una ciudad respetable y, dentro de su respetabilidad, la Kühleweinstrasse no es la oveja negra. A las dos y media de la madrugada, Felix y Jonny se detienen ante la puerta de la carnicería. La tienda no esconde grandes tesoros y carece de medidas especiales de seguridad. Los dos cerrojos de la puerta... Vaya cosa, el francés Felix ha reventado piezas peores.

Apenas diez minutos después la puerta cede. Un suave maullido hace venir a Ulli y Fred, que estaban vigilando en la esquina. Ulli permanece delante de la entrada, mientras los otros tres se afanan dentro de la tienda. Todo ocurre con sigilo. Felix se encarama al mostrador. Con una mesita logra la altura adecuada para llegar al techo con las manos. Fred y Jonny extienden una manta de lana. La sierra de punta de Felix penetra en el techo del establecimiento. Debe serrar un cuadrado lo suficientemente grande como para que quepa a través de él un cuerpo humano. Un trabajo penoso incluso para el robusto Felix. Transcurrida media hora, cae sin hacer ruido,

encima de la manta, el cuadrado serrado del techo. Felix se eleva mediante una ágil flexión de brazos al interior de la vivienda que se proponen desvalijar. Jonny y Fred le siguen. Ahora ya todo es fácil y tienen un montón de tiempo. Veamos primero dónde estamos. Ah, claro, el comedor. Nada de eso: los cubiertos de plata.

No todo va bien. Que justamente esa noche el maestro carnicero tuviera una pequeña fiesta de amigos en Wilhelmstadt no lo podía saber el grupo. El carnicero se dispone a doblar la esquina cuando ve, parado delante de su establecimiento, a un hombre. Y la puerta —tiene la vista aguda a pesar de venir de una fiesta—, la puerta está entornada. ¡Ladrones en su tienda! ¡Policía! ¿Desde dónde podría llamar? El bar en la esquina de la Rollenhagenstrasse todavía tiene luz. Llama por teléfono. «¡Un atraco!» La autoridad al aparato. «... Pero no hagan sonar la sirena, señor guardia, cuando vengán con el coche. De lo contrario, los bribones se escaparán.»

Sin embargo, el vehículo hace sonar la sirena. Aunque a bastante distancia, es perfectamente audible en la calma nocturna. También Ulli ha oído la señal. Da un grito hacia el interior de la tienda: «¡Fuera..., fuera!». Y ahora tiene que echar a correr. El maestro carnicero, en la oscuridad de la acera de enfrente, pierde los nervios cuando ve huir a Ulli. El coche de la policía dobla la esquina a gran velocidad. Seis policías, revólver en mano, se precipitan en la tienda. El maestro carnicero va detrás. A la luz de las linternas descubren el boquete en el techo. En el piso de arriba, algo cae al suelo con ruido de vidrio que se rompe. El jefe del comando grita por el agujero: «¡Aquí la policía! ¡Salgan o disparamos!». Nada se mueve. Otro grito. Los agentes se percatan a este punto de que en el primer piso se abre una ventana. El conductor ha encendido el foco móvil, que ahora alumbrá con su luz potente la fachada. Por espacio de un segundo, la figura de un hombre se dibuja en la ventana. De nuevo grita el jefe. Desde arriba le responden: «Ya vamos...». Uno tras otro se descuelgan los tres jóvenes por el agujero, de vuelta a la tienda. Y un rato después, Jonny, Fred y Felix, esposados, toman asiento en el coche de la policía. El piso es registrado por si hubiera más rateros. Como la puerta de la carnicería no se puede cerrar, se queda un agente vigilando.

El maestro carnicero por fin puede irse a dormir. Sus tesoros cárnicos están intactos y el agujero del techo lo pagará el casero. No es mala publicidad para él este robo. El lunes vendrá la gente en masa a mirar el destrozo. En realidad, debería subir el precio de algunos embutidos. A la longanizacaza del káiserpodría muy bien subirle cinco céntimos el cuarto, y también la segunda clase de la pasta de hígado y el salchichón podrían aguantar otros cinco céntimos. Es lo que cuesta el relato del suceso de esta noche. Empezará a contar delante de la clientela atenta algo así como: «... Entonces vi a un tipo fuertote, un tipo gigantesco, delante de mi tienda. Yo, claro, me fui hacia él. El tipo me ve y me apunta con un revólver. ¿Qué podía yo hacer? Antes de que me pegara un tiro, lo tiré al suelo...».

Ulli deambula sin rumbo por una ciudad para él completamente desconocida. Los han cogido a los tres, de eso no hay duda. En el momento de escapar pudo ver las luces del coche de la policía. Por suerte, había recibido un adelanto del botín que esperaban juntar; si no, ni siquiera le habría alcanzado para costearse el viaje de vuelta a Berlín. Hacia las cinco de la madrugada se dirige a la estación y se monta en un tren de pasajeros. A las diez llega a la Koloniestrasse y, ante su cabaña, hace la señal convenida. Sigue llamando durante un rato largo, hasta que finalmente le abren. «¡Hola, Ulli! ¿Dónde están los demás? ¿Jonny y Fred?» «¿Que dónde están? En un calabozo de la policía de Magdeburgo...»

Alboroto en el recinto
del mercado.
Fiesta de Navidad para solteros.
Dos días, tres noches
en un sótano del teatro.
Heinz se entrega a la policía.
¿Nos queda otra posibilidad?

Los principales impulsores de la pandilla, Jonny y Fred, han sido detenidos. Los demás, Konrad, Erwin, Heinz, Walter, Hans y Georg están ahora abandonados a su suerte. Konrad, el cabecilla interino, dista mucho de poseer la energía, el cálculo frío, la altura intelectual y la absoluta falta de escrúpulos de un Fred o un Jonny. Y Ulli, jefe de la pandilla Siete Negros, es un monarca sin súbditos. Sus seis camaradas poco a poco se han pasado a otras bandas, si no es que la vasta ciudad se los tragó. Tampoco Ulli es un líder como el que necesita y desea la pandilla. Al igual que Konrad, es más bien un lanzado, un pendenciero al que no arredra ninguna reyerta. No tiene la menor altura intelectual, esa sobresaliente cualidad de Jonny. Todos los chavales, en su simplicidad instintiva, se dan cuenta de ello y no se sienten inclinados a aceptar un liderazgo semejante.

Por si fuera poco, los miembros de la pandilla están convencidos de que la policía sigue sus huellas, que andan por ahí agentes encargados de neutralizar a la banda de jóvenes carteristas y ladrones de coches. Están acostumbrados a que traten de localizarlos desde hace años con anuncios de búsqueda y captura, pero eso suponía no más que un acta entre miles. Ahora, sin embargo, la persecución efectiva los confunde, los vuelve temerosos, irritables y cobardes. Apenas se atreven a salir de la cabaña. Tan sólo en la oscuridad de las tardes invernales caminan con pies de plomo por la Koloniestrasse en busca de comestibles. El dinero les llegará justo para una semana. Fred se llevó los fondos de la pandilla, bastante más de quinientos marcos. Ahora los tiene la policía de Magdeburgo.

La mañana del 24 de diciembre. Ya no les queda un céntimo. Tendrán que ir a trabajar si no quieren pasar hambre esta Nochebuena y durante los próximos días festivos. Probarán suerte en el mercado de la Ackerstrasse. A Ulli no le apetece participar. «Ya es suficiente con dejaros dormir aquí», dice. Sabe que los Hermanos de Sangre lo necesitan a él y a su cabaña. Ayer se produjo una solemne gresca entre Konrad y Ulli. Repartidos en dos grupos de tres, se ponen en camino hacia la Ackerstrasse. Han determinado que el punto de encuentro después de trabajar en el mercado sea el Ruckerklause.

Las aglomeraciones ante los puestos de venta y en los pasillos del mercado les facilitan el trabajo. Sin embargo, todo el tiempo se muestran titubeantes. Echan en falta el ánimo que les transmitían Fred y Jonny. Los de un grupo no ven a los del otro. Delante de un puesto de fruta suenan de repente gritos estridentes: «¡Mi dinero! ¡Mi dinero!». Una y otra vez suena el chillido histérico, que desencadena una agitación indescriptible. Ondas de inquietud se extienden por el recinto. Ya nadie piensa en comprar y vender. «¡Policía!... ¡Mi dinero..., mi dinero!», se exalta todavía la víctima del robo. Alguien ha llamado a la Policía de asalto. Llega la policía... ¡Llegan los de asalto!, corre la voz entre la muchedumbre. Todo aquel que no considera aconsejable esperar a la policía huye por la salida que lleva a la Invalidenstrasse.

Un minuto después, seis agentes saltan del vehículo. Dos toman posiciones en la salida de la Ackerstrasse, los otros dos en la de la Invalidenstrasse. Pero ¿qué pueden hacer seis agentes? Mandan aviso al servicio de prevención. Medio centenar de agentes llega rápidamente en camión. Y al punto registran palmo a palmo el recinto del mercado. Los vendedores se sulfuran: «Nos estropean el negocio». Los controlados maldicen y gritan. A los que tienen la conciencia tranquila la escena les resulta interesante. Una docena de sospechosos sin documento de identidad son cargados en el camión. A la Jefatura Superior de Policía con ellos. Poco a poco se calman las ondas de inquietud y se reanuda el ajetreo comercial. Todos advierten: tengan mucho cuidado..., ¡hay carteristas! ¡Ahora mismo ha habido una gran redada!

La primera y más importante regla de Jonny rezaba: en cuanto se note la menor agitación, ¡fuera de los grandes almacenes, fuera de los mercados cubiertos y fuera de los mercados al aire libre! Con intervalos de una hora, los Hermanos de Sangre entran de uno en uno en el Ruckerklause. Ya ha oscurecido cuando están todos juntos. En el Ruckerklause, hogar de los que no tienen hogar, reina un sentimental ambiente navideño. Y cuando el altavoz murmura «Oh, tú, alegre. Oh, tú, dichoso...», el local entero se pone a cantar. Pero no con la vocinglería que acompaña, por ejemplo, a Amor de marineros; no, antes bien, con un acompañamiento nostálgico, evocador, tranquilo, lo mejor entonado posible. Los sentimientos servidos en el momento apropiado son alimento aceptado con placer por los más rudos bandidos. Derramar lágrimas en tales ocasiones no tiene para ellos nada de degradante.

El causante del alboroto en el mercado fue Georg. «¿Ha merecido por lo menos la pena?» Georg muestra el monedero. Veintidós marcos. Se ponen en camino y van en dirección a la Koloniestrasse, a la cabaña. Se paran a comer en una casa de comidas de la estación Gesundbrunnen. Walter debe ir en busca de Ulli para que también venga a comer. Le han cogido manía, pero si no tuvieran la cabaña estarían perdidos. Permanecen sentados en silencio ante un menú de cincuenta céntimos. No hay gente en el local. También las calles se van vaciando. Los transeúntes llevan prisa. Walter vuelve solo, sin aliento, temblando de excitación. «Ulli no está... La cabaña, cerrada. ¡Un precinto policial en la puerta!» Cinco tenedores suenan al chocar contra los platos. ¿Precinto policial? Han intentado detener a toda la pandilla y sólo han encontrado a Ulli. ¡Vámonos..., vámonos! Fuera de esta zona. A la clandestinidad y lejos de aquí. De lo contrario, los cogerán a todos esta Nochebuena. La pandilla está definitivamente rota. Sin hogar, sin dinero, a punto de ser detenida de un momento a otro. Se han metido en el metro, repartidos por todo el vagón. Que no parezca que forman un grupo. Pero sus miradas se buscan, preguntándose atemorizadas: y ahora, ¿qué?

Fiesta de Navidad para solteros, puede leerse en un pequeño local de la Seitenstrasse, en el Bülowbogen. Medio bar, medio cafetería sencilla. Entre las mesas se alza un árbol de Navidad encendido y encima de cada una de ellas lucen ramitas de abeto guarnecidas con cintas de colores. El pianista toca sin parar Noche de paz, noche de amor..., como corresponde a la ocasión. Un par de putillas y sus amantes se riegan las narices con ponche y declaración de sentimientos, y la dueña ordena severamente a un achispado que no vocee como un bárbaro la hermosa canción navideña. «Canta con formalidad, viejo hidrocefálico.» Los seis Hermanos de Sangre se han acomodado junto a la estufa cerámica, beben vino caliente y mantienen la mirada fija en el árbol de Navidad. Al pequeño Walter le brotan algunas lágrimas de sus ojos afectados por el mal de Basedow; su mano sucia trata de enjugarlas y ahora se le ha puesto una auténtica cara sucia y llorosa de niño. Una vez superada la primera racha de fervor navideño, a la dueña le vienen al pensamiento los pagos que debe a la Hacienda Pública y trata con no poco denuedo de estimular el consumo. Los seis golfillos sentados junto a la estufa no consumen nada. ¿Se habrán creído que esto es una nave caldeada?... «¿Otro vino caliente, niños?» «Sí..., señora tabernera.»

«Conozco un dormitorio para todos nosotros, no mucho más frío que la cabaña. Y además hay mantas...», dice Georg al grupo silencioso. «¿Dónde, dónde?», le preguntan. «Stallschreiberstrasse. No cuesta nada. Alguna vez he dormido una semana allí...» Da la medianoche. Los seis Hermanos de Sangre se dirigen a su nuevo alojamiento nocturno, un descubrimiento de Georg.

Stallschreiberstrasse, entrada al escenario del teatro de la Kommandantenstrasse, cerrado desde hace años. Una verja de escasa altura separa el antepatio y la calle. Es cosa de niños pasar al otro lado. Georg manipula en una puerta baja junto a la entrada de acceso al escenario y pronto consigue forzar la cerradura. Pasan a un pequeño guardarropa de actores. Desde allí, por una puerta no cerrada con llave se llega a un pasillo angosto, que, tras varios recodos, conduce al escenario. Georg va delante con la linterna. Ratones espantados corren por el suelo. Una escalera lleva al sótano de la calefacción y a diversos espacios debajo del escenario, donde solían guardarse las piezas de la decoración, muebles de las representaciones y así. Aún quedan bastantes trastos arrumbados. Mantas deshilachadas, restos de alfombra, lienzos de bastidores y

vestuario se pudren en rincones y recovecos. Hace mucho que los harapos renunciaron a ver de nuevo la luz de las candilejas. Sin embargo, todavía sirven como ropa de cama para gente sin hogar. Los chavales duermen en la noche eterna de este sótano hasta el día siguiente, día de Navidad. Sumidos en la incertidumbre, en el miedo reciente que les inspira su destino.

Los primeros días festivos los tienen que pasar en su escondrijo. De día no pueden dejarse ver en el patio ni saltar la verja. Tan sólo al final de la tarde envían a alguno a comprar comida en un bar. Lo mismo el segundo día de fiesta. Dos días y tres noches en la oscuridad del sótano del teatro. Cuando por la mañana temprano del primer día laborable se atreven a salir a la calle, a ninguno de ellos le queda un céntimo. Hambrientos y entumecidos de frío, se dirigen a la nave caldeada de la Ackerstrasse. Todos poseen buenos abrigos de invierno que deberán poner a la venta. Cada cual obtiene tres o cuatro marcos. Van después al Rükkerklause. Tortitas calientes de patata y caldo de carne. Tras la comida, cada uno pide un vaso de cerveza. Hay que gastar con cautela los pocos cuartos que les quedan.

Tan sólo Heinz, que apenas ha dicho una palabra durante los días pasados en el sótano del teatro, pide un aguardiente tras otro. Después de pagar le quedan treinta céntimos. «Toma, Erwin, te los regalo. De momento no necesito dinero. Es que... me voy... ahora mismo... al Alex a entregarme... —De pronto rompe a llorar con fuerza, como un niño, y deja caer la cabeza sobre la mesa—. Estoy harto... de toda esta porquería. Yo... me niego a seguir... Yo... ya no tengo ganas...» Sus compañeros tratan de calmarlo, pero él cada vez está más fuera de sí. Su cuerpo es presa de violentos temblores. Los parroquianos se burlan: «Acostad al pequeñuelo para que se le pase la mona...». Un proxeneta le da un grito a su querida: «Lotte, dale el pecho al angelito para que deje de lloriquear...».

Poco a poco, Heinz se tranquiliza. Pero sigue en sus trece de entregarse a la policía. Se cala la gorra. «Que os vaya bien. Perded cuidado, que no os voy a delatar...» «¡Heinz, no cometas una estupidez!» «Pero ¡hombre, estás chalado!» «Quédate aquí, Heinz», intentan convencerlo. Están dispuestos a retenerlo por la fuerza. Se suelta, sale corriendo a la calle, seguido por Konrad y Georg. Se acerca a toda velocidad a la Oficina de Empleo. Allí suele haber una pareja de guardias. Konrad y Georg tienen que pararse si no quieren ponerse ellos mismos en peligro. Heinz ha llegado hasta los dos guardias y les habla. Éstos, primeramente, no quieren escucharlo, empujan a Heinz a un lado; pero después lo agarran entre los dos y lo llevan a la comisaría.

Heinz, el tranquilo, el soñador constante, había despertado. Y el despertar, el reconocimiento de lo lejos que había llegado con sus camaradas no le dejó otro remedio. Será sometido a una exhaustiva investigación. Tratarán de sonsacarle con quiénes se ha relacionado y en qué fechorías ha estado envuelto. Y si se acobarda y confiesa que pertenece a la pandilla de los Hermanos de Sangre, empezará de nuevo la persecución de éstos. Pero si resiste sin confesar y no delata a la pandilla, terminará otra vez en el correccional. Es muy difícil que la policía encuentre pruebas de que ha participado en el robo de carteras. ¡Si Heinz resistiera! Pero si de nuevo deja caer la cabeza sobre la mesa y, atemorizado, confiesa y confiesa..., entonces el fiscal tendrá trabajo. El Tribunal Tutelar de Menores no podrá sacar conclusiones de sus meneos de cabeza y lo tendrá difícil para castigar a Heinz.

Heinz había despertado. Y la conciencia de su juventud echada a perder lo atormentaba de tal modo que la cárcel o el reformatorio se le antojaban un mal menor. Lo que de ninguna manera piensa hacer es llevar a cabo un nuevo intento de fuga. Aguantará callado, sin perderse en sueños, la tortura que supone la vida en el centro. Cuando cumpla veintiún años, quizá antes si se porta bien, dejará su reclusión un hombre sin espina dorsal, con naturaleza de siervo, para enfrentarse a la lucha por la vida. Heinz afrontará el combate con el sombrero en la mano.

Abatidos, sin saber qué hacer, vagan por las calles los cinco miembros restantes de la pandilla. Ya no tienen arrojito para cometer hurtos. Todo volverá a ser como antes de los tiempos de Jonny y Fred: prostituirse, ganar así de vez en cuando una moneda y, por lo demás, pasar hambre y más hambre hasta que les cruja el pellejo. Sin casa, tanto tiempo ya sin casa que un colchón en el albergue equivale al paraíso. O agregarse a otra pandilla. Trabajar con otro líder, robos de carteras, robos en las casas, robos de automóviles..., lo que precisamente es ahora su

especialidad.

¿Queda otra posibilidad? ¿Trabajo, trabajo honrado? Incluso en el supuesto de que ocurriera un milagro semejante y alguien viniera: ¿quiere usted trabajar para mí?, ¿en ese mismo instante todo se vendría abajo! ¡Papeles! El certificado oficial que confirma que fulanito, nacido en tal o cual fecha, puede andar libre y no estar encerrado en el correccional..., ese certificado les parte la nuca, puesto que no lo poseen. ¡Porque no tienen permiso para andar libres! Son internos de correccional que podrían ser encerrados aun cuando no hubieran cometido ningún delito.«A fin de evitar la amenaza del desamparo», consta en la resolución prevista en los criterios educativos del centro tutelar.

Sin embargo, en el centro que debería poner fin a la amenaza del desamparo, los internos oyen y aprenden de sus camaradas cómo obtener dinero del modo menos peligroso posible. Cómo confeccionar copias de llaves con los medios más sencillos..., cómo abrir cajas de caudales..., cómo romper sin ruido un vidrio de ventana..., cómo y dónde prostituirse en Berlín... Y cómo escapar del centro y poner en práctica lo aprendido o sucumbir al hambre.

Ludwig y Willi
lo han conseguido.
Herrmann Plettner,
el denunciante.
¿Por qué no nos dejáis
trabajar?

Cientos de miles de desempleados se devanan los sesos buscando una fuente de ingresos; una forma, aunque sea pequeña, de subsistir. Surgen mil oficios nuevos; oficios ideados por la más cruda desesperación. Empezando por el vendedor de palitos salados en los bares hasta el que alquila paraguas cuando empieza de pronto a llover. Desde el que cuida coches hasta el explorador que hurga en los montículos de basura de la periferia de la gran ciudad. Una multitud de ocurrencias extravagantes, un deseo desmesurado de ocupación, una prueba estremecedora del afán por conservar la honradez pese al impulso de vivir y tener que alimentarse.

Lo que a miles de personas no les ha sido posible conseguir, Willi y Ludwig lo han logrado a la primera. La compraventa de calzado viejo les da de comer. Hace dos meses que van de un lado a otro de la ciudad repitiendo su cantilena: pagamos hasta dos marcos... En una ocasión incluso pagaron los dos marcos. Tome, aquí tiene. Alguien había ganado en la lotería de una asociación un par de hermosos zapatos marrones. Por diez céntimos. Desgraciadamente, el feliz-infeliz ganador calzaba el cuarenta y cuatro, mientras que la talla de los zapatos del premio era el cuarenta y tres. Uno hace por su asociación lo que puede. Hasta llevar zapatos demasiado estrechos para no incomodar a los directivos. Dos veces llevó el ganador los zapatos baratos pero insoportablemente estrechos. Después los tiró, profiriendo una tremenda maldición, a un rincón oscuro, de donde, como queda dicho, pasaron por dos marcos al saco de Ludwig. Ellos los revendieron por cinco...

Ludwig y Willi están sentados en su habitación, en casa de la pensionista Bauerbach. Acaban de vender a los comerciantes, con buenas ganancias, veintitrés pares de zapatos. Lejos, en el pasado, quedan para ellos los tiempos de la pandilla. Tienen tomado el tácito acuerdo de no mencionar a los Hermanos de Sangre. Tampoco se han encontrado hasta ahora con ninguno de ellos. De vez en cuando ven a algún tipo que les resulta vagamente conocido. No le prestan atención, y el otro termina creyendo que se ha equivocado. Pusieron fin a la vida de taberna. A veces beben un vaso de cerveza al atardecer o van al cine; pero, por lo común, no gastan un céntimo de más. Gastan tan poco que en el espacio de dos meses han podido ahorrar casi ciento cincuenta marcos. La señora Bauerbach recibe con puntualidad las cuotas del alquiler y está muy satisfecha con la formalidad de los hermanos. Del dichoso asunto de los papeles que les faltan no se ha enterado nadie hasta la fecha. El peligro, de todos modos, ya no es tan grande para Willi. Dentro de seis meses habrá alcanzado la mayoría de edad. Entonces podrá procurarse papeles. Ludwig, por el contrario, no tiene más que diecinueve años y lo podrían encerrar otros dos.

«Oye, Ludwig, tenemos que ir a comprar cuero», advierte Willi. «Bien, podemos hacerlo enseguida.» Se dirigen a la Invalidenstrasse. Allí hay una tienda de cueros donde compran al por mayor. Adquieren diez libras de retales de cuero, también clavos y, por fin, dos auténticos mandiles de zapatero. Los viejos de arpillera están completamente rotos. Van a la Rosenthaler Platz con el fin de coger el metro. Un hombre joven está parado en el andén. Willi y Ludwig no reparan en él. Él los ha reconocido al instante.

Es Herrmann Plettner, el ladrón de equipajes. No ha olvidado los crueles azotes que recibió en la cabaña. Ludwig y Willi suben a su tren y toman asiento. Plettner los sigue. Permanece, no obstante, junto a la puerta, observándolos. Le arde por dentro una rabia terrible. ¿Cómo podría vengarse, sobre todo del que lo entregó a la pandilla? De Ludwig. El otro, Willi, también estuvo allí el día de la somanta. Cuando Ludwig y Willi se apean en Rathaus Neukölln, reanuda la marcha detrás de ellos. Ve que enfilan la Ziethenstrasse, desaparecen en el sótano de la señora Bauerbach y no vuelven a salir. Tiene listo un plan de venganza. Corre a la cabina telefónica más cercana y pide que le pongan con la comisaría de Neukölln. Aunque no sabe nada de los dos, da

por hecho que la policía abriga alguna clase de interés por Ludwig y Willi. Los pandilleros, según conjetura, siempre tienen cuentas pendientes con la policía. Naturalmente que sin decir su nombre proporciona la dirección de la Ziethenstrasse. «Ahí viven dos tipos buscados por la justicia. Vayan ustedes enseguida, pues están ahora en la vivienda.» Cuelga el auricular y se enciende un cigarrillo. Arreglado... Los chavales están perdidos...

Ludwig y Willi se hallan atareados en la clasificación de los cueros cuando suenan golpes en la puerta de la casa. La señora Bauerbach se ha ido de visita, a tomar café. Ludwig se acerca a la puerta. Dos señores. «¿Vive aquí la señora Bauerbach?» «Sí.» «¿Podemos entrar?» En la habitación de los chavales, los dos señores se identifican como agentes de la brigada criminal. Ludwig y Willi permanecen inmóviles, por más que tienen la sensación de resbalar..., de resbalar a gran velocidad por un abismo sin fondo. «Ustedes viven aquí de inquilinos, ¿verdad?» «Sí..., sí...» «No constan inquilinos de la señora Bauerbach en el registro. ¿Me enseñan sus papeles?» Papeles..., registro... ¡Socorro! ¿Quién nos socorre?...

«Nosotros..., yo..., no tenemos... papeles...» «¿No tienen papeles? ¿Cómo se llama usted? ¿Y usted?» Willi hace un esfuerzo por guardar la compostura y declara sus datos personales. El agente consulta su lista de personas buscadas. «Exacto. Huido del centro tutelar de H. Se le busca además por otro asunto, ¿no es cierto?» El otro asunto es la paliza recibida por Friedrich, piensa Willi. «Sí.» «¿Y usted?», se vuelve el agente hacia Ludwig, que también declara sus datos personales. Los papeles falsos a nombre de Kaiweit no sirven para nada. «¿Qué han hecho ustedes todo este tiempo? ¿De qué han vivido?», les pregunta el agente. Willi y Ludwig señalan su taller de zapateros remendones y los zapatos que han comprado. Se les enciende una lucecita de esperanza. Quizá los dejen en paz si comprueban que se dedican a un trabajo honrado. El agente mira a su colega. Preguntan. ¿Cuánto ganan con la compraventa? ¿Les alcanza para vivir?

Ludwig se apresura a abrir el ropero. «Aquí, señor comisario. Mire, ciento cincuenta marcos que hemos ahorrado. ¡Los hemos conseguido honradamente!» Separa los billetes con manos temblorosas. Cuenta las monedas de plata: «Señor comisario, hemos trabajado honradamente y nos hemos esforzado mucho. ¿Y ahora quiere usted encerrarnos otra vez?». Se acerca al agente, lo agarra de los brazos: «Déjenos aquí... ¡Deje que trabajemos! ¡Denos papeles en regla, por favor, por favor, señor comisario!». Los agentes se dan cuenta de que no es un número de circo cuanto Ludwig les está contando. «Sentaos, muchachos. Vamos a hablar con sensatez.» Willi y Ludwig obedecen, los ojos atentos a los labios de los agentes. «¿Sabéis cómo hemos dado con vosotros?» «No..., no...» «Hace una hora os han delatado. Un desconocido nos ha llamado para decir que aquí había dos a los que la policía anda buscando. ¿Tenéis una idea de quién ha podido ser?» Los chavales se miran: ¿lo sabes tú? ¿Lo sabes tú? «No, señor comisario.» No lo saben. Lo que sí saben es que no ha podido ser un Hermano de Sangre. Pero de la pandilla no quieren hablar. Así lo ha decidido cada uno por su parte.

«Muchachos, sabéis de sobra que tenéis que acompañarnos. Quizá la Oficina de Protección de Menores os deje libres si averigua que tenéis trabajo. Recoged tranquilamente vuestras cosas. Por de pronto debemos confiscaros el dinero. Después nos iremos.» «Pueden escribir una nota a su casera para avisarle que han tenido que salir de viaje», les propone el otro agente. Ludwig así lo hace. «Señora Bauerbach, estaremos dos semanas de viaje. Cuide bien nuestras cosas. Le dejamos el pago del alquiler de dos semanas.» Con movimientos maquinales introducen el cuero en las bolsas, amontonan el calzado aún no vendido en un rincón y juntan sus pertenencias. «¿Listos?» «Sí...» «No os desaniméis. Tampoco es para tanto...», trata de consolarlos el agente.

¿Que no es para tanto, señor comisario? ¿Qué sabrá usted de nosotros? Es para tanto, para mucho. Ahora todo se ha echado a perder. Ahora nos devolveréis al correccional. Pronto no podremos aguantar allí más..., nos escaparemos..., pasaremos otra vez hambre y terminaremos entrando en la pandilla. Trabajar, lo que se dice trabajar honradamente, no nos dejáis... No queréis más que humillarnos, encerrarnos y someternos..., pero ¿se os ha ocurrido ayudarnos y darnos apoyo? ¡No...! «¡Hala, vamos!» Caminan a la izquierda y a la derecha de un agente. El otro los sigue a cierta distancia. A fin de cuentas no son criminales... Quienquiera que los haya denunciado, seguro que es más bribón que ellos; en cualquier caso, un miserable de marca

mayor. En la comisaría de Neukölln, un funcionario redacta un breve informe. Mañana temprano los llevarán al Alex. Allí se decidirá qué se hace con ellos.

Por ruego especial e intercesión de los dos agentes, Ludwig y Willi comparten celda. Hace apenas dos horas estaban tomando café en su cuarto; ahora su alojamiento es una celda vacía. «¿Quién nos habrá delatado, Willi?», lucha Ludwig con las palabras. Cavilan, cavilan, pero no encuentran entre sus conocidos a ninguno capaz de semejante ruindad. Pasan la noche en blanco. El cambio ha sido demasiado brusco y demoledor. Willi deberá declarar que es el dueño único de los ciento cincuenta marcos, ya que dentro de seis meses estará libre.

Willi se acerca a Ludwig: «Escucha, cuando yo salga libre, tú te escapas. Tenemos dinero. Nos encontraremos en Berlín y continuaremos juntos. Nadie logrará separarnos». «Pero si yo me escapo, Willi, me buscarán donde tú estés. Entonces tendrás papeles en regla, estarás registrado. Me encontrarían enseguida», replica Ludwig desanimado. «Pero es que yo no me pienso registrar. Lo mismo que hemos vivido en la Ziethenstrasse, viviremos en otro sitio. ¿Qué puede pasar? Si averiguan que no estoy registrado me pondrán una multa y darán media vuelta. Y si te agarran, pues te vuelves a escapar. Nosotros seguiremos con nuestro negocio. Ludwig, choca esos cinco, ya verás como no logran doblegarnos. Todo menos volver con la pandilla. Con lo bien que estábamos ganando dinero.» «Sería muy bueno que no nos separáramos, Willi. Si tengo un compañero como tú, estoy libre de pensar en volver con Jonny.»

Por la mañana temprano, un furgón los lleva a la Alexanderplatz. Ludwig está nuevamente en el «redil de los carneros». Willi ve por vez primera la cárcel de la policía desde dentro. A cada uno se le asigna una celda individual. Todo lo que se tenían que decir ya se lo han dicho. Dos días después, Willi es conducido a la presencia del juez instructor. «Hay abierto contra usted un expediente judicial por lesiones inferidas al educador Friedrich. Hay, además, una solicitud de traslado al centro de H. Será usted, por tanto, conducido a H. Le ha sido encontrada una suma notable de dinero, ciento cincuenta marcos. Según el informe, usted afirma haberla obtenido trabajando honradamente. Cuénteme.» Willi cuenta, sin hacer la menor alusión a nada que tenga que ver con la pandilla. El juez toma nota y al final Willi es devuelto a su celda.

La declaración de Ludwig es coincidente con la de Willi. «Dé por seguro que el plazo de prueba será anulado y deberá usted cumplir los cuatro meses de condena en la cárcel. ¡Defraudó la confianza depositada en usted por haberse escapado del funcionario que lo acompañaba!»

Transcurren varios días. Ludwig y Willi sólo se ven de lejos durante los recreos en el patio de la cárcel. No tienen posibilidad de comunicarse. Una tarde, Ludwig vuelve a ser llevado ante el juez. «Hemos hecho averiguaciones cerca de la casera de la Ziethenstrasse. La señora nos ha proporcionado información hartamente positiva sobre usted. Basándose en dicha declaración de buena conducta, el Tribunal Tutelar de Menores ha decidido mantener vigente su periodo de prueba. Mañana será usted trasladado a H. junto con su camarada Willi Kludas. Pero no haga tonterías escapándose otra vez de su acompañante, en cuyo caso deberá cumplir la condena.» A Willi se le comunica que será trasladado de forma provisional al centro tutelar de menores para comparecer después ante el juez competente por el delito de lesiones.

Al día siguiente se encuentran en el «redil de los carneros». Un vehículo de la policía los traslada a la estación junto con dos acompañantes. Willi y Ludwig se miran en el momento en que el tren se pone en marcha: dentro de seis meses estaremos de vuelta en Berlín.

Otra vez en el correccional
de menores.

Estación Berlín-Görlitz.

La vuelta al trabajo.

A última hora de la tarde, los dos acompañantes llegan a la estación de destino con Ludwig y Willi. Aquí se agazapó Willi hace cuatro meses entre las pacas de viruta destinadas a Colonia. En la estación los espera un carruaje del correccional de menores. Viajan por la carretera por la que Willi caminó en sentido contrario. Entonces tomó el rumbo de la libertad: ¡uno..., dos..., tres..., cuatro, uno..., dos..., tres..., cuatro..., deprisa, Willi, deprisa! El carruaje se acerca despacio al correccional.

Los internos ya se encuentran en los dormitorios. Willi y Ludwig son conducidos sin pérdida de tiempo a la presencia del director. El poderoso observa sin saludar ni decir nada a los chavales que le han sido entregados. Especialmente hostil es la mirada que dirige a Willi, autor de la paliza que en su día recibió el señor Friedrich. Se enciende un puro con parsimonia y le dice al muchacho: «Ya sabes, Kludas, que pesa sobre ti un proceso judicial por lesiones, ¿no es así?». «Señor director, no está usted autorizado a tutearme. Sólo responderé si me habla usted como me corresponde. Dentro de seis meses seré mayor de edad», replica Willi en voz baja con todo comedimiento, pero en el tono de sus palabras acecha el rebelde. «Mira por dónde, los jovencitos quieren ser tratados de usted. ¡Los señores vagabundos! —Lleno de rabia, el director se levanta bruscamente de su silla y aplasta el puro en el cenicero—. ¿Qué habéis andado haciendo en Berlín? ¡Habéis robado y os habéis prostituido! ¿Y a unos tipos así tengo yo que tratarlos de usted? ¿Me queréis explicar cómo habéis vivido sin papeles? ¡Tú, Ludwig, casi dos años, y tú más de cuatro meses!»

«Mire en nuestras actas. Ahí está todo, señor director. Hemos trabajado honradamente. ¡Y Willi ha ahorrado incluso ciento cincuenta marcos!», replica Ludwig. Willi se abstiene de responder, pero en torno a las comisuras de sus labios se forma un intenso, peligroso gesto. El director se da cuenta sin duda de cómo se siente Willi. «Pienso leer a conciencia el informe de Berlín. Sobre todo lo demás ya decidiremos mañana. —Pulsa el timbre. Aparece el educador Friedrich—. Señor Friedrich, su amigo especial, el Kludas, va a la sala 1, y el Ludwig a la sala 2.»

En la sala 1 parece que todos duermen profundamente. Sin embargo, no bien se han apagado las pisadas de Friedrich, comienza el jaleo: «¡Willi! ¡Willi!». ¿Te han echado otra vez el guante? Willi, ¿cuándo vas a volver a escaparte? Willi, el Friedrich está de nuevo listo para recibir una buena tunda, ¿cuándo le vas a zurrar?» A Willi le cae encima una granizada de preguntas. Camisones blancos rodean su cama. Cuatro chavales están sentados a la izquierda, cuatro a la derecha, dos permanecen junto a la cabecera, cuatro a los pies de la cama. «Willi, ¿dónde has estado? Pero ¡hombre, cuéntanos! ¿Qué tal Berlín? ¿Cómo te ha ido con las chicas? ¿Tienes tabaco? ¡Venga, abre el pico, Willi! ¿De dónde has sacado ese pellejo tan chulo? Mira, Fritz, qué abrigo tan elegante y qué traje.» Y Willi relata. Da cuenta de la fuga. De cómo se despertó, no en Berlín sino en Colonia. Evoca a Franz el vagabundo, un buen compañero, y describe el miedo que pasó durante la noche en los bajos del tren expreso.

Los chavales escuchan con la respiración contenida, como viviendo el relato. Afrontan todos juntos la lucha en busca de un poco de libertad. Cómo Willi por fin llegó a Berlín, los días horribles que siguieron. Luego el encuentro posterior con Ludwig. Sobre la pandilla no dice una palabra. Cómo prosperaron y consiguieron ganar dinero. Hasta que un desconocido los denunció a la policía. Tuvo que ser un cerdo, al respecto son todos de la misma opinión. «Bueno, seis meses. Después que les den...», termina Willi su relato. Naturalmente que sobre su pacto con Ludwig no cuenta nada. En todas partes hay soplones. Por ejemplo, Blaustein. Pregunta por él. «¿Blaustein? Lo han dejado libre. Era el favorito de papá.» Esa noche apenas duerme nadie en la sala 1. Los chavales permanecen despiertos en sus camas y viven en sus propias carnes las aventuras de Willi.

«Por dicha razón les ruego, señores, que dejen al Kludas tranquilo en lo posible. No tengo ganas de incordios durante los pocos meses que el joven estará aquí. El tunante se ha asilvestrado y embrutecido por completo. Ayer me percaté de ello al instante. ¿Para qué vamos a amargarnos la existencia con semejante sujeto? Además, pronto comparecerá ante un tribunal por agredir al señor Friedrich. Esperemos que le caigan un par de meses y así nos lo sacamos de encima. En cualquier caso, tengo previsto enviar al tribunal la correspondiente semblanza, de modo que quede descartada la concesión de un periodo de prueba. Buenos días, señores.» El director da por terminada la reunión.

Al principio apenas les es posible a Willi y a Ludwig conversar sin que los molesten. Al punto se entromete un educador: «¿Qué conchabanzas son ésas?». Cuatro semanas transcurren en interminable monotonía. De forma sistemática, cualquier asomo de individualidad es cruelmente aniquilado. No se hacen excepciones. Todo el mundo debe someterse a las normas del centro. ¿Para qué dar trato diferenciado a los chavales? Cuando salgan del centro se pondrán a la cola del desempleo.

Un día, Willi recibe el acta de acusación del Tribunal Tutelar de Menores. Delito de lesiones. Diez días más tarde, dos educadores lo conducen al tribunal. Willi es el único acusado. Sus cómplices no han podido ser identificados. El señor Friedrich presta declaración acerca del hecho y habla de «daños en su salud, que de vez en cuando reaparecen». El señor director hace una descripción de la personalidad de Willi. Lo tilda de porfiado, de increíblemente bruto, y afirma que su especialidad son los actos violentos. Sin la menor disputa representa un peligro para el centro.

«Acusado, ¿se arrepiente usted al menos de su fea acción?», pregunta el juez. «Debo decir la verdad, ¿no es cierto, señor juez?» «¡Por supuesto!» «Señor juez, no me arrepiento de mi acción. ¡El señor Friedrich no paraba de mortificarnos!» Willi destruye el puente dorado del arrepentimiento. Su franqueza agrada al director. Éste sabe ahora que se librará del joven... «Por consiguiente, solicito una pena de prisión de tres meses. Además ruego encarecidamente que al acusado, como consecuencia de su actitud grosera, confirmada por el relato del señor director, se le niegue la posibilidad de un periodo de prueba», postula enojado el fiscal.

«Condenamos al acusado a dos meses de prisión. El tribunal ha determinado no concederle un periodo de prueba en vista de que sigue defendiendo de forma explícita su delito.»

Al cabo de tres semanas, Willi debe empezar a cumplir la pena.

Tres semanas y dos días antes de su vigésimo primer cumpleaños, tras dos meses de cárcel, Willi es devuelto al correccional de menores. ¡Le faltan tres semanas y dos días para quedar en libertad! Va siendo hora de urdir un plan detallado con Ludwig. Durante el recreo de la tarde pasean por el patio. «Ludwig, me iré enseguida a Berlín, a casa de la señora Bauerbach, y, para empezar, venderé los zapatos que nos quedaban. Reportarán por lo menos veinticinco marcos. Ya tenemos ciento cincuenta; en total, ciento setenta y cinco. Un día más tarde vendré aquí, alquilaré una bicicleta en la ciudad, dejando una fianza, y por la tarde, a las ocho, te esperaré. Tú saltas el muro y nos dirigimos a toda pastilla a la ciudad, devolvemos la bicicleta y viajamos adondequiera que vaya el tren. El caso es salir de la zona. Y al final vamos a Berlín. Calculo que el desplazamiento de los dos hasta este sitio y después a Berlín costará en torno a sesenta marcos. Nos quedarán cien. No importa, en Berlín volveremos a ganar dinero. ¿De acuerdo, Ludwig?»

Ludwig mira a su compañero, por él dispuesto a alquilar un piso sin registrarse y a vivir con él a pesar de que de nuevo lo buscará la policía. «Conforme, Willi.» Se estrechan la mano. Un día antes de la partida de Willi, ultiman el plan. Dónde esperará Willi con la bicicleta, cuándo deberá saltar Ludwig el muro.

Antes de dejarlo en libertad, el director ordena que Willi vaya a verlo. «Aquí tiene usted su dinero, ciento cincuenta marcos. Aquí, el billete de tren para Berlín. Y espero, señor Kludas, que a pesar de todo se convierta usted en un miembro útil de la sociedad. Buenos días.» «Buenos...»

Un día de junio, delicioso y espléndido, saluda a Willi. Y Willi lo saluda a él; en cambio, es breve y precipitado su saludo a la libertad, su inhalación del día incomparablemente hermoso de

domingo. Deprisa, cuanto antes, a la ciudad. No hay que perder el tren. ¿Alegría? Por supuesto, Willi se alegra. Pero allí dentro se queda uno, Ludwig, que también quiere salir y alegrarse. Primero deberá ponerse a buen recaudo. Después, cuando los dos hayan llegado a Berlín, habrá tiempo de sobra para alegrarse. Deprisa, deprisa. No temas, Ludwig. Pronto el asunto estará resuelto.

El tren expreso se encuentra parado. No, ahora no necesitamos tendernos en la viruta. También se está mejor dentro del tren que debajo. ¡Venga, venga, señor maquinista! ¡Rápido, rápido! ¡Ludwig comerá potaje de guisantes en el Aschinger!

Berlín, estación Anhalter. Una riada de gente brota de los compartimientos recalentados, se derrama por el andén, saluda, recibe saludos, pide a gritos un mozo de cuerda, humedece pañuelos vertiendo en ellos la alegría del reencuentro y desemboca armando bulla en el vestíbulo de la estación. Aún no ha desaparecido del todo la luz del día y ya resplandece la Askanische Platz a la luz de los soles eléctricos y del chisporroteo luminoso de los anuncios. Un atardecer de verano, caliente, pero no demasiado. La gente no tiene prisa. El aire produce una fatiga agradable. Mujeres y chicas se apoyan blanda y cálidamente en los brazos de sus acompañantes varoniles.

Todo esto me importa un pimiento, piensa Willi. A casa de mamá Bauerbach, Ziethenstrasse, Neukölln. Quizá me permita pasar allí la noche si no ha alquilado nuestra habitación. Mañana temprano habrá venta de calzado; después, corre que te corre, otra vez al tren. Por la tarde, a las ocho, lo espera Ludwig.

En la Ziethenstrasse cuelga el letrero de alquiler. «Buenas tardes, señora Bauerbach.» «Usted, señor..., señor...» «Mi nombre verdadero es Kludas, señora Bauerbach.» «Yo pensaba que estaba usted en...» «Libre, señora Bauerbach, libre. Aquí tiene el certificado de excarcelación. Ahora soy mayor de edad.» Entre todas las caseras de Berlín, la señora Bauerbach es una joya de una rareza digna de museo. Otra cualquiera le habría dado al delincuente con la puerta en las narices. La señora Bauerbach pregunta y pregunta, y suelta una lagrimilla al enterarse de que Ludwig debe permanecer un año más en el centro. «¿Puedo dormir esta noche aquí? Mañana sacaré el calzado y después volveré a emprender viaje.» «Pues claro, señor Kaiweit..., señor... Kludas, por supuesto.»

A las ocho de la mañana del día siguiente, Willi visita a los comerciantes y les ofrece el calzado. Le preguntan por qué lleva tanto tiempo sin venir. «He estado enfermo, maestro, muy enfermo. Primero contraí yo el sarampión y después mi compañero», miente Willi. «Pero en adelante volveremos con regularidad. ¿Qué me ofrece por todo el género?» «¿Por todo? Es demasiado. Tengo que mirar.» «Digamos treinta marcos», propone Willi. Recibe veintiocho y con eso se queda igual de satisfecho. ¿Qué hora es? Rápidamente come un tentempié y vuelve a casa de mamá Bauerbach a buscar el equipaje y a decir adiós. Después deja en depósito la maleta en la estación y emprende el viaje en el tren expreso. Seguro que Ludwig está temblando de impaciencia. ¿Piensas acaso que no lo voy a conseguir? ¡Eso es lo que tú te crees, amiguito! Ojalá salga todo bien con lo de la bicicleta en el pueblillo.

Sale bien. «¿Qué fianza quiere que deposite por la bicicleta?» «Cincuenta marcos.» «Aquí tiene. Deme el recibo..., así, y dentro de tres horas a más tardar estaré de vuelta.» Se monta en el trasto y a toda pastilla va en busca de Ludwig. Ya va siendo hora. Seguramente Ludwig estará olfateando si hay moros en la costa. ¡Salta la valla, Ludwig! ¡Ya voy! ¡Deprisa, deprisa! La bici rueda de maravilla... Ahora cruzaré el pueblo y después ya tiene que aparecer la jaula. ¡Deprisa..., deprisa! Al fondo, entre los tres árboles, tengo que esperar. Alto, primero debo colocar junto al árbol la bicicleta en posición de salida. Atento por si se ve a Ludwig.

¡Viene...! ¡Corre! ¡Corre que se las pela! ¡Y se apresura... Y corre! «¡Ludwig!» «¡Willi!... ¡Willi!» Lágrimas claras le bajan por las mejillas. «Siéntate en la parrilla, Ludwig. ¿Listo?» «Sí.» ¡Vamos, vamos, vamos! «Willi...» «Cierra el pico, Ludwig. ¡Tengo que pedalear!» ¡Dale..., dale!

«Jefe, aquí tiene la bicicleta. Por cierto, muy buena...» A la estación. ¿El siguiente tren? ¡Ahora son las ocho y...! Dentro de seis minutos, un tren de pasajeros. No en la dirección

deseada, pero da igual. Fuera de aquí como sea. Disponen de todo el compartimiento para ellos. «¡Suban!» «Toma, Ludwig, métete un cigarrillo en la boca.» Chacachaca..., chacachaca... No les queda más remedio que pasar la noche en una ciudad. Comen en una fonda modesta, brindan por su felicidad futura y después se van a dormir. Por la mañana temprano cogen un tren para Berlín.

Y, de nuevo, la estación Anhalter. Pasan la noche en un pequeño hotel y mañana buscarán una habitación por la zona de la estación de Görlitz. Se presentarán como los hermanos Kludas. Por supuesto que sin darse de alta en el registro de la policía. Una pena, pues mamá Bauerbach era una mujer tan simpática... En la Wiener Strasse encuentran un alojamiento idóneo. Un sastre remendón medio sordo. También en sótano habitable. La habitación es tan espaciosa que pueden habilitar dentro de ella un rincón para taller. «¿Cuánto cuesta la habitación para los dos?», le gritan al sastre cerca de la oreja. El viejo exige poco. Pide ocho marcos a la semana. Y con su oficio de zapateros también se muestra conforme el señor Kratochvill. Acuden a la estación Anhalter a recoger la maleta de Willi y las herramientas. Ludwig, claro está, tuvo que dejar sus pertenencias en el correccional. «Compraremos todo de nuevo», lo consuela Willi. Pasan el día preparando la habitación y el taller. Por la noche, después de largo tiempo, están sentados otra vez en su hogar y piensan qué calles dejarán mañana limpias de calzado viejo.

¿Qué fue de ellos?
 Fred se convierte
 en jefe de la pandilla.
 La pandilla Hermanos
 de Sangre sigue viva.
 Willi y Ludwig,
 dos entre miles.

Cubierto de arriba abajo del fino polvo de las carreteras, sediento y hambriento, a punto de desplomarse de cansancio, un joven recorre con sigilo, hacia la medianoche, la hilera de casas de la Linienstrasse, tuerce hacia la Rückerstrasse y se mete en el Klause.

Es Fred, que fue detenido en Magdeburgo, junto con Jonny y el francés Felix, hace siete meses. El Tribunal Tutelar de Menores condenó a Fred, que carecía de antecedentes, a ocho meses de prisión. Luego fue transferido a las autoridades de Berlín. Por robo de automóvil. Se le suponía autor de otros muchos delitos. Pero Fred tuvo mucha suerte en Berlín. Los agentes de Leipzig, que lo habían sometido a observación en dicha ciudad, no pudieron afirmar con absoluta certeza: éste fue el hombre que introdujo el coche en el garaje. Como Fred lo negó todo y aseguró que no conocía a Jonny más que de vista y que jamás había sido miembro de una pandilla, el tribunal no tuvo más remedio que dictar una sentencia absolutoria por falta de pruebas. Tras lo cual, el tribunal de Magdeburgo le concedió un periodo de prueba una vez cumplida la mitad de la pena de ocho meses de prisión. Fred cumplió cuatro meses y, comoquiera que le fue impuesto el ingreso en un establecimiento educacional, ingresó en un correccional de menores situado en las cercanías de Berlín.

Desde el primer día no tuvo más pensamiento que escapar del centro. Sin embargo, transcurrieron dos meses hasta que lo consiguió. Y ahora, de nuevo en Berlín, busca a la pandilla, a los Hermanos de Sangre. En el Rückerklause no encuentra a ninguno. El local está casi vacío. Los clientes habituales campan ahora al aire libre, en los bosques y a la orilla de los lagos alrededor de Berlín. Solamente si el estómago pide lo suyo regresan a la ciudad a abastecerse de alimentos para un par de días. Tampoco en el Schmidt, en la Linienstrasse, encuentra Fred a ningún Hermano de Sangre. Por fin, al lado, en el Kellner-Max, ve a Konrad, que está solo tomando una naranjada. «Saludos, Konrad...» «¡Fred!... ¡Fred! ¿De dónde sales?» Fred coge el vaso de Konrad y lo vacía de un trago. «¿De dónde? ¡Hombre, me he escapado!» «¿De la trena?» «No, del correccional. ¿Cómo vas de dinero, Konrad? Tengo un hambre...»

Konrad tiene una moneda de dos marcos. Pone la mitad del dinero a disposición de Fred. Van al Aschinger, en la Rosenthaler Platz. Con hambre lobuna, Fred come potaje de guisantes y vacía vorazmente el cestillo del pan. Una cerveza pequeña, un par de cigarrillos, y el dinero se ha esfumado. Pero Fred es Fred. Fred, el que hizo prosperar a la pandilla. Todos llevaban un puñado de billetes en el bolsillo. «¿Dónde están los demás?», pregunta. Konrad se encoge de hombros. Heinz se entregó a la policía. A Walter y a Hans los capturaron hace un cuarto de año. Una muchacha de la calle tomó a Georg por chulo. Éste lleva trajes elegantes y se gasta en bebida el dinero que le da su querida, allá por los bares de Bülowbogen. Y Erwin se prostituye aquí cerca, en la Rosenthaler Platz. Por un marco... en los urinarios públicos. A Ulli lo detuvieron aquella Nochebuena en su cabaña. Y a él, Konrad, no le va precisamente bien. Un día gana un marco, otro día un tálero. En cuanto a Ludwig y al otro, el Willi, Konrad no sabe nada.

Fred reflexiona. «En tal caso sólo quedamos tú, Erwin y yo... Bien, busquemos a un par de chavales nuevos. A Jonny tardaremos en verlo. Le cayeron dieciocho meses en Magdeburgo.» Konrad vuelve a ser un fiel entusiasta de Fred. También Erwin, a quien encuentran en el Schnurrbartdiele, en la Gormannstrasse, se muestra dispuesto a unirse a Fred. Los tres pasan la noche calurosa en Friedrichshain.

Al día siguiente, Fred va a trabajar con Konrad y Erwin. A Fred no se le ha olvidado el oficio durante los pasados siete meses. Al cabo de dos horas ya es dueño de tres carteras. Cuarenta y dos marcos. Y al anochecer, la pandilla ya cuenta con seis miembros. Están sentados en el

Raband de la Elsasser Strasse. Fred ha sido nombrado líder. La pandilla Hermanos de Sangre ha renacido. Y con los Hermanos de Sangre cientos de bandas y pandillas en la carretera de Berlín.

¿Willi y Ludwig? Viven en casa del sastre remendón, cerca de la estación de Görlitz. Siguen comprando y vendiendo calzado viejo y de esta manera se aseguran una modesta fuente de ingresos. Sus tiempos de pandilleros quedaron definitivamente atrás. Pero todavía soportan la carga de no haberse dado de alta en el registro. Cualquier momento puede ser el último que pasen juntos. Aún le queda a Ludwig más de un año como prófugo del correccional. Y a cada minuto de ese lapso puede caer sobre él la desgracia de que venga la policía y se lo lleve.

Dos que han aguantado toda clase de penalidades con tal de eludir los métodos educativos del correccional. Esa educación que se supone ha de proteger del desamparo. Los chavalillos con dientes de leche junto a los curtidos pandilleros. La quinceañeravirgo intacta—hurtó algunas cintas de seda, aderezos de vidrio o galletas de chocolate en los grandes almacenes— junto a las prostitutas adolescentes que ya tuvieron sus primeras curas de bismuto y Salvarsán...

Pronto se hacen patentes las malas influencias que por fuerza suscita la aglomeración indiscriminada. El joven aprende de sus compañeros que como chaval rubio, con dientes de leche y piel clara y suave no tiene por qué vivir de robar y entrar en las casas después que se haya escapado del centro. En el pasadizo de la Friedrichstrasse o en el Tiergarten también se puede ganar dinero. Incluso en el centro le es posible conseguir ciertas ventajas a un chaval de esas características. Por la noche, en el dormitorio. Los mayores, de veinte años, se meten en la cama y no pueden conciliar el sueño, se excitan atormentando su fantasía con bellas imágenes del otro sexo.

Willi y Ludwig se necesitan mutuamente. Son uña y carne. Ludwig, sin Willi, estaría de nuevo al borde del precipicio. Y también Willi sabe que necesita a su compañero.

A Berlín, a ese Berlín enorme, despiadado, no es posible vencerlo a solas para arrancarle un mínimo diario de medios de subsistencia. Un sinfin de noches sintieron lo que significa vagar solos, solos por las calles dormidas. Vagar..., vagar. Poner una pierna maquinalmente por delante de la otra..., una... pierna... por... delante... de... la... otra... Hasta que el mecanismo agotado ya no funciona y uno se acurruca en un zaguán. No por mucho tiempo. Llega un policía que hace la ronda. Lo toca con un dedo: «¡Eh, oiga! Aquí no puede usted dormir. ¿No tiene casa?». «¿Cómo...? ¿Casa? Sí, claro..., claro... Simplemente me ha cogido el sueño. Ya me voy, señor guardia, ya me voy...»

Siendo dos, las cosas cambian. Entonces las noches no se hacen tan largas, ni tan frías, y el hambre aprieta menos. Uno le da un golpe al otro en las costillas: «Pero, hombre, ¿qué pasa? ¡Venga, vamos! Dos veces de la estación de Silesia a la estación de Charlottenburgo y así se pasa la noche».

Ludwig y Willi tienen ahora motivos para reír. Sin embargo, la oscura sensación de que un Herrmann Plettner podría azuzar a la policía contra ellos limita su alegría. El tiempo que aún falta hasta que Ludwig cumpla veintiún años comportará no pocos minutos de intranquilidad. Willi y Ludwig, dos del miserable ejército de vagabundos de la gran ciudad, que, condenados a sucumbir, no han sucumbido. Dos entre miles en la carretera de Berlín.